SVIYAZHSK • HOMBRES Y MÁQUINAS



fce

Larisa Reisner

Sviyazhsk

Hombres y máquinas



POPULAR

fce

Larisa Reisner

COLECCIÓN POPULAR

739

SVIYAZHSK

•

HOMBRES Y MÁQUINAS

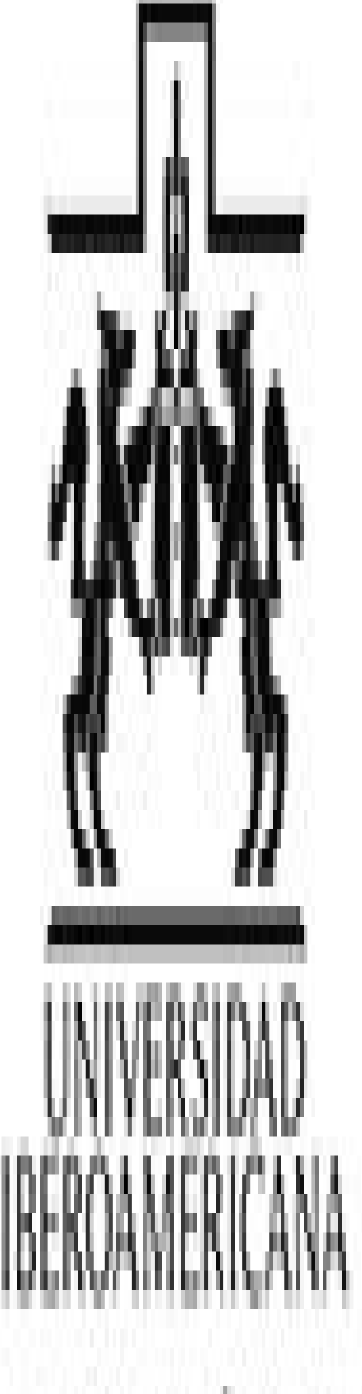
LARISA REISNER

SVIYAZHSK

•

HOMBRES Y MÁQUINAS


FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA


UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO

Primera edición, 2019

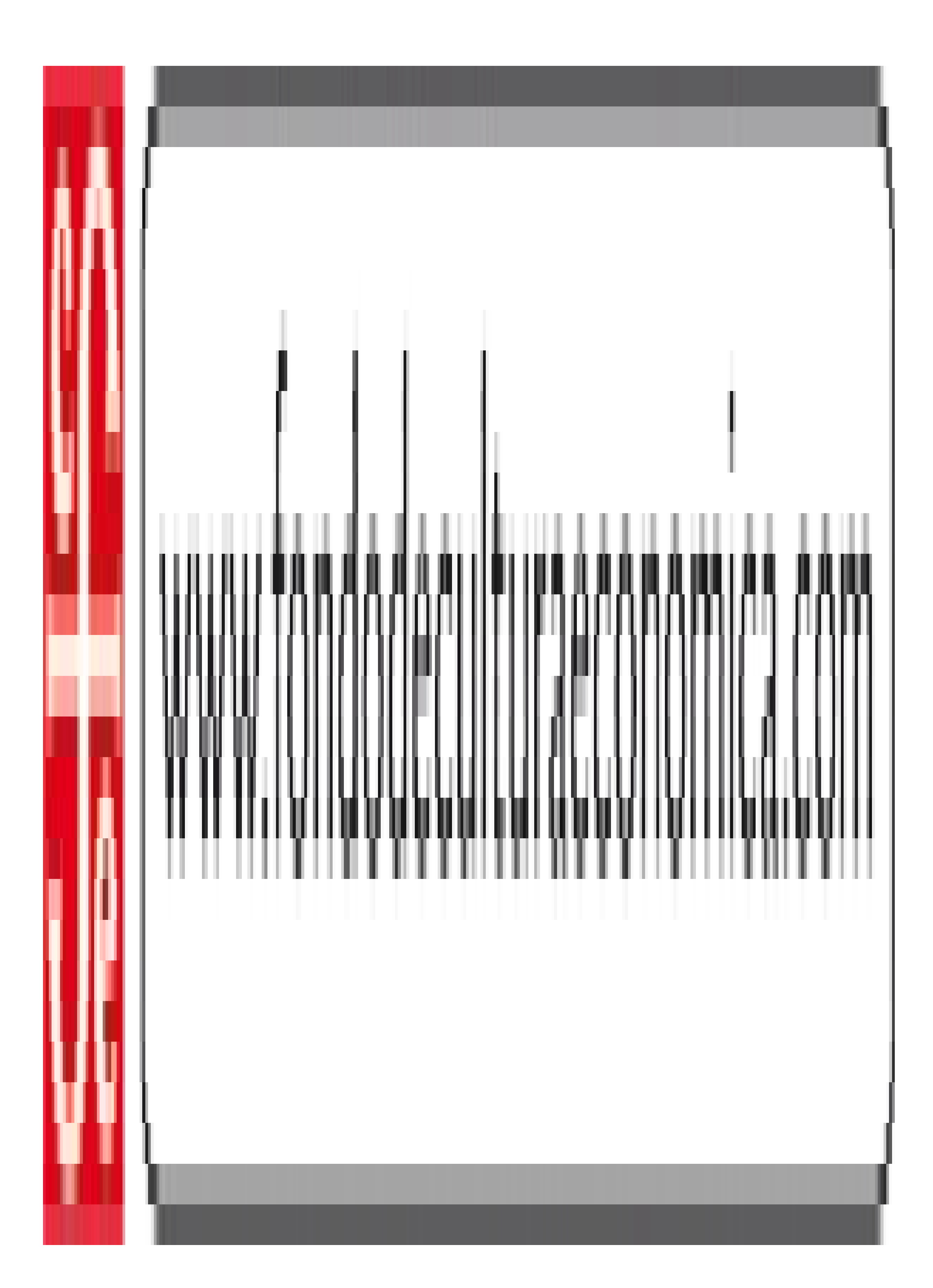
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Título en idioma original:

Уголь, железо и живые люди

Diseño de forro: Teresa Guzmán Romero

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México


www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Prol. Paseo de la Reforma 880, Lomas de Santa Fe, 01219,

Ciudad de México

ISBN 978-607-16-6393-1 (ePub)

ISBN 978-607-16-6312-2 (rústico)

Hecho en México - Made in Mexico

ÍNDICE

Larisa

Sobre la autora

Sobre esta edición

SVIYAZHSK

La llegada del tren de Trotsky

Contra la corriente

Los hombres que lo lograron

Avanzan los blancos

De cómo se salvó Sviyazhsk

El papel de Trotsky

CARBÓN, HIERRO Y HOMBRES VIVIENTES

En la tierra del platino

El carbón negro y el blanco (Kiselstroi)

Habitantes de las sombras

Los talleres de fundición de Nadeshdinsk (apuntes rápidos)

1. En el alto horno

2. El alto horno y el laminador

Gorlowka (cuenca del Don)

LARISA

John Steinbeck dice en Las viñas de la ira algo que impactó a Egon Erwin Kisch y sirve como título a una recopilación de las crónicas de éste: “Nada es más asombroso que la verdad”. Esa sorprendente declaración de un maestro de la ficción pareciera reivindicar por sí sola las posibilidades inmensas del periodismo como narrativa, como literatura de la verdad inmediata.

Larisa Reisner era hija de un profesor y futuro socialdemócrata; nació un 1º de mayo en Lublin, en la Polonia rusa, en 1892. En su vida entraron los abuelitos rojos de toda aquella generación de socialistas que pensaban que el siglo XX sería el siglo de la iluminación y escuchó hablar de Marx como “el viejo Karl” antes de enamorarse por primera vez.

A los diecisiete años comienza a escribir una obra teatral y a los veintidós la retratan como una mujer muy blanca, de nariz afilada, que se peina con rodetes para que no le estorbe la cabellera de pelo muy fino, vestida con la holgada blusa de los campesinos sobre faldas de vuelo muy ancho y colores pastel; fumando, trabaja en una revista socialista y de vez en cuando se escapa para ir a patinar en hielo.

Estalla la Revolución de febrero en Rusia, con las reiteradas demandas de “pan, paz, libertad”. Suenan tiros en toda San Petersburgo. Cae la fortaleza zarista, la dictadura se desmorona. Reisner se vincula con lo más duro y rasposo de la izquierda armada, con los grupos de los marinos de Kronstadt, y allí establece un círculo de estudios, mientras trabaja en el Departamento de Bienes Culturales.

Le parece poco y en 1918 se incorpora al Ejército Rojo. Se ha casado con Fiódor Raskólnikov, organizador del sóviet de los marineros de Kronstadt. Al iniciarse la Guerra Civil, Raskólnikov enfrenta a los ejércitos de la contrarrevolución en Pulkovo y más tarde es nombrado comisario del Estado Mayor General de la Marina.

Juntos viajan hacia Sviyazhsk, el frente más peligroso de la guerra civil que ha estallado en veinte puntos de Rusia. Producto de esto será su libro En el frente

serie de ensayos en torno a la guerra civil de donde sale la primera crónica que aquí se publica. El libro contiene una batalla con el lenguaje, y Larisa se reirá luego de sí misma diciendo: “¿Quién se atrevería a asomar hoy a los labios frases tan cursis y anticuadas como esas de heroísmo, fraternidad de los pueblos, sacrificio admirable, morir luchando?” Tratará de contar la guerra revolucionaria en su brutalidad, llena de admiración por personajes que se sobreponen a los miedos.

Al final de la guerra civil, la pareja “de cine” es enviada a cumplir una delicada misión diplomática en Afganistán, donde una guerra subterránea se libra entre los sóviets y el Imperio británico, que ya ha enfrentado tres batallas en territorio afgano para controlar a las tribus y que ahora vigila con desconfianza a un emir con veleidades antiimperialistas que coquetea con los rusos.

Larisa dirá, con un tono en el que por abajo asoma la burla, que una de sus tareas era influir en las varias esposas del emir. Comienza a escribir. Primero una serie de crónicas de color que se reunirán en un pequeño volumen que habrá de llamarse Afganistán, viñetas, reportajes, parodias, algunas crónicas pintorescas, de costumbres, de usos. Habrá en el libro una doble voz: la de la narradora y la de quien se revela a través de lo narrado.

Está hastiada. Su vida con Raskólnikov es un desastre. Un anónimo bolchevique habría de registrar en su diario: “Sus amoríos con un príncipe afgano se habían hecho públicos en todo el mundo y habían colocado al embajador soviético en Afganistán en una posición embarazosa”. Incluso su amiga Elizabeth K. Poretski hacía eco de la historia: “Corría el rumor de que durante su permanencia en Bujara (era en Kabul) había tenido numerosas aventuras con oficiales británicos, a los que iba a visitar a su acuartelamiento, desnuda bajo un abrigo de pieles”. Hasta una sociedad tan liberal como la nueva sociedad soviética, donde la búsqueda de los caminos para romper los viejos modelos de la vida se ampliaba liberalmente al mundo del sexo y desde luego del matrimonio, no estaba exenta de puritanismo y desde luego de amor por el chisme. Las historias más fantásticas han de perseguir a Larisa en la URSS. La calumnia se encuentra en el centro de su vida.

Regresa a la URSS bajo una amenaza de expulsión diplomática, rodeada de rumores de que lo ha hecho. En su retorno siente cambios que no entiende claramente: se ha abandonado el comunismo de guerra y se ha instaurado la nueva política económica que protege a los campesinos medios; descubre

fenómenos de intransigencia, corrupción y abuso del poder. Rádek cuenta: “Todo el verano está inquieta y mira a su alrededor con una íntima aprehensión”, y luego se pregunta en su nombre: “¿Alcanzará la podredumbre al organismo del partido?”

En septiembre de 1923 viaja a Alemania, donde se encuentra en estos momentos el centro de la revolución mundial. Los rumores en Moscú dicen que Rádek se ha enamorado locamente de ella y la persigue con tesón. Karl Rádek tiene treinta y ocho años cuando se encuentran. Es un personaje que suma todas las contradicciones: judío polaco formado en el catolicismo y en el nacionalismo polaco, pero uno de los precursores del internacionalismo antibélico zimmerwaldiano, organizador del movimiento obrero desde la adolescencia, ligado al Partido Comunista polaco, al alemán y al ruso. Un hombre de choques y contrastes, de izquierda radical, pero dado a la negociación de los principios, ambivalente; directo y dado al ejemplo vulgar, pero enciclopédico. Es el dirigente de la Internacional Comunista.

En Berlín Larisa lleva vida clandestina. Camina, observa, visita el Reichstag, se ríe de los parlamentarios conservadores, hace un retrato desesperado de la miseria urbana, la brutal inflación, las muertes de hambre, el desempleo. Asiste a mítines y manifestaciones; incluso narra la vida de la hija de unos obreros acomodados y su paseo por el zoológico.

Producto de este mes, surgen cuatro reportajes que cobrarán más tarde la forma de un folleto, Berlín, octubre de 1923. Su prosa se afina; combina el análisis político muy a la manera de Trotsky con las habilidades de la descripción naturalista de Zola, el sentido del humor, la creación de micropersonajes, la revelación de atmósferas. Finalmente viaja hacia Hamburgo a la búsqueda del mito de la reciente revolución de sesenta horas que dio a los obreros comunistas el control de la ciudad. Camina por las calles, observa el mundo industrial. Surge Hamburgo en las barricadas, que habría de ser su libro más importante.

De nuevo en la Unión Soviética, trabaja con Trotsky en la comisión para el mejoramiento de los productos industriales. Pero necesita volver a los caminos; la sangre caliente del reportero la domina. Durante meses viaja a los Urales, a la cuenca carbonífera del Donetz, a las minas de platino de Kytlym, a las fundiciones, a las textileras de Ivanovo. Duerme en trenes, en las minas, en los locales sindicales, de donde van saliendo reportajes que luego cobrarán cuerpo en Carbón, hierro y hombres vivientes que es el segundo relato que aparece en

esta obra. Es una visión sorprendente, lejos de la propaganda, de la que no están exentas las leyendas populares, las viejas historias, las críticas brutales a la manera de vivir de los trabajadores, o la falta de cuidado contra los incendios forestales; cuenta epidemias, errores burocráticos, hazañas casi imposibles. Narra un mundo que en apariencia puede parecer árido y bajo su pluma se vuelve apasionante.

Comienza a laborar en un libro sobre los decembristas y en una serie de conferencias sobre la Revolución de 1905, así como en varios retratos sobre Tomás Moro, François Babeuf, Thomas Münzer y Auguste Blanqui.

En 1926 cae enferma de tifus, su condición física no es buena, está minada por las viejas fiebres de malaria que había adquirido en Afganistán. Su enfermedad se produce en el momento del ascenso de la derecha en el Partido. Muere en el sanatorio del Kremlin el 9 de noviembre de 1926, cuando tenía treinta años.

PIT II

SOBRE LA AUTORA

Larisa Reisner nació en Lublin, Polonia. Entre 1903 y 1907 residió en Berlín, adonde la familia huyó a causa de las actividades políticas de su padre. Como consecuencia de la Revolución rusa de 1905-1906, se trasladó a San Petersburgo, estudió derecho y filología, así como psiconeurología, en el Instituto de Investigación Bekhterev. Durante la primera Guerra Mundial publicó una revista literaria antiguerra: Rudin. Después de la Revolución de Febrero Larisa comenzó a escribir para el periódico de Gorki, Novaya Zhizn (Vida Nueva). También participó en el programa de reforma de la ortografía del gobierno provisional, enseñando a los trabajadores y a los marineros. Se convirtió en miembro del Partido bolchevique en 1918; en el verano de ese año se casó con Fiódor Raskólnikov. Durante la Guerra Civil fue soldado y comisario político del Ejército Rojo. Durante 1919 se desempeñó como comisario en la sede del Personal Naval en Moscú. En 1921 ella y su esposo viajaron a Afganistán como representantes de la República Soviética, llevando a cabo las negociaciones diplomáticas. En octubre de 1923 viajó ilegalmente a Alemania para presenciar la Revolución allí, de primera mano, y escribir sobre ella, de esa visita surgió una colección de escritos titulados Berlín, octubre 1923 y Hamburgo en las barricadas. Sus obras posteriores vinieron de Hamburgo. Larisa Reisner murió el 9 de febrero de 1926 en el Hospital Kremlin de Moscú de fiebre tifoidea; tenía treinta años. “Sviyazhsk” o “La batalla de Sviyazhsk, leyenda revolucionaria”, texto inicial de esta edición, es un testimonio de la batalla de Sviyazhsk y Kazán, punto de inflexión de la Guerra Civil que estalló en 1918 contra la victoriosa Revolución de Octubre. La autora de este testimonio presencial, escrito en 1922, fue la misma Larisa Reisner que participó en la batalla como soldado del Ejército Rojo.

SOBRE ESTA EDICIÓN

El presente volumen recoge dos textos de Larisa Reisner escritos en la década de 1920. El primero de ellos, Sviyazhsk, fue escrito durante la guerra civil rusa entre 1918 y 1922 y fue publicado en [En el frente]. Para esta edición se retomó la traducción de Sviyazhsk que apareció en la obra editada en 2018 por la Brigada para leer en libertad, Nada es más asombroso que la verdad, cuyo trabajo de selección estuvo a cargo de Paco Ignacio Taibo II.

El segundo texto que comprende esta edición, Carbón, hierro y hombres vivientes se escribió cerca de 1923. La traducción se retomó de la edición Hombres y máquinas realizada por la editorial Cenit y publicada en Madrid en 1929.

Sobre la transliteración de los nombres rusos, se han respetado los criterios seleccionados por cada edición.

SVIYAZHSK

CUANDO dos camaradas que trabajaron juntos en 1918, que combatieron en Kazán contra los checoslovacos, y después en los Urales o en Samara y Tsaritsin, se encuentran muchos años después, tras intercambiar las primeras preguntas, uno de los dos siempre termina por decir:

"¿Te acuerdas de Sviyazhsk?" Y entonces vuelven a estrecharse las manos.

¿Qué es Sviyazhsk? Hoy es una leyenda, una de esas leyendas revolucionarias cuya crónica nadie ha escrito aún, pero que se cuentan una y otra vez de un confín al otro de la inmensidad rusa. Ningún antiguo soldado del Ejército Rojo que haya estado entre los veteranos, entre los fundadores del Ejército Obrero y Campesino, cuando de vuelta en casa recuerde los tres años de la Guerra Civil, pasará jamás por alto la insigne epopeya de Sviyazhsk, esa encrucijada a partir de la cual la ofensiva revolucionaria comenzó a extenderse cual marejada hacia los cuatro puntos cardinales. Al este, hacia los Urales; al sur, hacia el mar Caspio, el Cáucaso y las fronteras de Persia; al norte, hacia Arcángel y Polonia. No de golpe, claro está, no simultáneamente, pero fue sólo a partir de Sviyazhsk y Kazán que el Ejército Rojo se cristalizó para asumir esas formas militares y políticas que, tras una serie de cambios y perfeccionamientos, se han vuelto clásicas en la RFSSR (República Federal Socialista Soviética de Rusia).

El 6 de agosto (de 1918) numerosos regimientos formados a toda prisa huyeron de Kazán. Los mejores elementos entre ellos, el sector con mayor conciencia de clase, se aferraron a Sviyazhsk; ahí se detuvieron y resolvieron oponer resistencia, combatir. Para cuando las hordas de desertores que habían huido de Kazán se aproximaban a Nizhny Nóvgorod, la barrera erigida en Sviyazhsk ya había detenido a los checoslovacos; su general, quien intentó tomar por asalto el puente ferroviario que cruzaba el Volga, murió durante el ataque nocturno. Así, desde el primer choque entre los blancos, que acababan de tomar Kazán y por lo tanto venían con la moral más alta y mejor equipados, y el núcleo del Ejército Rojo que trataba de defender la cabeza de puente al otro lado del Volga, la ofensiva de los checoslovacos quedó decapitada: con la muerte del general Blagotic perdieron a su jefe más capaz y popular. Ni los blancos, en el arrebato de sus victorias recientes, ni los rojos, replegados en torno a Sviyazhsk, sospechaban siquiera la importancia histórica que adquirirían aquellas primeras escaramuzas.

Es muy difícil transmitir la importancia militar de Sviyazhsk sin tener a mano

los materiales necesarios, sin un mapa y sin el testimonio de los camaradas que formaban las filas del V Ejército en aquel entonces. He olvidado muchas cosas: las caras y los nombres van y vienen como en la niebla. Pero hay algo que nadie olvidará jamás: la tremenda sensación de responsabilidad por la defensa de Sviyazhsk. Fue eso lo que mantuvo unidos a todos los defensores, desde los miembros del Consejo Militar Revolucionario hasta el último de los soldados rojos en busca desesperada de su regimiento en retirada, perdido en algún lugar; el soldado que había dado media vuelta, hacia Kazán, dispuesto a combatir hasta el final con un viejo fusil en la mano y una determinación fanática en el corazón. Todo el mundo comprendía la situación así: otro paso atrás abriría el Volga al enemigo hasta Nizhny (Nóvgorod) y por tanto abriría también la ruta a Moscú.

Continuar la retirada habría sido el principio del fin, la sentencia de muerte de la República de los Soviets. Ignoro hasta qué punto esto era cierto desde el punto de vista estratégico. Si se hubiera replegado aún más, quizás el ejército habría podido consolidar un puño similar en alguno de los incontables puntos negros que salpican el mapa y, a partir de ahí, llevar su estandarte a la victoria. Pero desde el punto de vista de la moral del ejército era indudablemente cierto. Y en la medida en que retirarse del Volga significaba en ese momento el colapso total, en esa medida la posibilidad de resistir, con nuestras espaldas contra el puente, nos infundía una esperanza tangible.

La ética revolucionaria había formulado esta situación compleja de la manera más sucinta: retroceder significaba permitirles a los checos marchar hasta Nizhny y Moscú. En cambio, si Sviyazhsk y el puente resistían, el Ejército Rojo volvería a conquistar Kazán.

LA LLEGADA DEL TREN DE TROTSKY

Me parece que fue al tercer o cuarto día tras la caída de Kazán cuando Trotsky llegó a Sviyazhsk. Su tren llegó a la pequeña estación con la obvia intención de permanecer ahí mucho tiempo; la locomotora jadeó un poco, la desacoplaron y partió a saciar su sed, pero no regresó. Los vagones permanecían alineados, tan inmóviles como las sórdidas chozas de paja campesinas y las barracas que ocupaba el Estado Mayor del V Ejército. Su inmovilidad subrayaba en silencio que no había a dónde ir y que era impermisible partir.

Poco a poco, la creencia fanática de que esta pequeña estación se convertiría en el punto de partida de una contraofensiva sobre Kazán comenzó a cobrar realidad.

Cada día que pasaba iba fortaleciendo y animando a aquel apartado miserable y olvidado de Dios, que resistía ante un enemigo tan superior. De algún lugar en la retaguardia, de las aldeas perdidas del interior, empezaron a llegar soldados, primero de uno en uno, luego diminutos destacamentos y finalmente formaciones militares en un estado de conservación muy superior.

Aún puedo ver aquel Sviyazhsk donde ni un soldado se batió “bajo coacción”. Todo cuanto ahí había de viviente y se batía en defensa propia, todo ello se mantenía unido por las más fuertes relaciones de disciplina voluntaria, de participación voluntaria, en aquella lucha que al principio parecía tan irremediablemente perdida.

Aquellos seres humanos que dormían en el suelo de la estación, en chozas mugrientas llenas de paja y trozos de vidrio, apenas tenían esperanzas de victoria, y por ello no temían a nada. A nadie le interesaba especular sobre el momento y la manera en la que aquello “terminaría”. El “mañana” simplemente no existía; sólo había un breve espacio de tiempo caliente y humoso: el hoy. Y de él se vivía, como se vive en tiempo de cosecha.

Mañana, mediodía, tarde, noche: cada hora se explotaba al máximo; cada hora debía vivirse y utilizarse hasta el último segundo. Había que seccionar cada hora

cuidadosa y finamente, como se siega el trigo maduro en el campo hasta la raíz. Cada hora parecía tan plena, tan diferente de toda la vida anterior que, no bien se desvanecía, cobraba la apariencia de un milagro. Y en efecto lo era.

Los aviones iban y venían, dejando caer sus bombas sobre la estación y sobre los vagones del tren. El detestable ladrido de las ametralladoras y las parsimoniosas sílabas de la artillería se acercaban por momentos para volver a alejarse. Y, mientras tanto, un ser humano ataviado con un andrajoso capote militar, sombrero de civil y botas agujereadas que dejaban ver los dedos de los pies —en pocas palabras, uno de los defensores de Sviyazhsk—, sacaba sonriendo un reloj de su bolsillo y concluía para sus adentros:

“Así que es la una y media o las cuatro y media o las seis y veinte. Por lo tanto, sigo vivo. Sviyazhsk resiste. El tren de Trotsky sigue sobre las vías. La luz de una lámpara titila tras la ventana del Departamento Político.

”Bien. El día terminó”.

Los abastecimientos médicos faltaban casi completamente en Sviyazhsk. Dios sabe cómo hacían los médicos para vendar las heridas. Pero semejante pobreza no avergonzaba ni asustaba a nadie. Al dirigirse a la cocina en busca de una ración de sopa, los soldados pasaban junto a las camas de los heridos y los moribundos, pero la muerte no les infundía temor alguno. Se la esperaba todos los días, a cada momento. Yacer sobre un capote militar húmedo, con una mancha roja en la camisa, un rostro sin expresión y un mutismo que ya no era humano, era algo que se daba por sentado.

¡Hermandad! De pocas palabras se ha abusado tanto que se han vuelto patéticas. Pero a veces la hermandad llega, en los momentos de mayor penuria y peligro: abnegada, sagrada, irrepetible en el intervalo de una sola vida. Y nadie puede decir que ha vivido o que sabe algo de la vida si nunca pasó la noche sobre el suelo con la ropa desgastada y llena de piojos, pensando cuán maravilloso es el mundo, ¡cuán infinitamente maravilloso! Que aquí lo viejo fue derrocado y la vida se bate a mano limpia por su verdad irrefutable, por los cisnes blancos de su resurrección, por algo mucho más grande y mucho mejor que este pedazo de cielo estrellado que se muestra a través de la oscuridad azabache de una ventana con los vidrios rotos: por el futuro de toda la humanidad.

Una vez cada siglo se establece contacto y se transfunde sangre nueva. Esas

hermosas palabras, esas palabras casi inhumanas en su belleza, y el olor de la transpiración viva, la respiración viva de los que duermen a tu lado sobre el suelo. No hay pesadillas ni sentimentalismo, pero mañana amanecerá y el camarada G., un bolchevique checo, cocinará una tortilla de huevo para toda la "banda", y el jefe del Estado Mayor se pondrá una camisa vieja que lavó por la noche y estará tiesa por la helada. Amanecerá un nuevo día en el que alguno morirá, sabiendo en el último segundo que la muerte no es sino una cosa entre tantas otras y de ningún modo la principal, que una vez más Sviyazhsk resistió y que en la pared sucia sigue escrito con tiza: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

CONTRA LA CORRIENTE

Así transcurrieron, uno tras otro, los lluviosos días de agosto. Las líneas débiles y pobremente equipadas no se replegaron; el puente seguía en nuestras manos, y de la retaguardia, de muy atrás, comenzaban a llegar refuerzos.

Junto a las telarañas otoñales que surcaban el aire se tendieron verdaderos cables de teléfono y telégrafo, y una especie de aparato enorme, pesado y defectuoso comenzó a funcionar en la estación de ferrocarril olvidada de Dios; Sviyazhsk, ese punto minúsculo que apenas puede discernirse en el mapa de Rusia, ese punto del cual, en un momento de huida y desesperanza, la revolución se había aferrado. Allí se reveló todo el genio organizativo de Trotsky, quien logró restablecer las líneas de abastecimiento e hizo llegar a Sviyazhsk nueva artillería y algunos regimientos sobre vías férreas abiertamente saboteadas; se obtuvo todo lo necesario para la ofensiva inminente. Además, debe tenerse en cuenta que este trabajo debió llevarse a cabo en 1918, cuando la desmovilización aún estaba en su apogeo, cuando la aparición en las calles de Moscú de un solo destacamento del Ejército Rojo bien vestido habría causado verdadera sensación. Después de todo, esto exigía nadar contra la corriente, contra el agotamiento de cuatro años de guerra, contra las corrientes impetuosas de una revolución que barría en todo el país con los vestigios de la disciplina zarista y el odio ciego a todo lo que hiciera recordar el ladrido con el que los antiguos oficiales transmitían sus órdenes, el odio a los cuarteles y a la vieja vida militar.

A pesar de todo ello, los pertrechos aparecían ante nuestros ojos. Llegaban periódicos, llegaban botas y capotes. Y donde se reparten botas —para que uno las conserve— es porque existe un mando firme, verdaderamente sólido. Ahí las cosas son estables; el ejército permanece sólidamente atrincherado y la idea de huir no le pasa por la cabeza. ¡Las botas son cosa seria!

En la época de Sviyazhsk no existía aún la Orden de la Bandera Roja, de otra forma se la habría concedido a centenares. Todo el mundo, incluso los cobardes, los nerviosos y los obreros y soldados del Ejército Rojo que eran simplemente mediocres, todos sin excepción, llevaron a cabo hechos increíbles y heroicos.

Todos se superaron a sí mismos. Igual que las corrientes desbordan sus cauces en primavera, así desbordaban ellos, alegremente, sus capacidades normales.

Tal era la atmósfera. Recuerdo haber recibido, por una casualidad extraordinaria, unas cuantas cartas de Moscú. En ellas se hablaba de cómo la pequeña burguesía se disponía a revivir, eufórica, las grandiosas jornadas de la Comuna de París.

Y, mientras tanto, el frente más avanzado y peligroso de la República pendía de un hilo, de una vía férrea, y ardía, poniendo en marcha una conflagración heroica y sin precedentes que bastaría para tres años más de una guerra famélica, tifoideica y errante.

LOS HOMBRES QUE LO LOGRARON

En Sviyazhsk, Trotsky, quien logró dar al ejército recién nacido una columna vertebral de acero, quien se enraizó en el suelo negándose a ceder un solo centímetro de terreno, pasara lo que pasara, quien pudo mostrar ante el puñado de defensores una sangre más fría que la de cualquiera, en Sviyazhsk, Trotsky no estuvo solo. Allí se habían congregado viejos obreros del Partido, futuros miembros del Consejo Militar Revolucionario de la República y de los consejos militares de los diversos ejércitos a quienes el historiador futuro se referirá como los mariscales de la Gran Revolución. Rosengoltz y Gussev, Iván Nikitic Smírnov, Kobozev, Mezhlauk, el otro Smírnov y muchos otros camaradas cuyos nombres he olvidado. Entre los marinos recuerdo a Raskólnikov y al difunto Markin.

Casi desde el primer día, Rosengoltz hizo surgir de su vagón la oficina del Consejo Militar Revolucionario: extraía mapas desvaídos y hacía repiquetear máquinas de escribir —sólo Dios sabe de dónde las había sacado—; en resumen, empezó a construir un aparato organizativo fuerte y geométricamente perfecto, preciso en sus relaciones, inagotable en su capacidad de trabajo y simple en su estructura.

A partir de entonces, en cualquier ejército y frente, siempre que el trabajo empezaba a atascarse, inmediatamente se enviaba a Rosengoltz, como se traslada en una bolsa a una abeja reina para soltarla en una colmena destruida, e inmediatamente empezaba a construir y a organizar, formando células y haciendo zumbar los hilos del telégrafo. Pese a su capote militar y a la enorme pistola que llevaba al cinto, no podía discernirse nada de marcial en su porte, ni en su rostro pálido y un tanto suave. No era ahí donde residía su tremenda fuerza, sino en su innata capacidad de establecer y renovar contactos, de acelerar un flujo sanguíneo estancado e infectado hasta hacerle alcanzar velocidades explosivas. Al lado de Trotsky era como un dínamo constante, bien aceitado y silencioso, cuyas potentes palancas no dejaban de moverse día tras día, tejiendo la red indestructible de la organización.

No recuerdo exactamente qué tipo de trabajo desempeñaba oficialmente Iván Nikitic Smírnov en el Estado Mayor del V Ejército, si pertenecía al Consejo Militar Revolucionario o si al mismo tiempo encabezaba el Departamento Político; pero, más allá del título o marco de su trabajo, él encarnaba la ética de la Revolución. Él era el criterio moral supremo, la conciencia comunista de Sviyazhsk.

Incluso la masa de soldados sin partido y los comunistas que no lo habían conocido antes se percataban inmediatamente de su asombrosa pureza e integridad. Es muy poco probable que él mismo supiera hasta qué punto inspiraba temor, pues nada temía más un soldado que mostrarse cobarde o débil ante los ojos de aquel hombre, que jamás le alzaba la voz a nadie y que simplemente era siempre el mismo, sereno y valeroso. Nadie imponía tanto respeto como Iván Nikitic. Todo el mundo percibía que, cuando llegara el momento más grave, él sería el más fuerte, el más valiente.

Con Trotsky: era morir en batalla tras haber disparado la última bala; era morir con entusiasmo, sin sentir las heridas. Con Trotsky: era el sagrado sufrimiento de la lucha; palabras y gestos que recordaban las mejores páginas de la gran Revolución francesa.

Pero con el camarada Smírnov (así nos parecía entonces y así lo comentábamos murmurando entre nosotros mientras yacíamos acurrucados sobre el suelo durante aquellas noches, ya heladas, del otoño), con el camarada Smírnov uno sentía serenidad absoluta aun estando “contra la pared”, al ser interrogado por los blancos o al verse prisionero en sus mazmorras. Sí, así se hablaba de él en Sviyazhsk.

Boris Danílovich Mijáilov llegó poco después, me parece que directamente de Moscú, o de alguna otra ciudad del centro. Llegó con un abrigo de civil sobre los hombros y en el rostro la expresión brillante y variable de quien acaba de librarse de la prisión o de la gran ciudad.

A las pocas horas ya se había apoderado de él la salvaje intoxicación de Sviyazhsk. No bien se cambió de ropa, partió en una misión de reconocimiento por los alrededores del Kazán ocupado por los blancos. A los tres días regresó, fatigado, con la cara curtida por el viento y el cuerpo devorado por los omnipresentes piojos. Pero, en recompensa, estaba sano y salvo.

La profunda transformación interna que sufren quienes llegan al frente revolucionario ofrece un espectáculo fascinante: primero se encienden como un cobertizo de paja al que se le prendiera fuego por los cuatro costados, para luego enfriarse hasta quedar convertidos en una única pieza de hierro forjado, uniforme, limpia y resistente al fuego.

El más joven de todos era Mezhlauk Valerian Ivánovich.

A él le había ido particularmente mal. Su hermano menor y su esposa se habían quedado en Kazán y, según se rumoraba, los habían fusilado. Después se supo que su hermano, en efecto, había muerto, y que su esposa había sufrido horriblemente. En Sviyazhsk no se acostumbraba quejarse ni hablar de las desventuras propias, así que Mezhlauk guardaba un silencio honesto, hacía su trabajo y caminaba en su largo capote de caballería sobre el fango pegajoso del otoño, todo él concentrado en un único punto que le calcinaba: Kazán.

Entretanto, los blancos habían empezado a darse cuenta de que, con su resistencia fortalecida, Sviyazhsk se estaba convirtiendo en algo grande y peligroso. Las escaramuzas y los ataques intermitentes cesaron; comenzó un sitio regular con fuerzas numerosas y bien organizadas por todos lados. Pero ya habían dejado ir el momento oportuno.

El viejo Slavin —comandante del V Ejército que, si bien no era un coronel muy talentoso, conocía su oficio a fondo— se enfocó en un punto clave de la defensa, trazó un plan preciso y lo llevó a cabo con una obstinación verdaderamente letona.

Sviyazhsk se mantenía firme, con los pies clavados en el suelo como un toro que enfilara su alta frente contra Kazán, plantado inconmoviblemente en su sitio y agitando con impaciencia sus cuernos afilados como bayonetas.

Una soleada mañana de otoño llegaron a Sviyazhsk algunos angostos, ágiles y veloces torpederos de la flota del Báltico. Su llegada causó sensación. El ejército ya se sentía cubierto por el lado del río. Una serie de duelos de artillería comenzó sobre el Volga, tres o cuatro veces al día. Cubierta por el fuego de las baterías que habíamos ocultado en la ribera, nuestra flotilla ya se aventuraba muy lejos. De esas incursiones, una particularmente audaz fue la que emprendió la mañana del 9 de septiembre el marino Markin, uno de los fundadores y héroes más destacados de la Flota Roja. Tripulando un torpe remolcador acorazado, ese

día se arriesgó a ir muy lejos, hasta los muelles mismos de Kazán; desembarcó, ametralló las baterías enemigas hasta poner a sus cuadrillas en fuga y retiró los percutores a varios cañones.

En otra ocasión, a altas horas de la noche del 30 de agosto, nuestras naves se acercaron a Kazán, bombardearon la ciudad, prendieron fuego a varias barcazas cargadas de municiones y provisiones y se retiraron sin perder un solo buque. Trotsky, al lado del comandante, se hallaba entre los tripulantes del torpedero Prochny, al cual se le tuvo que reparar el mecanismo de dirección mientras la corriente lo llevaba al lado de una barcaza enemiga, ante la boca de los cañones de las Guardias Blancas.

Cuando llegó Vatzetis, comandante en jefe del frente oriental, la ofensiva contra Kazán ya estaba en plena marcha. La mayoría de los nuestros, incluyéndome, carecía de datos precisos sobre el resultado de la conferencia. Pero no tardamos en enterarnos de algo que llenó a todos de satisfacción: nuestro viejo (así llamábamos entre nosotros a nuestro comandante) se había opuesto a la opinión de Vatzetis, quien quería atacar Kazán desde la orilla izquierda del río, la cual ofrece un terreno llano y expuesto; nuestro comandante, en cambio, decidió lanzar el asalto desde la ribera derecha, que domina la ciudad.

AVANZAN LOS BLANCOS

Pero precisamente en el momento en que la totalidad del V Ejército se disponía a atacar, cuando sus principales fuerzas finalmente empezaban a empujar hacia delante en medio de constantes contraataques y batallas que duraban días enteros, tres “luminarias” de la Rusia de las Guardias Blancas se reunieron para acabar de una vez por todas con la prolongada épica de Sviyazhsk. Al frente de una fuerza considerable, Sávinkov, Kappel y Fortunátov se lanzaron a un asalto desesperado contra la estación ferroviaria contigua a Sviyazhsk con el fin de apoderarse de la propia Sviyazhsk y del puente sobre el Volga. El ataque fue brillantemente ejecutado; tras un largo rodeo, los blancos se precipitaron súbitamente sobre la estación de Shijrana, la acribillaron, ocuparon sus edificios, cortaron toda comunicación con el resto de la vía férrea y quemaron el tren de municiones que estaba estacionado ahí. La pequeña fuerza que vigilaba a Shijrana fue masacrada hasta el último hombre.

Pero eso no fue todo: literalmente cazaron y exterminaron a todo ser vivo que habitaba la pequeña estación. Tuve la oportunidad de ir a Shijrana unas horas después del ataque y pude ver las huellas de esa violencia pogromista totalmente irracional que distinguía las victorias de aquellos caballeros, que nunca se sentían amos ni futuros habitantes de las tierras que accidental y temporalmente conquistaban.

En un patio, una vaca yacía brutalmente asesinada (y digo “asesinada” a propósito, no “muerta”). El gallinero estaba lleno de pollos, a los que estúpidamente habían acribillado, ofreciendo un aspecto terriblemente humano. Al pozo, a la pequeña huerta y a las casas las habían tratado como a seres humanos capturados, que encima fueran bolcheviques y sheenies (término peyorativo para referirse a los judíos). A todo le habían sacado las vísceras. Había restos de animales y objetos esparcidos por todas partes: diezmados, profanados, espantosamente muertos. Al lado de estos vestigios de todo cuanto alguna vez fue una residencia humana, la muerte indescriptible e inexpresable del puñado de ferrocarrileros y soldados del Ejército Rojo que habían sido tomados por sorpresa parecía encajar en la naturaleza de las cosas.

Sólo en las ilustraciones de Goya sobre la campaña española y la guerrilla puede encontrarse semejante armonía entre los árboles azotados por el viento inclinándose con el peso de los ahorcados, el polvo de los caminos, la sangre y las piedras. De la estación de Shijrana, el destacamento de Sávinkov se dirigió a Sviyazhsk siguiendo la vía del tren. Nosotros enviamos nuestro tren blindado Rusia Libre a detenerlo. Si mal no recuerdo, iba equipado con armas navales de largo alcance. Su comandante, sin embargo, no estuvo a la altura de su misión. Viéndose rodeado por ambos flancos (o eso le pareció), abandonó su tren y se apresuró a regresar ante el Comité Militar Revolucionario para “dar parte”.

En su ausencia, el Rusia Libre fue acribillado e incendiado. Su carcasa carbonizada y humeante habría de permanecer por mucho tiempo ahí, descarrilada al lado de la vía, en las proximidades de Sviyazhsk. Tras la destrucción del tren blindado, el camino al Volga parecía completamente despejado. Los blancos se hallaban justamente delante de Sviyazhsk, a versta o versta y media del cuartel general del V Ejército (una versta equivale a poco más de un kilómetro). El pánico cundió. Una parte del Departamento Político, si no es que su totalidad, se precipitó a los muelles y abordó los vapores.

El regimiento que combatía prácticamente en las riberas del Volga, aunque río arriba, vaciló y luego huyó con sus comandantes y comisarios. Al alba, sus destacamentos frenéticos se encontraban a bordo de los buques del Estado Mayor de la flota de guerra del Volga.

DE CÓMO SE SALVÓ SVIYAZHSK

Lev Davídovich [Trotsky] movilizó a todo el personal del tren: a sus oficinistas, telegrafistas y enfermeros, así como a la guardia al mando del jefe del Estado Mayor de la flota, el camarada Lepetenko (quien, por cierto, fue uno de los soldados de la Revolución más valerosos y abnegados, cuya biografía podría darle a este libro su capítulo más brillante); en una palabra, a todo el que pudiera sostener un fusil.

Las oficinas del mando quedaron desiertas. Ya no había “retaguardia”. Se había lanzado todo contra los blancos, que habían avanzado casi hasta la estación. Entre Shijrana y las primeras casas de Sviyazhsk todo el camino estaba labrado por los obuses y cubierto de caballos muertos, armas abandonadas y cartuchos vacíos. Y cuanto más cerca de Sviyazhsk, mayor era el caos. El avance de los blancos sólo fue detenido después de que hubieron saltado sobre el esqueleto carbonizado del tren blindado, aún humeante y oliendo a metal fundido. Tras haber alcanzado violentamente el umbral mismo de la ciudad, su avance se detuvo y empezó a replegarse como resaca, pero sólo para arrojarse de nuevo contra las reservas de Sviyazhsk, movilizadas a toda prisa. Ahí ambos bandos se encontraron frente a frente por varias horas; ahí hubo muchos muertos.

Los blancos se convencieron de que lo que tenían ante ellos era una división fresca y bien organizada que de algún modo sus servicios de inteligencia habían pasado por alto. Exhaustos por su asalto de cuarenta y ocho horas, los soldados tendieron a sobrestimar la fuerza de su enemigo, y no sospecharon siquiera que lo que enfrentaban no era sino un puñado de combatientes formado a toda prisa, y que detrás de ellos estaban sólo Trotsky y Slavin, sentados ante un mapa en una pieza insomne y llena de humo del cuartel general desierto, en el centro de un Sviyazhsk despoblado por cuyas calles pasaban silbando las balas.

A lo largo de aquella noche, como todas las anteriores, el tren de Lev Davídovich se quedó ahí, como siempre, quieto y sin locomotora. Aquella noche no se molestó ni a una sola de las secciones del V Ejército que avanzaban sobre Kazán dispuestas a tomarla por asalto; ni una sola se desvió del frente para

proteger a un Sviyazhsk prácticamente indefenso. El ejército y la flota no se enteraron del ataque nocturno sino cuando ya había terminado, cuando los blancos ya habían emprendido la retirada firmemente convencidos de que frente a ellos había una división casi entera.

Al día siguiente, veintisiete desertores que habían huido a los buques en el momento más crítico fueron juzgados y fusilados. Entre ellos había varios comunistas. Luego se hablaría mucho sobre el fusilamiento de aquellos veintisiete, especialmente en la retaguardia, claro, donde nadie entendía cuán delgado había sido el hilo del que pendían el camino a Moscú y toda la ofensiva contra Kazán, llevada a cabo con nuestros últimos recursos y nuestras últimas fuerzas.

Para empezar, el ejército entero estaba ansioso, con habladurías de comunistas convertidos en cobardes, de que las leyes no habían sido escritas para ellos, de que ellos podían desertar impunemente, mientras que un soldado de base ordinario sería ejecutado como un perro.

De no haber sido por el valor excepcional de Trotsky, del comandante del ejército y de otros miembros del Consejo Militar Revolucionario, la reputación de los comunistas que trabajaban en el ejército habría sufrido un duro golpe y quedado arruinada durante mucho tiempo.

Ningún discurso, por bueno que fuera, habría podido convencer a un ejército que en las últimas seis semanas había sufrido todas las privaciones posibles, combatiendo casi a mano limpia, sin contar siquiera con vendajes, de que la cobardía no era cobardía y de que para el culpable podía haber “circunstancias atenuantes”.

Se dice que entre los fusilados había muchos buenos camaradas, incluso algunos cuyos servicios anteriores compensarían su culpa a cambio de algunos años de prisión y exilio. Es totalmente cierto. Nadie cuestiona que su muerte tuvo el propósito de fortalecer esos preceptos del viejo código militar de “servir de ejemplo”, mientras que al redoble de los tambores se aplica la divisa de “ojo por ojo, diente por diente”. Desde luego, Sviyazhsk fue una tragedia.

Pero todo el que haya experimentado la vida en el Ejército Rojo, que haya nacido y se haya templado con él en las batallas de Kazán, atestiguará que el espíritu de hierro de este ejército no se habría forjado nunca, que la fusión entre

el Partido y las masas de soldados, entre los simples soldados y las alturas del mando, no se habría consumado si, en la víspera del asalto a Kazán, donde cientos de soldados habrían de dar la vida, el Partido no hubiera mostrado claramente ante los ojos del ejército entero que estaba dispuesto a ofrendar a la revolución ese sacrificio enorme y sangriento; que el Partido también estaba sujeto a las severas leyes de la disciplina camaraderil; que el Partido también tenía el valor de aplicar sin miramientos, incluso a sus propios miembros, las leyes de la República Soviética.

El fusilamiento de aquellos veintisiete cubrió la brecha que los famosos asaltantes habían abierto en la unidad del V Ejército y en su confianza en sí mismo. La andanada de fusilería que castigó tanto a comunistas y comandantes como a simples soldados, por cobardía y comportamiento deshonroso en batalla, forzó al sector de las masas de soldados con menos conciencia de clase y más propensión a desertar (sector que, desde luego, también existía) a sobreponerse y a cerrar filas en torno a quienes marchaban a la batalla conscientemente y libres de toda coacción.

Precisamente en esos días se decidió la suerte de Kazán y con ella la muerte, la suerte, de toda la intervención blanca. El Ejército Rojo recuperó la confianza, se regeneró y se fortaleció durante las largas semanas de defensa y ataque. En esas condiciones de peligro constante y bajo las mayores pruebas morales desarrolló sus leyes, su disciplina y sus nuevos estatutos heroicos. Por vez primera, el pánico ante la superioridad técnica del enemigo se disolvió. Ahí se aprendió a avanzar pese al fuego de cualquier artillería. Y así, inconscientemente a partir del instinto elemental de conservación, surgieron nuevos métodos de guerra, esos métodos de batalla específicos que ya se estudian en las más prestigiosas academias militares como los métodos de la Guerra Civil. Un hecho de la mayor importancia fue que en ese momento se encontrara en Sviyazhsk un hombre como Trotsky.

EL PAPEL DE TROTSKY

Independientemente de su vocación o su nombre, está claro que el creador del Ejército Rojo, el futuro presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, había de hacerse presente en Sviyazhsk; tenía que pasar por toda la experiencia política de aquellas semanas de combate, tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad y a todo su genio organizativo para la defensa de Sviyazhsk, para defender al organismo militar aplastado bajo el fuego de los blancos.

Además, en la guerra revolucionaria interviene otra fuerza, otro factor sin el cual no se puede obtener la victoria: el poderoso romanticismo de la Revolución, que permite a quien acaba de estar en las barricadas adoptar inmediatamente las férreas formas de la maquinaria militar sin perder el paso raudo y ligero obtenido en las manifestaciones políticas, ni la independencia y la flexibilidad de espíritu conseguidos a lo largo de años de militancia en condiciones de clandestinidad.

Para vencer en 1918 hubo que tomar todo el fuego de la Revolución, todo su calor incandescente, y unirlo al patrón vulgar, repelente y ancestral del viejo ejército. Hasta ahora la historia siempre había resuelto ese problema mediante trucos escénicos imponentes pero vetustos, convocando a escena a algún individuo “con sombrero de tres picos y uniforme de campaña”, para que este o algún otro general montado en un caballo blanco hiciera trizas la carne y la médula revolucionarias y formara con los pedazos repúblicas, banderas y consignas.

En la construcción de su ejército, como en tantas otras cosas, la Revolución rusa siguió su propio camino. La insurrección y la guerra se fundieron en una, el ejército y el Partido crecieron juntos, inextricablemente entrelazados, y en la bandera de los regimientos quedaron inscritos sus objetivos comunes, las fórmulas más tajantes de la lucha de clases. En los días de Sviyazhsk esto aún no tomaba forma y apenas flotaba en el aire buscando un modo de expresarse.

De una u otra manera, el Ejército Obrero y Campesino tenía que hallar una expresión, asumir una forma exterior, producir sus propias fórmulas, pero

¿cómo? Todavía nadie lo tenía claro. En ese momento, naturalmente, no había un curso, no había preceptos ni había programa dogmático del que ese organismo titánico pudiera servirse para crecer y desarrollarse.

En el interior del Partido y de las masas había sólo un presagio, un presentimiento creativo de esa organización militar revolucionaria que nunca se había visto y a la cual cada día de batalla le susurraba alguna nueva característica real.

El gran mérito de Trotsky reside ahí, en su capacidad de capturar al vuelo el menor gesto de las masas que llevase ya la impronta de esa fórmula organizativa única que tanto se buscaba.

Trotsky examinaba y aplicaba todas esas pequeñas prácticas a través de las cuales la asediada Sviyazhsk simplificó, aceleró y organizó su trabajo de combate, y no solamente en el estricto sentido técnico. No. Cada combinación exitosa de "especialista y comisario", de quien da las órdenes y quien las ejecuta y asume la responsabilidad por ellas; cada combinación exitosa, tras haber sido puesta a prueba por la experiencia y formulada lúcidamente, se transformaba inmediatamente en una orden, una circular, un reglamento. De este modo se impidió que la experiencia revolucionaria viva se perdiera, se olvidara o se deformara.

La norma que regía en todas partes no era la mediocridad, sino su contrario, lo mejor, las cosas geniales que las masas mismas concebían en los momentos más explosivos y creativos de la lucha. Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes —ya se tratara de asuntos tan complejos como la división del trabajo en el interior del Consejo Militar Revolucionario, o del gesto rápido, vivaz y amistoso que intercambiaban a manera de saludo un comandante rojo y un soldado cuando se cruzaban, ambos atareados y con prisa por llegar a algún lugar—, todo se tomaba de la vida misma, se asimilaba y regresaba a las masas en forma de norma para su uso universal. Y siempre que las cosas dejaban de avanzar, cuando se atascaban o salían mal, había que averiguar qué había fallado, había que ayudar, había que jalar como jala la partera del recién nacido durante un parto complicado.

Se puede ser un orador muy articulado, se puede dar a un nuevo ejército una forma plástica impecablemente racional, y a pesar de ella hacer su espíritu estéril, permitir que se evapore sin poder mantenerlo vivo en la almadraba de las

fórmulas jurídicas. Para evitar lo anterior hay que ser un gran revolucionario: se debe poseer la intuición de un creador y un potente transmisor de radio interno, sin lo cual no hay forma de mantener el contacto con las masas…

En última instancia, es precisamente ese instinto revolucionario lo que constituye el más alto tribunal, lo que depura con exactitud su nueva justicia creativa de todo cuanto tenga un fondo contrarrevolucionario profundamente oculto. Ese instinto revolucionario deja caer el puño de su violencia sobre la falaz justicia formal en nombre de la suprema justicia proletaria, que no permite a sus elásticas leyes osificarse, aislarse de la vida ni poner sobre los hombros del Ejército Rojo cargas mezquinas, irritantes o innecesarias.

Trotsky tenía ese sentido intuitivo.

En él, el revolucionario nunca se dejaba marginar por el soldado, el dirigente militar o el comandante. Y cuando, con su voz terrible e inhumana, enfrentaba a un desertor, le temíamos como a uno de los nuestros, un gran rebelde que aniquilaría a cualquiera por vil cobardía, por traición no al ejército sino a la causa de la revolución proletaria mundial.

Era imposible que Trotsky hubiese sido un cobarde, pues de lo contrario el desprecio de aquel extraordinario ejército lo habría aplastado y jamás le habría perdonado a un debilucho el derramamiento de la sangre fraternal de aquellos veintisiete con que roció su primera victoria.

Cuando ya no faltaban más que unos cuantos días para que nuestras tropas ocuparan Kazán, Lev Davídovich tuvo que dejar Sviyazhsk; las noticias del atentado contra Lenin exigían su presencia en Moscú. Pero ni el asalto de Sávinkov contra Sviyazhsk, organizado magistralmente por los social-revolucionarios, ni el intento de asesinar a Lenin que el mismo Partido llevó a cabo casi simultáneamente, podían ya detener al Ejército Rojo. La marejada final de la ofensiva inundó Kazán.

A altas horas de la noche del 9 de septiembre, las tropas abordaron los buques, y al amanecer, hacia las 5:30, aquellos lerdos transportes de varios puentes, escoltados por los torpederos, llegaron ante los muelles de Kazán. Era extraño navegar bajo la luz de la luna frente al molino medio derruido de techo verde, detrás del cual había estado una batería de los blancos; frente al casco medio quemado del Delfín, que yacía desvalijado y encallado en la ribera desierta; por

aquellos meandros, lenguas de tierra, bancos de arena y ensenadas que nos resultaban tan familiares y sobre los cuales la muerte había estado paseando del amanecer al crepúsculo durante tantas semanas, a los cuales habían cubierto nubes de humo y donde habían fulgurado los haces dorados de la artillería.

Navegamos con las luces apagadas y en absoluto silencio sobre la gentil corriente, negra y fría, del Volga.

Detrás de popa, una ligera espuma vibra sobre la susurrante estela que se desvanece entre unas olas que nada recuerdan y que fluyen indiferentes hacia el Caspio. Y, sin embargo, apenas el día anterior, el lugar por el que nuestro gigantesco buque se desliza en silencio había sido un remolino desgarrado y surcado por la explosión continua de proyectiles. Y aquí, justo donde el ala de algún ave nocturna acaba de golpear sigilosamente el agua, de la cual asciende una ligera bruma hacia el aire frío, ayer mismo se habían levantado torrentes de espuma blanca; ayer las órdenes habían resonado incesantemente y los delgados torpederos se habían abierto paso bajo una lluvia de esquirlas, entre el humo y las llamas, con los cascos vibrando por la impaciencia comprimida de los motores y por la retroacción de sus baterías de dos cañones que disparaban una vez por minuto con un ruido que hacía pensar en un hipo de hierro.

La gente disparaba, se dispersaba bajo la estruendosa tormenta de obuses, trapeaba la sangre de las cubiertas… Y ahora todo es silencio; el Volga fluye tal como hace mil años y como seguirá fluyendo durante siglos.

Alcanzamos los muelles sin disparar un tiro. Las primeras luces del amanecer encendían el cielo. En la penumbra gris y rosa empezaron a aparecer fantasmas jorobados, negros y calcinados. Grúas, vigas de las construcciones quemadas, postes de telégrafo destrozados… Cada cosa parecía haber soportado una pena infinita y haber perdido ya la capacidad de sentir, como un árbol con las ramas secas y retorcidas. Era el reino de la muerte cubierto por las rosas heladas del amanecer septentrional.

Los cañones abandonados con las bocas hacia arriba parecían en la penumbra figuras abatidas, congeladas en una desesperanza muda; con las cabezas apoyadas sobre unas manos frías y húmedas de rocío.

Niebla. La gente empieza a temblar de frío y de tensión nerviosa. El olor del aceite de las máquinas y de las cuerdas con alquitrán permea el aire. El cuello

azul del artillero gira con el movimiento de su cuerpo mientras contempla con asombro cómo la ribera despoblada y áfona reposa en un silencio de muerte.

Esto es la victoria.

CARBÓN, HIERRO Y HOMBRES VIVIENTES

EN LA TIERRA DEL PLATINO

1

Kytlym significa, en el lenguaje del país, “caldera”. Y eso es, en efecto, este valle: una gran caldera. Un gran cuenco serrano colgado de las nieves eternas. Las nubes trepan por sus bordes escarpados y dejan en los riscos pingajos de sus vestidos vaporosos y exuberantes. Los cazadores solían rondar entre la maleza de estos montes, siguiendo el rastro de los osos. Pero tampoco su presencia abundaba aquí. Los caminos eran casi intransitables. A cada paso se producían incendios en los bosques, y el amo vigilaba celosamente sus tierras. Un bicho curioso este Worobjoff. Entronizado en su terruño, andaba en continua desavenencia con su vecino, monsieur Du Parc, por la posesión y disfrute de la calzada.

—Ya que dices que eres un aristócrata y un agricultor, constrúyete un camino propio.

Y Worobjoff, con todos sus títulos de nobleza, se pasaba días enteros en acecho entre el boscaje, el oído atento al cascabeleo del carricoche de su vecino, para mandarle, en cuanto se pusiese a tiro, una buena perdigonada, y si no podía darle a él, dejarle por lo menos un recuerdo al lebrel del franchute que seguía, trotando, al coche. Du Parc se sentía hastiado de la vida de Kytlym. Se pasaba las semanas enteras sentado en casa, y de tarde en tarde salía a tomar el aire en su coche, atrincherado entre cojines contra las perdigonadas del vecino, tocada la cabeza con un voluminoso gorro de piel. El carruaje volaba más que corría por el camino vedado de Worobjoff, dejando tras de sí un tintineo de cascabeles.

Pero los perdigones del hidalgo rural tenían una extraña fuerza de penetración y traspasaban los cojines de pluma. Worobjoff era un experto cazador y se fabricaba él mismo la munición, de un metal blancuzco que abundaba en los pantanos y en los bosques de sus tierras estériles. No es, naturalmente, que el hidalgo en persona anduviese azacaneado de acá para allá buscando el metal

desperdigado por su finca; lo que hacía era dar un cuarto a los muchachos del pueblo por cada saquita llena que le traían a casa. Y así iban amontonándose por los rincones sacas y más sacas, hasta que la señora, al llegar el día de la gran limpieza, ordenaba que se echasen a la basura. No permitía que su marido se llenase los bolsillos con grandes puñados de esta munición. Era un metal vil, pues pesaba exageradamente, y los trajes nuevos y más elegantes del hidalgo tenían los bolsillos rotos a los pocos días de puestos. Mas, con todo, los balines de Worobjoff eran duros, el ojo y la mano del tirador certeros, y el resultado de todo fue que monsieur Du Parc, después de muchos descalabros, se decidiese a abrir para sus necesidades un camino nuevo por los pantanos hasta entonces intransitables.

Pero el vecino siguió teniendo alimento para su malignidad. El francés era avaro; la endeble tarima, podrida por todos lados, acabó por hundirse, y ya el primer año de usar el camino su mejor caballo se hirió en una de las patas delanteras y no pudieron sacarlo del pantano.

Fue precisamente por los días en que desapareció misteriosamente el administrador de Worobjoff, después de comprar a los aldeanos del pueblo —borracho, sin duda, e inculto como era— una saquita de la munición blanca en cincuenta copeques. Y el mentecato tuvo suerte. No tardó en correr el rumor de que había hecho, nadie sabía cómo, una fortuna extraordinaria.

Dos años vivió la comarca sumida en la taiga, lamiéndose la pataza de oso, hasta que un buen día Worobjoff hizo un fabuloso trato: por tres rublos de plata arrancó a un cazador el siguiente estupendo secreto. Primero, que el metal que empleaba en matar perdices y en hostilizar el coche y al perro de monsieur Du Parc era puro platino, como si dijésemos oro blanco, el más precioso de todos los metales preciosos. Y segundo, que todos los valles vecinos, en dirección al norte y a Sosnovka, encerraban ricos yacimientos de este metal. De todos los picachos que rematan la cuenca de Kytlym se precipitan al valle arroyos espumeantes y todos arrastran en sus aguas granos de platino, que dejan a su paso, sumidos en el lecho de algún río o abandonados en las orillas e indolentemente cubiertos con un poco de musgo. Una compañía franco-inglesa pagó al señor de Worobjoff grandes sumas por sus yermos, ahora tan codiciados. Se dice que recibió tres mil rublos de presente, una vivienda con calefacción y luz y un confortable excusado, y, además, un puesto —no se sabía cuál— de por vida en la sociedad. Desde aquel día, la cuenca de Kytlym, separada del mundo por una barrera de montañas, bosques y pantanos, conmovió a la humanidad entera con la nueva de

sus yacimientos de platino, de sus tesoros legendarios, sembrados en un radio de docenas de kilómetros, y con la leyenda de cazadores bárbaros que tiraban contra los patos silvestres con balas de platino. Y no era ningún cualquiera, sino el omnipotente Urquarth, nada menos, el que tomaba la cosa en sus manos y acometía la empresa de instaurar en el Ural el reino del platino. También el capital ruso se interesó en el negocio, pero en proporción insignificante: los accionistas extranjeros le permitían magnánimamente tomar parte en su cruzada triunfal. Por los quebrados desfiladeros de Kytlym entraron dando tumbos cinco máquinas dragadoras, cada una de las cuales había costado trescientos mil rublos de oro. Entraron descolgándose por los senderos pisados por los osos, y los carros blindados se desquiciaban a cada tumbo que daban por los caminos pantanosos, bajo el tremendo peso de las máquinas, las ruedas, las calderas y los cajones de herramientas.

Las máquinas hicieron el viaje con un lujo que antaño sólo se acostumbraba para los viajes de bodas de las princesitas de Anhalt-Zerbest que mandaban de Reval o de Riga a reinar sobre estas tierras, envueltas en pieles de cibelina como jamás las habían visto en su país y con los últimos precios del rapé, la carne y las legumbres apuntados en sus inocentes diarios de colegialas alemanas. ¡Qué marcha triunfal, ésta de las máquinas! ¡Cada vagón arrastrado por un tronco de doscientos caballos! El campamento que se levantaba al anochecer, en los altos del viaje, recordaba el séquito del Gran Mogol. Un año siguieron ardiendo los bosques, en una extensión de cientos de verstas: eran incendios provocados por los vigías del cortejo de las máquinas, que lanzaban ramas ardiendo a las tinieblas para ahuyentar su miedo creciente y los ojos fosforescentes de los lobos, incrustados en las sombras.

En 1904 y 1905 la compañía empezó a repartirse fantásticos dividendos. En poco más de un año quedó amortizada la maquinaria y su arrastre al corazón de la sierra. Por entonces, en los años en que Rusia atravesaba por su primera revolución y se declaraba una inaudita bancarrota financiera, con la descomposición de toda la economía del país, solía volar todas las semanas, entre estos bosques milenarios, un coche arrastrado por tres caballos, llevando de Kytlym hacia el Occidente la cosecha de siete días, por valor de hasta un millón de rublos. ¿No fue acaso con estos dineros, ganados a tan poca costa, con los que la finanza de Europa ayudó al gobierno imperial de Rusia, cuando fue a llorar a sus puertas como un mendigo? La cruzada de rapiña alcanzó su apogeo en los años anteriores a la guerra, en el 12, el 13 y el 14. Los millones y miles de millones ayudaron al imperialismo a preparar la guerra mundial, ¡y estos

millones y miles de millones son los que el capitalismo del mundo quiere obligarnos a pagar de nuevo! La extracción del platino alcanzó una cifra fabulosa: de veinte a veintiún puds anuales. Rusia rendía 90% de todo el platino arrancado al globo y conquistó inmediatamente el mercado mundial. La lluvia del precioso metal caía cada vez más rica y más copiosa. Geólogos expertos registraron las montañas del entorno. Y aunque los resultados de sus investigaciones se mantuvieron en el sigilo más riguroso, pronto corrió el rumor de que en Kytlym y sus alrededores todo —bosques y pantanos, barro y piedra— estaba sembrado de platino. Una ola de locura sacudió la comarca. En poco tiempo fueron descubiertos, uno tras otro, los yacimientos de Tylai, Kossva, Sosnovka, Obodrannyi-Lossnok. Alrededor de las gigantescas dragas que rendían su trabajo metódicamente pululaba una nube de cavadores clandestinos, hurgando la tierra por procedimientos bárbaros, acuciados por la sed del platino. Más de la mitad se hundía, se arruinaba, caía en las garras de los acaparadores o de la policía; cierne, cava, busca y encuentra, pero ¿de qué les sirven los hallazgos si les falta el dinero necesario para explotar racionalmente el filón descubierto? Estos buscadores ocultan celosamente las bolsas encontradas; las esconden bajo el musgo y el follaje. Pero no todos los que respiraban el aire contaminado del platino caían atenazados por el morbo. Rusia estaba intoxicada en aquellos años por un veneno mucho más activo. Y por mucho que en la caldera de Kytlym hirviese la fiebre, todavía quedaban unos pocos que se entregaban al trabajo de cavar en busca de platino como a otro trabajo cualquiera, sin otra ambición que sacar un pedazo de pan y ganar para unos cuantos libros. Junto a las primeras dragas que montó la compañía trabajaron, construyeron y aprendieron los futuros comunistas, comisarios y directivos de Kytlym.

En Kytlym trabajaba también, por entonces, el geólogo Ditkowski —bolchevique—, iniciado por la compañía en todos sus planes y descubrimientos. Nadie sospechaba, naturalmente, que, tres años más tarde, este hombre entusiasta, ganado por las ideas de igualdad social —y que era, además, un técnico de primera fuerza—, había de asestar el golpe de gracia al poderoso reino de platino de los ingleses.

Los capitales extranjeros no se resignarán a olvidar tan pronto el año 1917. ¡Qué dividendos! ¡Qué perspectivas! Un gobierno benevolente, brazos de una magnífica baratura —en aquella Rusia colonial—, bosques milenarios y quinientos jornaleros aislados del resto del mundo y entregados a merced de la buena voluntad de su patrono, ¡una maravilla! ¡Y pensar que todo esto iba a

acabarse!

¿Para qué necesitaba Koltschak marchar sobre Kytlym, que no tenía ningún valor estratégico, pavimentar los caminos pantanosos con los cadáveres de sus soldados, ahogar a sus tropas en el humo de los bosques ardiendo, estrellarse por todas partes contra las bayonetas de los guerrilleros, dejar sus cañones y sus carros regimentales hundidos en los pantanos? Porque el telégrafo de campaña, el hilo de acero tendido de pino en pino, transmitía órdenes acuciantes e imperativas de París y Londres…

—¿Puede saberse, señor almirante, para qué diablos le hemos contratado?

Y el telégrafo se estremecía agitado por la jerigonza extranjera, por aquellos furiosos "¡Urgente! ¡Urgente! ¡Urgente!" con que Europa quería llegar a la entraña del platino brillante y pacífico que dormitaba sin meterse con nadie en la tierra, debajo del musgo velludo, ramas de pino y nieve. Y, en efecto, espoleados por el extranjero, los blancos consiguieron entrar en Kytlym en diciembre de 1918. Y los obreros que habían osado despojar a los aventureros invasores, durante todo un año, de sus fabulosos beneficios recibieron en pago una dura lección. Murieron fusilados Orejoff, Sergejeff, Ikanin, Schumajeff, Naimuschin, Grebionkin, Jaroslavzeff, los dos Ismogiloff —padre e hijo—, Kassatkin el chico, Senkoff, el panadero Korobkoff, Chomutoff, Beloglasy, Dyldin, Novosioloff, Alejandro Starzeff, el cerrajero Kriukoff, los cavadores de platino Bolosnikoff, Pokryschkin, Rogatschoff, Mansuroff, Wania Sergejeff y Kolodkin. Esta sangrienta represión determinó a los obreros y a los habitantes de los pueblos comarcanos a evacuar el país. Pueblos enteros de la montaña se pusieron en camino con los niños y el ganado. En Sosnovka no quedó un solo vecino, a pesar del duro invierno y del temporal de nieve. Pero les faltaron carruajes para transportar el bagaje y la hacienda; sólo disponían de cinco caballos. Las familias tuvieron que retornar a sus hogares, mientras los hombres proseguían la marcha.

Fue entonces cuando Ditkowski organizó a sus guerrilleros. Pero ¿qué iban a hacer con diez fusiles para toda la tropa? Los demás, desarmados, no podían ofrecer al enemigo más que la fuerza de sus pechos. Descendieron al valle, pero ya era tarde: el enemigo se les había adelantado por la calzada de Solikamsk, cortándoles la salida de la cuenca. No les quedaba más camino que ir a campo traviesa, en el invierno, enterrados en la nieve. Se deshizo la sección. En las márgenes del Kossva, después del primer encuentro con las patrullas de Dutoff,

Ditkowski ordenó el desfile. Jinetes y gentes de a pie tomaron en una dirección, menos diecisiete hombres que siguieron otro camino, con el jefe a la cabeza.

El camarada Jermakoff, un hombre fornido, de cabeza fuerte y redonda orlada por una corona de pelo rubio, nos cuenta:

—Era el momento que habíamos calculado para reunirnos. De pronto, a poca distancia de nosotros, oímos silbar unas cuantas balas. No encontramos a ser viviente; nadie nos salía al paso. Nieve y bosque. Ya nos habíamos comido un caballo. Como las caballerías no podían seguir, las dejamos al cuidado de los más viejos. Ditkowski le dijo a Sakanzeff: "Dejo a tu mando los caballos. Tan pronto como encontremos la salida, volveremos a buscarte". Cogimos un poco de carne y nos fabricamos unos esquís, que a pesar de la madera verde podían usarse. Éramos trece hombres. No sé cómo, pero logramos salir adelante. Al sexto día oigo disparos. Los demás estaban en un estado de agotamiento que les impedía comprender ni coordinar nada. Ditkowski me dice: "Digas lo que quieras, esos tiros son de ametralladoras". Perfectamente. Seguimos marchando, arrastrándonos en la misma dirección. Y a la mañana siguiente se repite la historia: nuevos disparos, esta vez perfectamente distintos. Reanudamos la marcha y salimos a un camino: la calzada de Moltschanovskaja. Ditkowski nos da de nuevo qué pensar con sus aprensiones: "¡Quién sabe —dice— de dónde y quiénes dispararán!" De pronto advertimos que los tiros van contra nosotros. Los nuestros no se desprenden de sus esquís, lloran, pero siguen deslizándose, como Ditkowski les ordena. Inopinadamente se oye el ruido de un convoy. ¿Adónde se dirige? Hacia Kosova. Refuerzos. ¿Para quién? Para las tropas. ¿Para cuáles? Para los rojos. En vista de esta sorpresa, Ditkowski nos dio dos panecillos para los trece; no quiso darnos ni una migaja más. Seguimos avanzando, pero antes de que pudiésemos llegar al comandante rojo, ya le habían informado las avanzadas. Nos recibieron como era debido. A derecha e izquierda ametralladoras, cadenas de cañones. Mientras Ditkowski presenta sus papeles, algunos de los nuestros, que no pueden resistir más, caen desmayados, y los que aún se sostienen parecen cadáveres en pie. Al cabo, el jefe de la columna de socorro viene hacia nosotros y nos grita: "¡Traed primero a ésos!" Llevan en brazos a los que han perdido el conocimiento y el médico les mete en la boca unos tragos de caldo. Aquello ya no eran soldados: eran pedazos de carne rota.

Un año después, la República ocupaba por segunda y última vez la cuenca del Kytlym, con sus codiciados yacimientos de platino.

2

El proceso que se sigue para la extracción del platino es feo, absurdo e indignante. Imaginémoslo. Atravesando bosques milenarios, pantanos impenetrables y cadenas de montañas, se llevan arrastrando, dando tumbos, hasta el corazón de una región salvaje, unas máquinas maravillosas. Se plantan en un valle serrano, plagado de pantanos inmensos y bloques de piedra. Sobre una zanja que inmediatamente se llena de agua amarillenta y sucia se levanta un andamiaje, y encima de él se monta la máquina dragadora de dos pisos, que, movida eléctricamente, tiene que mascar, chirriando y rechinando, unos doscientos o trescientos metros cúbicos de piedras, lodo, musgo y agua, para poder recoger, al cabo de toda esta operación, un puñado insignificante de platino que queda depositado en la placa filtrante de las esclusas. Las dragas trabajan día y noche, excavan y devoran montañas de tierra y piedra, árboles y praderas enteras; el valle queda convertido en un cementerio desolado, y todo para obtener unos cuantos granitos de un metal que la humanidad, por los motivos que sea, considera extraordinariamente precioso. Si prescindimos por un momento de este valor relativo del platino en el mercado, se nos revelará en toda su insensatez el derroche que cuesta a la nación esta industria. En un país cuya producción clama por energía eléctrica, se arrojan tres mil kilowatios a una sima, a un pozo lleno de lodo y de basura que en invierno es inhabitable y en verano está plagado de nubes de moscas, malsano, frío, bloqueado por nieves eternas. Todo un continente labrado con arados primitivos, mientras aquí cinco máquinas gigantescas, chapoteando como dementes en las lagunas turbias de sus propios excrementos, devoran con la terquedad de un loco furioso las riberas de la comarca y van dejando tras sí la estela de sus detritus. Diríanse niños corpulentos jugando a un juego extraño. Rodeadas por todas partes de pantanos y por cientos y miles de kilómetros de macizos montañosos, juegan a los "barcos", agazapadas sobre sus tupidas garras. Gritan con las voces estridentes de los vapores de verdad, echan y recogen anclas y contemplan desde la cubierta, desde el soberbio puente de mando, la "tierra firme" que a cada paso abordan. Paletas grises y anchas se sumergen en el agua incesantemente; en el último momento, antes de tocar la superficie, pierden el equilibrio, caen y desaparecen con leve ruido. Como infatigables y tercos sapos de acero, emergen con el hocico atragantado de barro y piedras. En realidad, todo el mecanismo se

reduce a estas paletas y a un intestino gigantesco de metal que aquéllas se encargan de alimentar de tierra. Un chorro de agua azota furioso las paletas y lava el cilindro que, girando lentamente, opone a la ducha sus paredes agujereadas. La arena se escapa como tamizada por un cedazo y pasa debajo del agua por una tela filtrante. El tubo digestivo de la draga empuja las piedras hacia la salida, donde una correa de goma larga y delgada como la cola de un cometa se encarga de transportar a la orilla los escombros de granito digeridos por la máquina. Es el mismo mecanismo de las antiguas máquinas de dragar oro, sólo que en proporciones gigantescas. El vientre de estas dragas digiere montañas enteras de tierra y tiene que pasar todo un río por sus tubos para poder obtener unas cuantas libras de platino. La parte de la máquina en que se realiza el lavado definitivo son las esclusas, aisladas por medio de barrotes del resto del mundo. La puerta de las esclusas está cerrada y sellada. Al relevarse los equipos, se levanta el sello. El inspector —un comunista— está sentado sobre la plataforma, con las piernas colgantes metidas en botas de agua; su mano descansa sobre el gatillo del revólver. El segundo inspector vigila la puerta, de pie. La draga, en los demás sitios casi solitaria, se llena de obreros. El equipo, forrado de cuero y tela encerada, como los buzos, penetra en esta jaula de leones, donde sólo hay unos cuantos granos de platino enterrados en el barro. Los filtros, tupidos de porquería, son sacados del lecho de las aguas y sumergidos en la piscina general, con la parte sucia hacia abajo. El agua sale a chorros, escupe espuma, mientras se lava a fondo el filtro y se le sacan los granos de metal depositados allí por la corriente del río. Los grifos están cerrados y los desagües lo mismo. Y reinaría un profundo silencio si la draga no continuase trabajando con un estrépito de terremoto, si las compuertas no subiesen y bajasen, gruñendo y hozando como cerdos de hierro.

La fiebre del platino se ha adueñado de todos estos hombres. Todos los obreros que trabajan aquí, sin darse cuenta, están embriagados del líquido que lava el precioso metal. Se embriagan con la sola vista del agua que discurre arrastrando en su seno las piedras ligeras y dejando tras de sí un poso pesado, asombrosamente pesado. Todos, todos están embriagados, borrachos perdidos, y lo está todo Kytlym. Nada hay aquí que se resista a la embriaguez periódica, a la fiebre incurable. Los comunistas se acorazan de libros, se pasan las noches en claro leyendo a Lenin, después de trabajar como negros todo el día; devoran sus libros de noche, cuando las avenidas de Kytlym, iluminadas eléctricamente, relumbran en las sombras selváticas del Ural. Se tragan a Lenin como una especie de quinina contra la fiebre del platino. Todos están enfermos. El aldeano que ha venido a trabajar aquí, atraído por la fama de los altos jornales, a sacar

dinero para comprarse su casita o un arado mecánico, vuelve al año siguiente, sin saber por qué, tentado ya por el ansia del metal. Mas también en este otro, proletario y comunista, ha hecho mella el microbio; este obrero dotado para el estudio, que cursó unos cuantos meses en la Universidad del Estado, hasta que, falto de recursos para sostener a la familia, hubo de reintegrarse al cuartel. También en su vida ha impreso ya su huella el platino para siempre. Y en la de este otro raro tipo de obrero, que en realidad no lo es, sino un chekista destituido por sus pecados, o tal vez un criminal, que se echa al coleto con un gesto de rabia el té hirviendo, de color de orina, y no se cansa de murmurar del gobierno de los Soviets con la furia insaciable del expulsado: otra víctima de Kytlym. Y como él, los cientos de obreros que duermen su sueño de muerte sobre los camastros plagados de chinches de sus cuarteles de vecindad, mientras sus botas, caladas de agua, se secan lentamente junto al gran fogón; duermen echados sobre las tablas con la cabeza metida debajo de la pelleja de carnero y los pies desnudos, helados del agua de la draga, saliéndose del camastro, y todos respiran platino y viven en sueños entregados al platino sin otro pensamiento que el fabuloso metal.

¿Quién está aquí libre de esta fiebre? Sólo un puñado de comunistas, que siguen atentos la marcha del mundo en el espejo roto y empañado de las crónicas semanales, parecen mantenerse inmunes; fuera de estos hombres, que andan varios kilómetros, dejando a sus espaldas estas dragas y estos pantanos, para asistir a las reuniones del Partido, para leer el informe de la conferencia del sector, cuyo único ejemplar, para mayor seguridad, está atado a la mesa por una cadena; fuera de este puñado de hombres que el Partido ha logrado arrancar a las garras del platino, seguramente no hay en todo Kytlym nadie que no esté contaminado de la maldita fiebre.

A lo sumo, Gurjan Maltzeff, el más antiguo especulador y aventurero de la comarca. Sólo él permanece tranquilo, sin perder la cabeza, en la sección de las esclusas. Es un tipo inconfundible: orejas despegadas, como las de un búho; finas y pulidas manos de jugador, que rebuscan apasionadas y cautas en la arena. Sólo él sabe escrutar el platino invisible escondido en un montón de lodo. Su rastrillo se mueve con audacia asombrosa e indolente. Después de separar y abandonar a la corriente las últimas piedrecitas vanas, extiende de un golpe sobre la mesa enjuagatoria todo lo que ha quedado del lavado interminable y deja que las aguas lo arrastren. Luego coge un cepillo, un vulgar cepillo de cocina, lo pasa cuidadosamente sobre la mesa, y sus manos, cautelosas como dos gatos blancos, van lanzándose sobre los plateados ratones que brillan en medio

de la corriente lisa, blanda, escurridiza. Y el platino sigue sin verse. Pero las manos, cada vez más cautelosas, continúan manipulando con el barro, ahora más claro; juegan con él en el agua como si acariciasen a una novia, le hacen ternezas como a un niño y le echan la zarpa como perros de presa. Podría uno estarse las horas muertas mirando a este hombre, y todo el equipo sigue como encantado el juego de estas manos portentosas, con la maravillosa finura de su tacto, que son como diez blancos ciegos que fuesen a todas partes sin lazarillo, o diez lebreles blancos como la nieve que siguiesen el rastro de un ciervo de plata. Por fin se adueñan del platino, lo agitan, lo sacuden como una cabellera desmelenada. En el agua va reuniéndose un montoncito de color blanco azulado que brilla opalinamente y se está quedo, inmóvil. La corriente, por fuerte que fuese, no podría arrastrarlo, pues es pesado como el hierro y mucho más todavía. Los hombres tiemblan de codicia cuando el inspector lo coge con una pala, lo seca al fuego y lo volea como el tratante en granos el trigo.

Gurjan es el único que sigue esta operación con una absoluta indiferencia. Su rostro permanece impasible como el del jugador perdidoso e indiferente que abandona el juego. Este hombre se pasó la vida buscando platino y encontrándolo en grandes cantidades. No se contentaba con pequeñeces, y cuando el botín era considerable tenía que reñir sañudas batallas con el gobierno, para acabar cediéndole la mitad y perder la otra mitad en la jugada siguiente.

Además, Maltzeff jugó muchas veces con fuego, y no se quemó nunca. Lo cual no es tan fácil.

Todos los años arden, nadie sabe por qué, los bosques milenarios que ciñen la cuenca de Kytlym. El incendio danza alocado por la foresta, se retira algún tiempo, y cuando menos se le esperaba, torna a reanudar su danza salvaje. Devora cientos de kilómetros de boscaje, y cuando ya se le creía muerto, vuelve a presentarse, se lanza de un salto sobre un maravilloso mástil de pino que por acaso ha quedado en pie y lo derriba, o trunca caprichosamente los verdes y tiernos dedos de un abeto, alzados al cielo como si jurasen. La quema del bosque es como una fiera llena de caprichos. Hoy pasa al lado de uno sin tocarlo, y mañana lo envuelve y lo devora. Con los brazos encogidos y la cabeza gacha, se desliza alevosamente sobre la tierra carbonizada, se para a fumar con gran parsimonia en un tronco encorvado en forma de pipa, y se recrea en la contemplación de sus criaturas, las ardillas de fuego que brincan como locas por las cimas de los árboles. Hay ratos en que se siente generoso y deja pasar sin contratiempo al caminante o al jinete, ceñido a los lomos de su bestia

encabritada, y el humo de su pipa gigantesca flota bonachonamente sobre la angosta taiga. Pero no vale fiarse de él. Es alevoso como la muerte. De pronto le acomete la furia destructora; su rostro rojo, increíblemente malvado, asoma riendo perversamente por detrás del tronco de un abedul derribado o de un pino amarillo en cuyo cuerpo ha estado acechando un día, entero, esperando a que cesase la lluvia. En un instante se encarama en lo alto de un árbol y salta de rama en rama como un grumete, agitando sus manos encarnadas; y llegado a la cima, desenrolla su larga banderola de humo y la tremola al viento. En derredor es espantosa la matanza. Miles de árboles caen gimiendo sobre los senderos del bosque con las raíces quemadas y los troncos desollados. Extensiones inmensas aparecen cubiertas de una piel de color verde tierno como una herida apenas cicatrizada. Y donde antes se erguían las coníferas centenarias crecen ahora tiernos retoños y matas bajas. De tiempo en tiempo, los árboles asesinados exhalan un gemido: ha llegado su hora, y caen a tierra. El incendio deja siempre un curioso recuerdo de su paso: por los parajes en que asienta su planta revolotean miles de mariposas blancas y negras, como una edición de sellos emitidos para conmemorar un año de ruina. Sus alas son más blancas que el blanco de los abedules y más negras que el carbón. El fuego siente gran predilección por los bosques que comienzan a revivir. Retorna a ellos pérfidamente en cuanto se creen seguros, como una horda de invasores a la ciudad arrasada y evacuada, para apoderarse de los supervivientes y echar el guante a los fugitivos que cometieron la imprudencia de volver al solar humeante. El fuego busca sus antiguos vivaces, sus avanzadillas, invadidas ahora por matas de rosales silvestres y los grandes campos de batalla que arrasó, donde todavía no se han podrido del todo los esqueletos de los árboles gigantescos. Y ni la perdiz más ligera, ni la liebre más viva, ni el caballo más veloz escapan esta vez a sus garras.

Gurjan tuvo la mar de encuentros con el fuego, y siempre libró de ellos con suerte. Siguió el rastro del platino, y, fiados en sus manos afortunadas, fueron otros detrás de él. Pero al venir el año 17, con la Revolución, se apoderó del antiguo aventurero la nostalgia de otras gestas. Y este buscador de metal dejó el oficio y se lanzó a buscar horizontes mejores para sus audacias. Y luchó, se internó en Siberia, no encontró lo que buscaba, perdió el oído, y tuvo que retornar a la tierra. El viejo y ducho cazador siguió el rastro de la nueva vida como una aventura, como una nueva y rica veta de platino. Mas después de excavar una buena temporada en la cantera humana, como sólo encontrase piedras, agua y lodo, abandonó la búsqueda. Sin embargo, Gurjan no retornó a la busca del platino. La Revolución había enfriado un poco la fiebre del metal. El

antiguo filibustero, ya envejecido, solicitó un empleo en la draga del Soviet. Y ahí está su rostro de jugador, agachado con perfecta tranquilidad sobre el espumeante lecho del platino. Coge el metal en sus manos serenas y lo desnuda y lo lava como a un niño recién nacido.

En Kytlym viven unos seiscientos obreros, albergados en barracones tan sucios, podridos y estrechos que no son precisamente agradables de describir. Seiscientos hombres aislados del mundo y entregados para su alimentación a los cuidados de un mísero Economato en que no hay harina ni frutas secas, pero hay, en cambio, polvos para la cara de las mujeres coquetas y tintes para el pelo. Seiscientos hombres metidos en esta caldera de la montaña, hundidos en este pantano, entre el estrépito ensordecedor de las dragas. Seiscientos hombres que chorrean constantemente agua y a cada paso caen enfermos, pues el clima de Kytlym es duro y alevoso. ¿Cómo viven estos hombres?

Los barracones gruñen, aunque —hay que decirlo muy alto— no gruñen aún todo lo que debieran, pues tienen razón que les sobra. No puede ser, es absolutamente inadmisible que se tenga a estos obreros pudriéndose en las viejas barracas levantadas por la compañía. Los céntimos que con ello se ahorran quedan sobradamente compensados con la agitación contrarrevolucionaria que siembra este modo de vivir; una agitación como jamás pudieron soñarla los blancos. A dos pasos de los barracones obreros vive un ladronzuelo del platino, un buscador que opera por su cuenta y ha conseguido ir arañando, a fuerza de robos, unas cuantas libras. Y este truhán vive en una casa de piedra, limpia y soleada, con dos vacas gordas que dan leche para toda la familia, con buenos troncos al fuego y un maravilloso acordeón para divertirse. Mientras allí cerca un comunista, uno de los guerrilleros de Ditkowski, que en los años del 20 a 22 penó, muriéndose casi de hambre en medio de las riquezas del platino y que, sirviendo a la máquina dragadora, enfermó de reumatismo articular y tuberculosis, se pudre vivo por no poder ganar lo suficiente para comprarse una casita de madera. En derredor arden los bosques, y cientos de kilómetros cuadrados de madera, por valor de millones de rublos, son aniquilados, sin solicitar siquiera la licencia del departamento forestal. Y el obrero no puede conseguir que se le proporcionen gratuitamente o por un precio módico las cuatro vigas que necesita. Es verdaderamente una insensatez que clama al cielo. Es indignante ver cómo estos hombres se pasan la vida entera sentados en la linde del bosque, donde los árboles, cuando el fuego no los destruye, se caen a miles de puro viejos, sin que a nadie le entren ganas de ir a buscar los troncos caídos (la llamada limpia de los bosques, que constituye nuestro ideal, consiste

en despojar al árbol caído de las ramas, para que así el tronco descanse directamente sobre el suelo y pueda pudrirse más rápidamente). Y el obrero, mientras tanto, revolcándose en un nido de chinches, porque el gobierno ha resuelto salvar sobre el papel los bosques, tan maltratados por la Revolución.

¿Qué va a ocurrir si un buen día sale en las cercanías de Kytlym una concesión extranjera, una concesión Urquarth, por ejemplo, que proporcione a los obreros calzado y, en término de veinticuatro horas, les ponga en las manos la madera que necesitan para construir y levantar unas cuantas casas para obreros con grandes ventanales bañados de sol, y les facilite conservas y ropas? No quedará con nosotros ni una mosca. Todos huirán a refugiarse junto al vecino, y los que no puedan hacerlo se morirán de envidia. Conseguiremos hacerles odiar el ramo de producción que les ha correspondido en suerte. Un viejo obrero de Kytlym que luchó también en las filas de los guerrilleros me hablaba de esto, con una preocupación conmovedora, como de un inminente peligro contrarrevolucionario. Véase, por ejemplo, esta minucia: en el Ural funcionan los llamados trenillos de montaña —un juguete tambaleante, lento—: una boñiga o una caja de cerillas basta para hacerlos descarrilar. A cada momento están rodando al precipicio. No hay un solo indígena que no tenga un chichón en la frente o algún rasguño. Pero no se trata de esto. Lo importante es que este famoso ferrocarril le cuesta anualmente a la República unos cuantos millones de rublos. Otro ejemplo: hay un decreto, dictado no sé cuándo ni por quién, que dispone que las chimeneas de las locomotoras vayan todas provistas de redes, para evitar que las chispas que lancen prendan fuego al bosque. Pero no hay tales redes y las máquinas circulan sin ellas porque falta, al parecer, el “crédito especial” consignado para este fin. El ciclo burocrático se cierra con un sentimiento de espléndida satisfacción y las viejas cafeteras pueden proseguir tranquilas, como si tal cosa, su magnífica cruzada incendiaria. Y mientras todo esto ocurre, el obrero tiene que pagar dieciocho rublos por una viga, con un sueldo mensual de once rublos y cincuenta copeques —que es lo que gana un aprendiz—. Ya puede, pues, entregarse alegremente al trabajo, en la confortante seguridad de poder apartar mensualmente seis rublos y cincuenta copeques… de pasivo.

En nuestro país se trabaja siempre a saltos, encauzando la actividad con tensión patológica a una determinada dirección. En el ramo de la producción del platino, por ejemplo, se han conseguido resultados maravillosos. No sólo se han puesto en marcha por el propio esfuerzo las viejas máquinas de dragar, todas averiadas, sino que han entrado en funciones otras dos nuevas. La potencia de la central

eléctrica ha aumentado en mil quinientos kilowatios, de mil cuatrocientos a dos mil novecientos; y a pesar de la reducción de la jornada, se mantuvo el récord de extracción batido por la compañía del 13 al 14. Y lo que es más importante: la cuenca de Kytlym tiene hoy su producción consolidada. No es ya el antiguo pillaje aventurero, sino un régimen intensivo y sólido de producción. La extracción del metal ha perdido aquel antiguo carácter pintoresco y osado; hoy se trabaja en una atmósfera de quietud y normalidad… Y con las manos limpias. Ya no se roba; seiscientos hombres trabajan en esta cuenca soviética del platino, que no pertenece a nadie y pertenece a todos, y padecen la miseria más espantosa. La carne pecadora de este metal, su olor mareante y su excitante reflejo plateado palidecieron el día en que los obreros de Kytlym, antes de que supiesen siquiera andar entre los programas del Partido, votaron por el número 6. Ya entonces, certeramente guiados por la idea secreta de la socialización, impidieron que la dirección de las minas pusiese en la calle al camarada Ditkowski.

Se corrió la voz de que era necesario votar contra los bolcheviques. Comprendieron que la batalla decisiva se acercaba. Los accionistas querían deshacerse a toda costa de Ditkowski. Pero los nuestros se alzaron como un muro detrás de él y lo votaron para presidente del Soviet. Se reunieron varios pliegos de firmas en su favor. “Lo necesitábamos para apoderarnos de las dragas.” Y salió por voto unánime.

Kytlym ha permanecido sano hasta hoy; se cuidan de ello Schljachtin, el secretario del Partido; Solovjoff, antiguo guerrillero y hoy jefe de la milicia —un hombre de extraordinaria energía que fue en tiempos marinero y presidiario—, y el camarada Garrilow, ayudante del director. Pero todo lo que atañe a la vida diaria del obrero está espantosamente descuidado. El sentimiento de la responsabilidad y la más severa disciplina van del brazo aquí con una incuria que raya en lo fantástico y traspasa todos los límites, en lo que se refiere a las necesidades cotidianas y a las exigencias más elementales de la vida del obrero. Y no es éste un reproche dirigido exclusivamente contra Kytlym, que no está en este punto peor que la metrópoli industrial de los Montes Urales, la espléndida fundición de Nadeschdinsk. Con esta política, el Partido se expone a perder todo su ascendiente sobre las masas.

Hay también en Kytlym, al margen de la población obrera, cavadores de platino que trabajan “por su cuenta” —cavadores independientes—, unos doscientos. Son la pequeña burguesía de Kytlym.

Falta el dinero necesario para adquirir nuevas máquinas dragadoras, a pesar de que el camino que une a Kytlym con la central eléctrica está todo él cimentado sobre puro platino. Es todo un continente de riquezas, un Eldorado prisionero entre pantanos en esta tierra de osos. Por la noche, a la pálida luz del Ural insomne, sus bosques y sus aguas, las rocas, las praderas y los pantanos aparecen envueltos en un resplandor blanquecino; todo reluce con el color del platino, con el brillo de nieve de las riquezas inmensas sepultadas en la tierra pantanosa. Todavía no tenemos el dinero que hace falta para sacar cien o mil rublos por cada rublo arrojado a este pozo. Nos falta ese par de cientos de miles que son necesarios para prestárselos a esta tierra a fabulosos intereses usurarios y con la hipoteca de cuatro ríos serranos, de cuatro montañas de dunita y de toda la cuenca de Kytlym, abarrotada de platino.

Los pequeños yacimientos soterrados arriba en la montaña no merecen la pena de transportar las dragas a aquellas alturas. Los más son muy pobres o están excesivamente diseminados, y la organización mecánica de las extracciones no será rentable seguramente. En todos los pozos en que pueden instalarse pequeñas dragas trabajan grupos más o menos grandes de cavadores independientes.

Hasta en las cimas más altas hay pantanos. Los hay en las cumbres de Kossva, Sosnovka y Konshak. Las montañas de los Urales padecen reblandecimiento craneano. Sus rocas están aguadas, crasas, podridas. Los caballos trepan como perros de peña en peña y con la cabeza gacha buscan un lugar en que hacer pie. Hasta fines de junio, cuando las ratas de agua lanzan en la selva su grito sostenido y las perdices se ponen a incubar sus huevos, no empieza a ser transitable la taiga para gentes de a pie. Es la época en que el camarada Solovjoff se echa la carabina al hombro, se mete en el bolsillo un silbato de plata para hacer el reclamo y se lanza al monte a inspeccionar los nidos de los cavadores independientes. Las mozuelas que se encuentra en el camino, estas mozuelas que lo saben todo y lo callan todo, lo conocen y lo saludan con ojos astutos y sonrientes. El viejo inspector de la Kossva y antiguo dependiente de comercio Abamelek —un ladrón redomado a quien nunca consiguieron coger en el garlito— lo recibe amabilísimo, con la cara envuelta en pliegues que son una máscara de santidad, y le convida con sopa de pescado. Pero el viejo no dispone de un caballo.

—Vamos allá —dice Solovjoff, dando a su caballo siberiano un golpe de nagaika—. Usted, Abamelek, puede venir a pie, pues no serán más de tres verstas de camino.

Y aunque nuestros caballos han venido a un trote ligero, el viejo llega apenas cinco minutos detrás de nosotros. En su frente amarilla, del color del cordobán, brillan algunas gotas de sudor oleaginoso, su boca de icono sonríe maliciosamente, y el más veterano de todos los cavadores sueltos echa al viejo una mirada de sus ojos aterciopelados de gitano y descifra en su rostro la muda consigna.

Solovjoff ata ligeramente el caballo para no perder un solo segundo, pues hay que salir a toda prisa de aquí; se tienta el revólver y sale a efectuar la inspección.

Estos cavadores trabajan parsimoniosamente, con terquedad animal. No se aventuran de buen grado en nuevas rebuscas. Como el oso que ha descubierto una colmena, se aferran a su hoyo y se engolosinan con el platino encontrado: el ideal es alumbrar un yacimiento abundante, instalarse en él y no moverse más. El decano del gremio les ordena que se lancen a nuevas pesquisas y calicatas, que laven nuevas pruebas de tierras, pero estos cavadores, jovenzuelos venidos todos del campo, no hacen caso de sus consejos ni quieren arriesgar un céntimo en escarceos dudosos. Se pasarán la vida hozando en el viejo hoyo estéril antes que arriesgarse a probar suerte en una nueva veta. En esta batida tras el botín invisible, en que todo es instinto, sentimiento, intuición, se arrastran todos de mala gana detrás del más antiguo, porque admiran sus conocimientos secretos, pero le odian mortalmente por su furtiva movilidad, por esta eterna inquietud que les infiere. Es el odio del aldeano afincado por el nómada.

Lo extraído hoy representa casi el doble de la cantidad indicada en el informe enviado ayer. Se miente con un gran descaro: que si las calicatas no dan más de sí, que si en diez metros cúbicos sólo se saca tanto más cuanto, etc. ¿En diez o en cinco? Solovjoff no levanta la voz, pero los mozuelos que pasan la siesta tendidos a la larga en torno al fuego y observan con atención huraña la balanza del inspector, se ponen en pie de pronto y le echan miradas retadoras.

—Pronto —les dice Solovjoff— tendréis otro inspector, un comunista…

Del otro lado del cálido riachuelo se ve cruzar por detrás de los matorrales un capote del ejército rojo, armado de cartera y revólver. Bajo la gorra calada de humedad se descubre un rostro tostado por el sol y una potente mandíbula cuadrada. Los que están junto al fuego no se menean de su sitio, y toda la banda, que lleva una vida animal, sin ningún género de necesidades, y sólo se interesa por lo que cabe en los platillos de cuerno de sus pequeñas balanzas de bolsillo,

persigue con la mirada la silueta que cruza, pensando en los peligros que la amenazarán por ese lado.

Toda persona desconocida que se cae por aquí es mirada con recelo. Los aldeanos viejos y expertos se entierran en el suelo con toda su familia, con sus hijos, sus hijas y sus mujeres. Su jornada termina al caer las sombras de la noche. El trabajo de estos hombres es duro y mezquino; exige un derroche de paciencia; no lo interrumpen las palabras ni las canciones, ni algún que otro descanso. Mujeres con labios codiciosos y apretados amasan insolentemente la tierra como si fuese una pasta de secas yerbas medicinales para la vaca enferma. Los aldeanos pulverizan las piedras con golpes furiosos; odian esta tierra venal que no se entrega a cualquiera y no rinde fruto.

Estos cavadores sueltos, los más viejos y solitarios, son como viejos alquimistas. Tostados y aligerados por los rayos del sol, como una pluma perdida por el pájaro, escépticos a fuerza de contemplar el eterno juego de la fortuna y la desgracia, se inclinan con su sempiterno gesto de duda sobre el borde de la hoya y acucian en el pesado trabajo a sus inexpertos discípulos: “¡Cava más hondo, Mitjucha, más hondo por debajo del agua!” Mitjucha está ya calado de sudor; espoleado por su codicia juvenil, saca un metro cúbico de lodo tras otro, y lava la tierra y las piedras, para precipitarse con nueva furia, si no encuentra nada, sobre el pantano. Mientras tanto, el viejo sonríe pensando en la fugacidad perecedera de la vida, y fuma. Él ya no espera nada, ni la más grande dicha podría darle nada; hace ya mucho tiempo que ha arreglado sus cuentas con la vida. Y se ha convencido de que la vida no puede traspasarle sus culpas a nadie ni pagarle las propias.

A nadie se complace tanto Dios en engañar como al creyente. Por lo general, este creyente no es un ruso, sino un votjaco. Corre tras el platino con una infinita humildad y soporta sus traiciones con callada paciencia. Y año tras año sufre silenciosamente los fracasos, firmemente convencido de que llegará un día en que la suerte se apiadará de su persona y le pagará con creces las injusticias sufridas. A la postre, después de todo este calvario, lo más que consigue el viejo cavador es darse cuenta de las nuevas derrotas, pero las recibe con amor y alegría, pues cada derrota es un sumando más en esta fabulosa suma que la suerte le toma prestada como un anticipo.

Cada esperanza perdida es un derecho que se conquista a obtener una nueva ganancia. Cada vejación es un paso que se acerca al día de la recompensa. Y así

pasan años y más años de una aplicación humillante que no recompensa el menor premio. Estos cavadores viven recluidos en la más absoluta soledad; alejan de junto a sí a los compañeros de infortunio a quienes no llamaron. No necesitan de nadie. No quieren compartir ni un adarme de este tesoro de infortunio que algún día se convertirá en una cantidad increíble de riqueza. Pero, entretanto, el pantano sigue siendo un pantano, como el primer día. Y el agua es cada día más helada y los ojos inflamados de la cara del cavador, picada por las moscas, escrutan en vano la cosecha de plata. Al fin, un día caluroso de verano, cuando los pantanos fermentan y despiden un vapor enfermizo y se cubren de verdín, y resuenan los trinos de los pájaros encelados, el pobre voltjaco se arrodilla con sus piernas gordas, hinchadas por el reumatismo, delante del inspector, rígido como un icono, mendiga de él una plaza en el hospital y llora.

Está firmemente convencido de que deja la fortuna enterrada en el fondo de la última hoya que la fatalidad le obliga a abandonar. Allí se queda su destino, en aquel agujero, del que ya han tomado posesión los sapos que pululan por él, satisfechos, felices, con las patas traseras despatarradas como remos perezosos, y juegan con las burbujas que suben a la superficie.

Pitschugin, el famoso cavador de platino de Sosnovka, tiene toda la pinta de un chalán de feria. Posee ojos agitanados de una astucia que nadie sabría pintar y barba cobriza de gitano. Cuando lo interrogan adopta una sabia reserva. Olfatea las preguntas como una bestia inteligente, y, levantando el rastro de la herradura, se vuelve por sus propias huellas. Y cuando ha ganado la distancia que lo pone a salvo del interlocutor, se detiene y lo mira con sus alegres ojos acariciantes, mientras sus orejas de lobo, alertas, denotan todavía la tensa atención de su espíritu.

Apenas había abandonado la pieza el camarada Solovjoff, el inspector Pitschugin se volvió hacia mí con la sonrisa silenciosa de un viejo perro de caza, con una sonrisa que rezumaba bondad entre los dientes blancos y aguzados.

—¿Quiere usted saber cuánto platino tengo recogido, para decirle la verdad? Veinte libras. Si Solovjoff lo descubre, mejor para él; si no, ¡qué se le va a hacer!

Generalmente, lo primero que hace el cavador independiente que se enriquece es fabricar una casa de piedra con un tejado de chapa pintada de verde. Pero Pitschugin sigue viviendo en su vieja choza de madera; la familia se alimenta como siempre de sopa de berzas, y el padre lleva ya qué sé yo cuánto tiempo

regateando con el novio de la hija sobre la dote.

—¿Cómo puede usted, Pitschugin, vivir en medio de esta miseria? ¿No siente usted ganas de emprender otro género de vida?

—Allá se lo encontrarán los hijos y los nietos —me responde.

Y piensa con amor en su familia, que vivirá de generación en generación gozando de ese bienestar mediocre del aldeano, a pesar de este platino que yace aquí escondido como un niño estrangulado debajo de la tarima de su choza; que tiene asegurado para cien años un zoquete diario de pan, y que puede alentar la esperanza de pasar por la vida, hasta la tercera generación, con la lentitud y la morosidad de una chinche paseándose por la pared.

—¿Sabe usted, camarada Solovjoff, lo que acaba de confesarme Pitschugin? Que tiene recogidas veinte libras de platino…

El gitano se despoja de la gorra, su mirada se encuentra con el retrato de Lenin clavado en el rincón donde antaño se veneraba la estampa del santo, hace un gesto lacrimoso y suplicante con los ojos, a los que se asoma toda la alegría, la malicia y la conciencia de su seguridad, y dice, santiguándose:

—¡Jesús, qué cosas se le ocurren a esta mujer! ¡Juro por todos los santos que no he dicho semejante cosa, y nadie me lo podrá probar!

EL CARBÓN NEGRO Y EL BLANCO (KISELSTROI)

EL BOSQUE se abre por la mitad como un libro. Y para que no se cierre, la naturaleza ha puesto entre las páginas una señal azul: el claro y alegre río del Ural llamado Kossva. Sus hombros montañosos, todo lo que respira a la redonda, cernido en el vapor azul del sueño, es carbón y cobre, cobre y carbón. Este depósito natural de materias primas no está todavía bastante investigado; la industria, débil aún, no consume ni la mitad de lo que podrían suministrarle estos yacimientos, la cuenca de Jegorschinski, las minas Kisela, Gubacha y Tscheliabinsk. No hay que pensar, por ahora, en intensificar ni extender la producción de esta zona minera.

A la vuelta de diez años, estas montañas de Kisel, por donde hoy rondan los osos, serán una poderosa metrópoli industrial. Por ahora no son más que una maleza que da frambuesas en vez de carbón, y en vez de cobre, esbeltos pinos. Hasta hoy no están puestas en marcha más que las minas de Kisel. Pero sólo éstas constituyen de por sí una imponente red que tiene por centro tres explotaciones: la Lenin, la Trotsky y la Wolodarski, detrás de las cuales vienen los abundantes pozos de la Polowinka y los tres de Gubacha, a veinte kilómetros de Kisel. Estas distancias no tienen aquí importancia alguna; los trabajos subterráneos se extienden a docenas de kilómetros y la producción anual alcanza la cifra de millones de puds.

La red minera de Kisel es todo un reino subterráneo, con su capital, la mina Lenin, un pozo central que mide hasta cuatrocientos metros de profundidad y, cercana a él, la Trotsky, en que las vetas corren en capas delgadas y caprichosas y en cuyas galerías los mineros tienen que trabajar de rodillas, con la cabeza baja, y arrancar el carbón con golpes traicioneros de abajo arriba. Kisel tiene su nudo central y su zona fronteriza, la lejana Polowinka, sus calzadas subterráneas, recorridas por locomotoras eléctricas, y sus típicas señales de vía; en su selva tenebrosa se esconden carreteras y senderos recorridos en la noche eterna por caballos miopes.

Hay aquí superficies y plazas enteras rodeadas de muros de combustible de la mejor calidad, de cinco a seis metros de espesor, bruñidos como una coraza,

matemáticamente precisos como el granito de los diques que ciñen este mar de carbón.

El distrito minero de Kisel tiene su tiempo y su medida del tiempo, su eternidad propia, diferente de la del mundo iluminado. Aquí no hay sol que parta la noche del día. Sólo hay el trabajo, siempre negro, siempre nocturno, partido en tres bloques iguales de ocho horas que pesan cada uno cientos de puds. Arriba, donde hay verdes y blancos, donde hay luz y estío, la neblina matinal señala el comienzo del día. La neblina subterránea no se disipa nunca. La tierra trasuda sin cesar, y cuanto más profundas las galerías, mayor la humedad que destilan. Las paredes están heladas y húmedas como manos viciosas. Y el silencio de la tierra sólo se quiebra al principio por el gotear indiferente y cantarino del agua, ahogado luego por el leve rumor y la charla ruidosa de los arroyos, cada vez más osados, y a lo último por el estrépito frío y amenazador de las aguas que se derrumban.

La mina tiene sus tiempos, su caída de la niebla, su agua y tiene también su fuego. El fuego y el agua en el seno de la tierra viven reconciliados y se ayudan mutuamente en su batida contra el hombre. En las galerías más húmedas empiezan de pronto a temblar las llamas de las lamparitas, hasta entonces tan quietas, y sus lenguas amarillas se acurrucan medrosas e intranquilas contra el vidrio: el hálito corrosivo del aire subterráneo, cambiado súbitamente, empieza a ser peligroso. El calor penetrante baña al hombre en doble humedad: la del agua y la del sudor.

Y en estas simas el aire tiene también un sonido especial, inconfundible. Por mucho que yerre un minero, si guarda silencio un instante y escucha en la sombra, oirá, en medio de la paz, teñido de murmullos y rumores, un leve silbido del viento que se escapa de los agujeros invisibles de los ventiladores. Y aunque se apague la lámpara, la mano extendida encontrará infaliblemente y tentará en la sombra el largo gañote de hierro fundido por el que entra el aire a este mundo subterráneo. Por todas partes se encuentra uno en la mina con estos tubos: en los pasadizos de las galerías, en las rampas que pugnan febrilmente por ascender a la luz, en los pantanos de los tramos húmedos, en los callejones sin salida donde sólo viven el agua y el silencio, en los túneles ahogados por un fuego invisible; por dondequiera, allí donde el hombre hunde su pico o el harpón de la trepidante máquina perforadora; por dondequiera que alce, agotado de fatiga, la lámpara, para contar los escalones que le quedan; por dondequiera que el trabajo, con las zarpas de hierro de sus máquinas, arrebata el carbón a la roca; por dondequiera

que el hombre, bañado de sudor, se tira a descansar, con el pecho agitado en que la sangre se agolpa, amenazando hacerlo saltar: por todas partes va junto al minero y lo acompaña en su lucha contra los muros negros y centelleantes este fiel aliado: el aire portador de vida.

La máquina que vierte el aliento vivo bajo la tierra mora en lo alto, en uno de los pisos aristocráticos, bañados de luz, en un local limpio y bien guardado. Los hombres se desviven, hacen todo lo imaginable para que esta preciosa máquina no advierta que está prisionera. Su prisión está anegada de luz y el techo es de alto fuste y el piso de hormigón. El carbón no puede trasponer el umbral de esta celda blanca. La máquina enterrada viva calienta con su aliento sano y tibio la tiniebla húmeda y densa en un kilómetro a la redonda. La tierra pugna por abrirse paso; de todas partes presiente vagamente, en su sueño primigenio, el trepidar incesante, potente y gozoso que viene de la cabina única de los compresores. Y cerrando los ojos inflamados por la niebla húmeda, la eterna noche huye dando tumbos ante el divino resplandor de la electricidad que se derrama por las ventanas y las puertas de esta celda solitaria.

Pero la central eléctrica de Kiesel está exhausta y trabaja más de lo que puede. Su energía no alcanza apenas para airear las células pulmonares de las minas. Las averías se repiten cada vez con mayor frecuencia, y la ventilación se interrumpe, hasta que tras unas horas de trabajo febril logra restablecerse la corriente. Mas, a pesar de esto, se multiplican los casos en que los pozos y las galerías se llenan de vapor espeso y verduzco: es la atmósfera envenenada de tormenta en que se prepara la catástrofe, que va corriéndose, agazapada, de tramo en tramo, deslizándose a lo largo de las paredes, agitando por toda la mina su larga melena de humo. Las lámparas de los capataces se retiran temerosas del enemigo que avanza. Este gas dulzón, de sabor a vainilla y olor acre, tiene no sé qué misteriosa violencia, no sé qué demonio que agarra a la vida por el cuello con su zarpa implacable y la estrangula. Algo ha vuelto a averiarse en la central. La ventilación no funciona. La desazón se extiende por la mina con rapidez de rayo. En la Wolodarski, donde los mineros, como árboles corpulentos de Navidad recluidos en un cuarto bajo de techo, tienen que trabajar encorvados con la cabeza tocando en la bóveda, las lámparas corren de galería en galería, acosadas por la angustia. “¡No hay corriente!” Y los mineros se cuelgan desesperados de las palancas de los ventiladores inertes. Sus armas ya no sirven de nada, han perdido su fuerza, se desprenden por sí solas de la herida que acaban de abrir en el filón. Una pereza caliginosa se apodera de las galerías, y los hombres, excitados y medio ahogándose, se tumban a fumar sobre las pilas

de carbón. La sangre martillea recio en las sienes, como el minero soterrado golpea en los muros buscando una salida. Los viejos dejan el trabajo, se aprietan la mano sobre los ojos y suben gateando cien, doscientos metros, hasta donde encuentran agua que beber y aire que respirar. Los nuevos se despojan de las camisas y refrescan sus cuerpos en el agua sulfúrica que al principio les enrojece la piel y se las restringe —como la saliva el zumo de limón—, para luego ceder y resquebrajarse.

¡Otra vez sin corriente!

Los hombres achican perezosa y aburridamente el agua, que se escapa borboteando. La montaña entera sufre de asma.

Estos ataques de disnea empezaron a presentarse en las minas de Kiesel durante la guerra. Pero pasaron inadvertidos hasta ahora, quizá por la miseria general y el hambre del país y la indiferencia que siempre las acompaña. Además, entonces no se trabajaba con la intensidad de hoy; se trabajaba únicamente para que las minas no se hundieran ni acabasen de hundirse con ellas los mineros. Pero hoy que la mina entera, desde el director hasta el último vagonero, lucha denodadamente por intensificar el rendimiento, hoy que se atreve a descender al mercado hasta la hulla de la cuenca de Kutzneki, y con éxito, a pesar de los mil kilómetros que tiene de arrastre; en el momento en que el mercado de carbones se ve obligado a bajar el precio del pud casi en tres copeques, cualquier interrupción en los trabajos equivale a una catástrofe. El tiempo ha cobrado un valor y este valor aumenta incesantemente. Y de pronto, un día, la mina entera se ve agarrotada por las ansias de la muerte y obligada a tirar pala y pico y a salir gateando hasta la luz para no sucumbir del todo.

¡Aire, aire, aire!

La Polowinka, en estos días, ha tenido que paralizar casi por completo los trabajos. Los ingenieros velaban junto a las máquinas, reloj en mano, contando las pulsaciones y calculando el momento en que tendrían que parar. Y he aquí que en el instante de mayor peligro, cuando ya el agua y el aire emponzoñado comenzaban a anegar las galerías, una potente y rejuvenecedora ola de energía eléctrica sacude el caduco cuerpo tendido de la mina. ¿De dónde venía esta ola salvadora?

Hace unos dos años, cuando el hambre y el tifus azotaban con más furia, empezó

a construirse, a veinte kilómetros de Kisel —en el impetuoso riachuelo de Kosva, que se despeña allí de lo alto de la montaña como loco—, una poderosa central eléctrica. Su principal misión había de ser vigorizar las caducas máquinas de la red minera. Pero esta central no se proyectaba y construía exclusivamente para rendir aquellos seiscientos kilovatios en que ya hoy han aumentado las fuerzas de las minas Polowinka y Kubacha, ni para los otros seis mil que el trust ha de sacar de sus turbinas.

Con esta fuente de energía escondida en las montañas selváticas de Kisel, la República quiso asegurar fuerza barata a un gran sector industrial en un radio de trescientos kilómetros. Y la instalación de Kiselstroi, o sea, la "GRES" —como se la llama por sus iniciales—, no sólo abaratará los cuarenta millones de puds de carbón que el camarada Saschin espera extraer este año, sino que dará vida en esta comarca y en plazo breve a una nueva red carbonífera, a toda una nueva serie de minas, calas y explotaciones, dotadas de un instrumental mecánico más perfecto y con posibilidades para abaratar considerablemente la producción.

Desde la terraza de cristales de la "GRES" se disfruta una vista espléndida. A la izquierda, en la sierra cubierta de bosque, brilla una ancha calzada: el camino por el que se llevará el tendido a Kisel. En cinco años no quedará rastro de estos bosques, y allí donde ahora resalta como una fresa entre el césped el tejado rojo del hospital, este miserable lazareto de campaña, con sus camastros de madera que en menos de dos años vieron morir a más de trescientos hombres, se levantará acaso una gran fundición o una estación ferroviaria. A la derecha se alinean en apretadas filas las barracas de los obreros, donde, envueltos en la eterna miseria, duermen, comen y se ahogan los hijos del trabajo, las familias revueltas con los solteros, sin que unos ni otros puedan tener un momento gustoso de descanso; donde los hombres viven como vive el proletariado, si no en toda la Rusia industrial, al menos en todos los centros obreros de los Urales: miserablemente, como mendigos. Este proletariado que, a despecho de todo, está logrando sacar a flote la industria rusa, la vida industrial de los Soviets. ¿Qué será lo que en un mañana próximo sustituya a estos barracones: una fábrica, una nueva mina o un Palacio del Trabajo? Este proletariado ruso, que en estos años de pobreza fue lo bastante generoso para pagar una espléndida central eléctrica con el precio de trescientas vidas, una central que en pocos años alimentará toda la nueva floración de industrias en torno, ¿de qué no será capaz cuando se haya recobrado un poco de tanta miseria y pueda comer hasta saciarse y vivir con un poco de comodidad y acabar de instruirse? Casi enloquece uno de alegría al contemplar este espléndido edificio gris cuyos ventanales gigantescos ven al

bosque milenario, velloso, talado, retroceder a la otra orilla y replegarse, acosado, espantado por el estrépito de las hachas y las máquinas.

La central no está todavía pulida y aseada. Toda la plaza donde se yergue guarda restos y huellas del alumbramiento. Obreros chinos, exhaustos, arrastran a desgana los escombros, hacen con ellos montones y los queman. Del agua emergen las húmedas cabezas de los postes que la riada no ha arrastrado aún: un recuerdo de la parte más dura del trabajo, pues hubo de abrirse un canal de doscientos metros de largo y doce de fondo para encauzar el río debajo de la casa de máquinas. La construcción del lecho de hormigón por de bajo del nivel de las aguas, en la época de las mayores avenidas, con los salarios y las raciones del horrible invierno del 21 al 22, casi sin máquinas, sin trajes apropiados para el trabajo y sin dinero —y todo esto bajo el clima duro y alevoso de Kisel, donde, a pesar de haber cambiado tan favorablemente las circunstancias, todavía nacen 90% de niños con indicios patentes de tuberculosis—, ¿no es un triunfo verdaderamente grandioso del trabajo? La instalación del edificio está casi terminada. En el recinto del cenicero puede respirarse sin dificultad, a pesar de la constante e imperceptible lluvia de cenizas y de la gran cantidad de azufre contenida en el carbón. En la sección de turbinas, un alegre y pintoresco caos de maquinaria nueva y de andamiajes. Desde el piso de hormigón hasta el techo de cristales de la sala del segundo piso se levantan los andamios de blanca madera de pino, por los que hormiguean los operarios y cuyos tablones tiemblan bajo el peso de la maquinaria. Las cuatro turbinas que hay instaladas (Babcock-Wilcox, modelo 1917, con una superficie de calefacción de trescientos cincuenta metros cuadrados) sólo ocupan la mitad del palacio; la otra mitad está esperando, dispuesta a albergar la segunda batería de turbinas. Y todo inundado de luz, todo de proporciones inmensas, como en la alcoba infantil de un gigante de fábula; la instalación puede ampliarse a medida que vaya siendo necesario. Por el momento, todavía se permite que penetren en el recinto las vagonetas de carbón para vaciar en la boca de los hornos su mísera carga de cinco a seis puds. Los fogoneros limpian malhumorados los detritus negros que los indecorosos volquetes han dejado en la clara y pulcra casa de máquinas. Pronto les será prohibida la entrada en esta pieza. No tardarán en estar montadas y funcionando la torre y la transmisión de hierro que han de introducir el carbón mecánicamente en las calderas. Batallones de montadores transportan cuidadosamente las pesadas piezas de las máquinas. Y en los andamios, entre la madera y la cal húmeda, entre las sierras, las hachas y los flexibles listones, cantan los maestros carpinteros. La pequeña fragua provisional para las herramientas mete un ruido espantoso. Un ágil mecánico calzado con las altas

botas de caña de los Urales trepa sin esfuerzo a la gran presa.

Hay que subir hasta la azotea para darse cuenta de la soberana altura —cuarenta metros— de este edificio. Pero también hasta aquí llegan turbias preocupaciones rústicas, palabras de pan y tierra, que vienen a empañar el ambiente de fiesta y la fiebre de los últimos trabajos; ya no se habla sólo de este bello palacio que va a ser habitado por el hada de la electricidad. Un albañil masculla sin interrumpir la tarea:

—Hace dos años que ando azacaneado en esta obra; de los nuestros quedaba todavía Jekimow, que trabajó con nosotros en los cimientos. Un día se resfrió y se lo llevó la trampa… Yo pienso volverme a mi pueblo en seguida. El que ha salido de la aldea a la aldea tiene que volver. Si todos fuésemos proletarios, ¿quién iba a labrar la tierra?

Así habla y así se lamenta, en vísperas de una gran victoria del trabajo, un albañil que cabalga sobre su obra coronada, un obrero que no ha dejado de ser campesino.

Los turbogeneradores —negros, relucientes, de ocho mil voltios cada uno— descansan el uno junto al otro, como el león y la leona, tendidos sobre una sólida plataforma de hormigón. Cada máquina tiene su pulso y su voz, pero no hay nada que pueda compararse con la música rítmica de fuerza y de quietud con que las dinamos llenan la casa. No aciertan a esperar a que el piso esté seco. Les basta con el basamento especial hecho para soportar su mayestática carga y la imperceptible vibración que conmovería a la más firme roca. Todavía están los obreros trabajando en el piso de hormigón húmedo, cuando las dinamos, apenas se desprenden de las pesadas ropas de viaje, rompen a trabajar entre las paredes desnudas, delante de un gigantesco ventanal lleno de cielo.

Los obreros de esta sección no son ya aldeanos traídos a la fábrica, sino auténticos proletarios. Ahí están, por ejemplo, los albañiles cementadores: el camarada Schevrin, que luchó y venció en el desfiladero de Perekop, de donde vino para ayudar a taladrar el canal de Kiselstroi, sin retornar luego a la campaña. El reumatismo tiene debilitadas y torcidas sus piernas de jinete. El camarada Anjapow, que después de tomar parte en la batalla de Polozk intervino en la construcción de la bóveda del cenicero y consolidó los cimientos de la “GRES”. Al presente, estos dos soldados, metidos en sus blusas de albañil y cubiertos de cal hasta la cara, trabajan en el suelo de la segunda mitad del

edificio, que en un par de años albergará otros dieciséis mil voltios.

¡Y ahora el sacrosanto altar de Kiselstroi, el tablero general de mando, el tablero especial para el consumo de la casa, las cabinas selladas en que moran los transformadores! ¿Cómo podría un inculto y osado periodista describir estas salas silenciosas y llenas de paz, en que no se puede tocar nada y las paredes están cubiertas por un tejido complicado de venas azules, rojas y blancas, donde late el movimiento, la fuerza y la luz? Habría que ser un técnico, y un técnico de primera, para poder apreciar el verdadero valor de este tablero cubierto de instrumentos de medición, para poder entender las oscilaciones de estas manecillas, con su movimiento isorrítmico, el lenguaje misterioso de las escalas encuadradas en sus marcos dorados, que, como flores estivales, ciñen el mármol veteado de rosa.

Estos recintos silenciosos y solitarios y estos aparatos diminutos y frágiles, que pueden desencadenar vendavales de fuerza y de calor, imprimen a los hombres que los habitan y los manejan un sello especial. Quien contemple sus figuras silentes junto a estas mesas, anotando en el libro de la vida cada treinta minutos las oscilaciones de estas agujas, inaprensibles para un simple mortal, y se fije en sus finas manos de matemáticos u hombres de laboratorio, levemente azuladas por la cruda luz, no adivinará detrás de estos hombres pacíficos a los viejos soldados de la Revolución que durante cuatro años se batieron, fusil en mano, en todos los campos de batalla. Ahí está el camarada Olechow, de guardia en el tablero de mando: comunista desde el 18 y soldado del V Ejército, compartió todas sus marchas, desde Glasow hasta Baikalsee. Y ahí está también Pschennikow, jefe de todos los aparatos interruptores y de medición, que luchó en el sector de Ufa, y tantos otros que durante dos años han levantado, piedra a piedra, esta central, para ocupar al cabo su puesto permanente en las salas silenciosas, cuya religiosa quietud descansa sobre los hombros de los seis mil voltios que surcan el espacio en potentes cables revestidos de seda.

El camarada que está al frente de Kiselstroi reúne en su persona —lo mismo que los que atienden los tableros de mando— dos cualidades que no es frecuente encontrar juntas: la convicción comunista y la experiencia de un brillante ingeniero. Es el camarada Tischewski, un antiguo miembro del Comité Central y uno de los mejores electrotécnicos polacos.

Próxima a la central, en medio de los montones de escombros que son reducidos a cenizas, tropieza la vista con una casita de madera transportable, que cambia

de sitio todas las veces que es necesario. Es el Consejo de Industria de Kiselstroi. En esta cáscara de caracol han trabajado los camaradas directivos, y algunos hasta han habitado en ella, para estar más cerca de las obras. Siento no poder detenerme a contar despacio el estupendo trabajo desplegado por cada uno de estos camaradas. (En 1922 empezaron las obras, y en dos años, en un plazo asombrosamente corto, quedó rematada y sólidamente construida la central eléctrica de Kiselstroi.) Mas no podemos omitir el nombre de uno que consumió todas sus fuerzas en la "GRES" y salió inválido de estos dos años de guerra obrera. Es el camarada Polygalow, presidente del Consejo de Industria. Es muy curioso y significativo que él no se dé cuenta de su estado de extremo agotamiento y nerviosidad. He aquí la hoja de servicios de este obrero y campeón del Partido: militante desde el 17; desde agosto de este año sirvió en la guardia roja, de donde fue luego incorporado a la 20ª división mandada por Blücher; tomó parte en la campaña de Bogojawlensk y fue auxiliar del comisario del ejército en el regimiento número 263; en 1921 fue nombrado comisario militar de una compañía para la represión del bandidaje; en 1922, Kiselstroi; en 1925… ¿quién sabe? Acaso disfrutando una licencia y un año de sanatorio, o acaso… el fin.

HABITANTES DE LAS SOMBRAS

HAY UN límite pasado en el cual el hombre rompe la última amarra que le ataba a la superficie de la tierra: el sentimiento innato de la verticalidad.

En la galería número 48 los mineros tienen que echarse vientre a tierra, apoyarse con las rodillas y las manos contra los puntales, cuya interminable procesión se pierde en la nada sombría. ¿Dónde está el blanco manchón de luz, dónde la salida, dónde la superficie? Se siente uno ahogado por una nube de polvo, de escombros y de vaho caliginoso. De vez en cuando se oye el estrépito que producen las piedras de carbón derrumbándose sobre las vagonetas. Imposible levantar la cabeza aquí: el entibado de la galería nos toca en los hombros; entre el pecho y la veta bruñida de carbón que rezuma agua y a cada paso se desmorona, apenas hay sitio para la lámpara que pende de la pelliza. La tierra, perseguida por el hombre, huye hacia lo alto, huye a derecha e izquierda, pero a la postre, alcanzada, prisionera, se rinde al pico del minero, que se ceba en ella como el gavilán en las tripas del caballo muerto.

Michael Matwejewich se llama el regente de esta mina. (Su rostro tiene una expresión dura, aunque cubierta de suave vello; este hombre posee la notable virtud de trabajar con los tártaros y entenderse bien con ellos.) Michael Matwejewich cuelga la lámpara de una viga, al lado de las otras, que penden allí como murciélagos luminosos de una negra zarpa. Unos hombres charlan, discuten; otros fuman y guardan silencio. Pero no es posible saber quién es el que habla, discute o fuma. No se distingue ninguna cara. Sólo los ojos y los labios rojos y húmedos brillan en la tiniebla, y los manchones de las frentes, estrechas como la franja de luz de la aurora. Mas he aquí una figura conocida: la del picador Vassili Michailowich Kotelnikow.

La conversación es rápida, malhumorada. Por lo visto, los trabajos no marchan como debieran.

Estos equipos trabajaban antes en la cómoda mina Lenin y no acaban de adaptarse a las angostas y difíciles galerías de la Trotsky. El rendimiento que habían logrado alcanzar descendió de pronto a una cantidad ridícula. Sería fácil

explicar el fracaso por causas de orden puramente material. Basta permanecer un cuarto de hora bajo este aire caliginoso para comprender, sin necesidad de grandes explicaciones, lo infinitamente difícil, por no decir imposible, que tiene que ser rendir aquí la cantidad normal de trabajo, y no digamos alcanzar un nivel de superproducción. Pero si los obreros sienten que la razón del fracaso no está sólo en circunstancias de orden exterior, sino también en su incapacidad para adaptar la respiración, los latidos y los movimientos de sus brazos a las nuevas condiciones en que han de trabajar, que también a ellos les cabe una parte de "culpa", no despegarán los labios para quejarse ni para acusar. Es la moral del minero. Mañana el cuerpo humano afrontará dignamente la magnitud insoportable del trabajo; se someterá como jugando a las nuevas exigencias, y hasta que no lo haya conseguido el minero no reclamará jornales más humanos.

El segundo minero se aparta de la pared. Tiene la mitad de la cara negra y la mitad blanca, como si esta mitad acabara de desprenderse en este mismo instante de la roca primitiva donde se talló. En la boca le relumbra el fuego de un cigarro —¿o es un carbón ardiente?—. La llamita de la lámpara tiembla como martirizada detrás del vidrio. La presión del gas, fácilmente perceptible, le produce ese desasosiego. Los fumadores apagan por precaución sus cigarros.

De pronto, el picador, doblado bajo el techo bajísimo como una navaja cerrada, se incorpora como puede, empuña el hacha con una mano que parece pender de un brazo inverosímilmente largo y la clava en una viga baja de la techumbre. Las lámparas despiertan de su sobresaltado sueño y comienzan a humear, despabiladas.

—Luché como voluntario en el frente desde el año 18. Al volver a mi casa al año siguiente, me metieron preso por una denuncia. En vista de esto, dejé el Partido… ¡Así los lleve el diablo!…

El hombre no puede olvidar fácilmente que pasó por la humillación de tener que cargar patatas entre los "elementos indeseables" y vigilado como sospechoso por un jovenzuelo. Seguimos andando y todavía oímos a lo lejos los zumbidos coléricos del antiguo voluntario. La galería de la mina, vista de lejos, parece una jaula en que un hombre enterrado vivo ande buscando en vano la salida con un martillo en la mano.

Y aquí termina la galería número 25. Humedad y tiniebla. En este tramo trabaja un hombre asombroso, el camarada Derewnin. Es todavía joven —no tendrá más

de treinta y cuatro años— y los dientes blancos y astutos le relucen con cierta impertinencia en la máscara de carbón.

Es un fanático, un voluntario entusiasta de este averno. Un habitante enamorado de las sombras, que no necesita la luz del día ni el aire, a quien el follaje verde que viste la tierra de sombra, de humedad y de suaves rumores le inspira desprecio. Él no cambiaría por el sol más resplandeciente este profundo silencio, esta tiniebla densa de la mina que ahoga implacablemente el resplandor de la lámpara del minero.

La Revolución sacó a Derewnin a la luz del día. Rojos y blancos se disputaron el derecho de poner un fusil en las manos de este hombre. El minero luchaba tan pronto al lado de unos como de otros; los dos contendientes le eran perfectamente ajenos, superfluos, ininteligibles.

En el convoy, patrullando, en el lazareto, en el curso de cultura política, explicado unas veces por un comunista, otras por un intelectual ladino de la agencia de espionaje de los blancos, el minero no dejaba un momento de cavilar sobre las causas de los sufrimientos humanos. Y siempre para concluir que lo mejor sería que toda esta humanidad atormentada y estéril estuviese amorosamente envuelta en la tiniebla silenciosa de su averno. Los vientos de la tierra son agitados; es mucho más hermoso el aire profundo, húmedo, que se respira en las galerías subterráneas. ¡Cuán aquietantes los espesos muros de la mina, en comparación con el vacío desolado del espacio abierto, cuán llena de paz la angostura de las calles y las callejuelas hundidas bajo el suelo, comparadas con los campos perfectamente inútiles, con sus tormentas, sus balas y sus peligros! Arriba el invierno, míseros capotes de soldado, fusiles de acero que queman como brasas en las heladas manos. Aquí abajo el perenne calor terrenal; el aire aquí es tibio, seco como en los días más radiantes del verano, aun cuando sobre la luz de la tierra azotan los fríos más crueles de enero. Y bajo tierra la cosecha no tiene fin: día tras día trabaja el minero, todo el santo año, cubierto de sudor, con el torso desnudo, sobre los negros campos de hulla.

¡Ya se puede uno figurar cómo lucharía este hombre en el frente!

—Hubo que apencar un poco, pero no era tan duro como dicen… —son sus palabras.

Varias veces movilizado, supo arreglárselas para volver siempre la espalda al

frente y escabullirse. Por fin consiguió que le destinasen a los trabajos que desde tiempo inmemorial fueron castigo para los peores crímenes de los hombres: a las minas de Kisel, al añorado agujero negro, bautizado ahora con un nombre nuevo: Trotsky.

Un nombre que él, mientras vivió “arriba”, había execrado profundamente. Pero aquí no tardó en reconciliarse con él. “Arriba” este hombre era un cobarde. Aquí Derewnin es el soldado más valiente de los ejércitos subterráneos, un soldado de vanguardia, enérgico, incansable, heroico. Tímido y miope arriba, en la mina es un cazador de tiro certero, un picador a quien jamás se le ha escapado de las manos el pico. Al frente de las columnas subterráneas de asalto, trabajando en las condiciones más penosas, se cree oculto, a salvo, en un estado de perfecta inocuidad.

—Aquí, por lo menos, ve uno lo que tiene encima de la cabeza, y puede apartarse. Pero allá arriba no hay apartarse que valga…

Las visitas no le hacen ninguna gracia. Todos le parece que vienen a sacarlo otra vez de su agujero, a arrastrarlo de nuevo a la fuerza hacia la luz del sol. A la sombra de las rocas de carbón, la cara tensa de este eterno desertor de la luz reluce blanca como un papel blanco de los que usan los fumadores.

En la mina Wolodarsky. Bajo las galerías lisas e inclinadas, con peligro de hundirse en una sima de doscientos a trescientos metros. Y más hondo todavía que los claustros subterráneos se esconde la silenciosa y húmeda celda de la dinamita, donde un ermitaño chino, retrepado en esta hoya, teje a la luz de una bujía eléctrica zapatos de verde y perfumada fibra, alargando de vez en cuando su delgado pescuezo y alzando la cabeza, tocada de un gorro de piel, para mirar la dinamita. Por debajo de los húmedos corredores de madera en que el aire y las burbujas de espuma del techo dan la sensación de haber estado inundados no hace mucho tiempo; mucho más hondo, en lo más hondo de esta sima, en la galería número 61, en la sala de los enanos, donde nadie puede andar de pie y las paredes tienen dureza de ágata, donde las delgadas y rectas capas de carbón se ocultan entre las grietas del granito, donde la luz se vela en la niebla del finísimo polvillo del carbón y el agua: aquí es donde moran los verdaderos habitantes de la mina. En este momento, precisamente, están poniendo fin a los trabajos preparatorios. El bloque de carbón arrancado, al que acaban de quitarle los forros, se resiste a derrumbarse. Las máquinas perforadoras trabajan con su ruido estrepitoso y rítmico que hace temblar la luz y amenaza hacer estallar la pelleja

del tambor. Parece como si una locomotora se hubiese extraviado en esta cueva, empeñándose en entrar a toda fuerza por el muro, y siguiese funcionando impertérrita a todo vapor, sin moverse un palmo de su sitio.

El camarada Motorgin está de rodillas delante de la pared y tienta la brecha abierta debajo de la veta de carbón: sólo se ven sus espaldas doblegadas, cubiertas por un chaleco pespunteado, y las suelas húmedas de sus zapatos negros de fibra. Ivan Jegorytsch es un hombre de unos cincuenta años. Tiene los hombros caídos, una barba que parece hecha de carbón y las manos completamente negras, en las que brillan, sonrosadas, las uñas, como si se le asomasen por la punta de unos guantes sucios y andrajosos. Envuelto en una camisa desgarrada que apenas lo cubre, le asoma por la abertura un pedazo de tórax, con una depresión tan señalada y tan pálida en el medio, como si aquello, más que un pecho, fuese un escalón donde hubiesen pisado mil generaciones, o ese sitio de la pared contra el que los obreros reclinan, desde tiempo inmemorial, sus cabezas fatigadas.

Este camarada nos habla avergonzado, y con una visible emoción interior, de su expulsión del Partido. De tiempo en tiempo se interrumpe para seguir atentamente el trabajo de los paleadores, que apenas pueden dominar la masa de carbón separada por él. La luz pálida arranca destellos a sus palas bruñidas y a las viseras de sus gorras de cuero.

Ivan Jegorytsch prosigue:

—Sí, el Partido. Todos aspiramos a ingresar en él. Pero uno es ya viejo y al volver a casa le gusta echar un traguito… No sé cuántas conferencias escuché; me mantuve valiente durante un mes entero, pero lo terrible son esos días de fiesta en que uno se aburre todo el santo día sin hacer nada… Y cuando uno escupe la saliva es toda hollín…

En una palabra, que el buen viejo faltó a la disciplina del Partido, dejó de asistir a reuniones y no respetó acaso algunos “sábados” de prestación obligatoria. Y al venir la depuración saltó mecánicamente de nuestras filas. Esperemos que sólo sea por poco tiempo. Está bien que se expulse a los jóvenes por quebrantar la disciplina —si bien a los mineros no deben dejar de reconocérseles circunstancias atenuantes—, pero no a hombres como Ivan Jegorytsch. Los que viven siempre “de día”, los comunistas de la tierra alegre y soleada, no podrán comprender jamás el cansancio infinito y la desgana de estos habitantes de las

sombras. Es menester haber presenciado un relevo de equipos, cuando los mineros salen, después de trabajar, a la luz del día; van saliendo uno tras otro, vomitados por la bocamina, soplando sus pálidas lámparas. Y lámparas pálidas, apagadas, son también ellos. Los peones que empujan el carbón con el hombro en los rodantes cajones de madera se apoyan con las manos y los pies contra las viguetas y van impulsando la carga con la espalda, con todo el cuerpo. Estos peones llevan cosido a la espalda de su pelliza un pedazo de pelleja de carnero. Y así vagan bajo la luz del sol, sin despojarse de la ropa del trabajo, soñolientos, medio cegados, como bestias blancas, cansadas, arrancadas a la entraña de la tierra. Es inhumano querer hacer entrar a estos hombres por la severa disciplina del Partido.

Uno de los métodos más sencillos y brillantes con que se consiguió levantar la producción en esta mina fue la habilidad del camarada Saschin para injertar en el tronco caduco de los mineros veteranos la nueva generación de trabajadores. Lo mismo que el alto mando del Ejército Rojo en su gran mayoría salió de las filas de los antiguos generales, aquí los cientos y miles de vagoneros ascendidos a picadores fueron cubriendo las bajas y nutriendo las filas de los mineros viejos. Todavía hoy nos tropezamos aquí o allá, en algún oscuro rincón de la mina, con un obrero joven que acaba de descargar a toda prisa su “perro” —llaman así a la vagoneta— para ganar algunos minutos durante los cuales poder lanzarse, pico en ristre, con furia de loco, sobre la primera pared de carbón que encuentra y hacerla polvo, mientras el caballejo cansado hunde la cabeza entre las piernas deformadas e intenta echar un sueñecillo. Es un vagonero que quiere llegar pronto a picador y está probando sus dientes jóvenes en el negro hueso del carbón.

Los mineros veteranos van haciéndose cada vez más preciosos, a medida que desaparecen. Son hombres para quienes no existe el tiempo ni la historia. La tierra se extiende sobre sus cabezas como un mar en cuyo fondo no hay tormentas ni cambios. Ni siquiera la reducción de la jornada de doce a diez horas y de ocho a seis, este magno acontecimiento que debió conmover la existencia de cuanto vive en las profundidades de la mina, parece haber afectado gran cosa a estos patriarcas del reino del carbón. La medida del tiempo no puede acelerar ni dilatar el ritmo de su trabajo. Estos hombres poseen el arte del ritmo, que alarga o acorta como flexible goma su jornada. En cuatro horas pueden rendir el trabajo de seis, en seis el de ocho. Maestros y artistas capaces de trabajar a la marcha veloz de un caballo al galope.

El ingeniero, un hombre joven, no da un paso sin consultar a estos veteranos cuando se trata de seguir el rastro de un filón. Pues estos viejos husmean el carbón como los marineros la tempestad. ¿Qué iban a hacer, por ejemplo, los técnicos imberbes sin los consejos de este Tatarnikow que en sus veintisiete años de minero llevara recorridos qué sé yo cuántos miles de kilómetros por los pozos y las galerías de la mina Lenin? ¿Qué iba a hacer Kisel sin su viejo capataz, este hombre que conoce y adora la mina entera, hasta en sus secretos más recónditos? ¡Curiosa figura la de este minero! Sus sienes abultadas ensanchan el cerco de la anacrónica gorra; la frente, inmensa, está surcada por encima de las cejas, tocándolas casi, por tres profundas arrugas. Sobre las orejas nervudas, muy pegadas a la cabeza, una corona temblorosa de pelo rubio. Los ojos, de mirada aguda, son casi incoloros, como la llama de una bujía a la luz del sol. El cuerpo alto y escuálido, metido en un fuerte cinturón de cuero, como una servilleta en el aro. Si abriésemos la tapa abovedada de este cráneo nos encontraríamos dentro, de seguro, con la mina entera, dibujada como en los mapas industriales, con sus signos y sus figuras en relieve.

La Revolución y el Partido tienen sin cuidado a estos veteranos de la mina. Y quien viniese a estas galerías con la indiscreta pregunta: “¡Camaradas! ¿Quién pertenece aquí al Partido?” sería recibido de seguro con alguna palabra gruesa. Inútil también querer averiguar la parte que tomaron estos hombres en la guerra civil. Un Nikita Fadeitsch Tatarnikow se limitaría a contestar con una sonrisa burlona. En todo el globo no hay, seguramente, otro lugar donde sean tan necesarios para el país los conocimientos y las experiencias de estas gentes como aquí, en su agujero.

De todos los mandatos fulminados por la Revolución sólo uno penetró quizá en la conciencia de estos viejos Tatarnikows: la ley en que se entrega la propiedad de las minas a los mineros. Por mucho que, rehuyendo toda política, quieran preocuparse sólo de las cuestiones materiales y directas, bien puede asegurarse que este traspaso de propiedad casi se verificó sin que ellos lo supiesen ni lo buscasen. Pero lo mismo que el legítimo dueño de una hacienda se preocupa en vida de formar a su heredero y sucesor y de interesarlo por la marcha de sus negocios, estos viejos mineros se esfuerzan por enseñar el oficio a los jóvenes y a los torpes, y van modelando las nuevas generaciones de servidores de la mina.

—¿Quién enseñará a los mozos cuando los viejos faltemos? —me dice uno.

Jamás un jornalero hablaría así. ¿Qué le importa a él el que venga detrás a

atormentarse luchando con la piedra?

La cuestión de las ideas políticas cobra enorme importancia en los últimos puestos directivos de la jerarquía minera. El ingeniero puede ser ajeno al Partido, el jefe del equipo de salvamento basta con que sea un hombre arriesgado, experto y de inventiva, pero en los cargos culminantes de la mina son de importancia primaria las ideas partidistas de quienes los desempeñan. Principalmente, en el capataz, que es el encargado de injertar la savia de la nueva generación obrera en el tronco de los mineros veteranos. Para este puesto se requieren, además de una gran competencia técnica, convicciones políticas intachables. En las minas regidas por capataces comunistas, el tronco de los viejos habitantes de las sombras, que forman una casta cerrada y a quienes no les importa lo que pasa por el mundo, está irremisiblemente condenado a desaparecer. Los jóvenes heredarán su experiencia, recibirán de sus manos la eterna linterna y el pico y seguirán minando hasta lo último las galerías abiertas por sus predecesores; pero el odio contra el sol, esta absoluta indiferencia por la tierra y por todo lo que en ella pasa, morirá con la generación de los veteranos, sin dejar rastro de su existencia. En las minas gobernadas por hombres vivientes sopla un espíritu nuevo.

La mina Wolodarsky se cuenta entre las más difíciles, lo mismo en cuanto a las condiciones de trabajo que en lo que atañe a la calidad del carbón. No hay en toda ella un solo palmo en que se pueda trabajar derecho. Las galerías inferiores están anegadas de agua o ahogadas por un calor de fuego. Las mayores penalidades del trabajo de la mina aparecen puestas al desnudo aquí dentro. Y, sin embargo, en estos pozos, en los más profundos y sofocantes, raro será el minero en quien nuestras indagaciones políticas tropiecen con una acogida desdeñosa u hostil. También en estas galerías reina el cansancio, pero es un cansancio y un padecer que tienen, en cierto modo, un carácter más maduro y complejo.

Para llegar al camarada Mindulajew hay que atravesar por un bosque milenario de sombras que sólo pueblan los espíritus de la tiniebla. Trabaja en un callejón sin salida que comunica por un pasillo bajo y estrecho con la galería inmediata. Miramos el camino andado, y es tal el silencio y la negrura que parece como si las sombras hubieran venido detrás de nosotros, pisándonos los talones y cerrando, despacio, sin meter el menor ruido, una tras otra, sus puertas negras. ¡Y en toda mi vida no he visto un hombre que hablase con mayor alegría y tuviese una mirada más triste y más terrosa! Afiliado al Partido desde 1919,

soldado del Ejército Rojo, antiguo minero a quien la Revolución sacudió la conciencia y arrastró hacia arriba, Mindulajew disfrutó la vida libre de los hombres, se encariñó con la luz del sol, eligió una mujer entre la blanca estirpe de los habitantes de la Tierra y vivió feliz hasta que, obediente a la disciplina del Partido, hubo de retornar al agujero. Y aquí está, trabajando mucho para ganar poco; bajando a la mina a las seis de la mañana para no salir a la luz del día hasta las cuatro o cinco de la tarde. El camarada Mindulajew refrena severamente cada palabra que sale de su boca, y si se le escapa una broma un poco atrevida, la apaga inmediatamente como apagan el cigarro los mineros para evitar una inflamación. Estos hombres, que se pasan la vida metidos en estos pozos, tienen que amar infinitamente su oficio o volverse estúpidos como el obrero chino, o ser sumisos y pacientes para el trabajo como los tártaros, o someterse a una severa disciplina, como este hombre que, amando codiciosamente el goce y la vida, ha de penar separado del sol por muros de cientos de metros de espesor.

Se dice que sólo son verdaderamente valientes los cobardes que se sobreponen al temblor histérico de sus carnes para seguir avanzando.

Si Kisel consigue efectivamente lanzar al mercado de carbón este año los cuarenta y cinco millones de puds que se propone, haciendo bajar el precio de catorce copeques a once, y si además crece en esta mina y se fortalece la organización del Partido, se debe exclusivamente a la labor tenaz que realizan hombres como el camarada Mindulajew, que, por encima de todos los desengaños y depresiones, de todo el escepticismo y el cansancio de este periodo de transición, siguen sacudiendo sin desaliento el puño y creyendo firmemente en su ideal.

—Ya va siendo hora de que hagamos las cosas de otro modo. Desde el año 19 estamos esperando que las cosas mejoren…

La mano de quien así habla aprieta firme y lentamente la palanca, y el resoplido del vapor pasa rozando su cara como la cola de un potro salvaje. Las máquinas levantan bocanadas de viento mezclado con polvo y carbón. Y las lámparas, de cuclillas en el suelo, son como los sapos de oro de este mundo subterráneo.

El ancho y firme rostro del camarada Suslow, capataz mayor de la mina —comunista desde 1917, soldado del Ejército Rojo y minero—, está todavía tostado por el incendio de sol de los años 20 y 21: los dos años que lleva sepultado bajo tierra no parecen haber alterado apenas el recio organismo de este

hombre. Arriba, a la luz del sol, tiene todo el aspecto de un soldado que acaba de salir del tifus; pero aquí, al resplandor de la lámpara de minero, diríase un fuerte guerrillero, encerrado por sorpresa entre estos muros: trabado, recio, fornido, sus anchos hombros parecen sostener la bóveda de la mina. El capataz Suslow no sólo se la sabe de memoria, sino que conoce a todos los hombres que trabajan en ella, sin faltar uno solo. El llamamiento de Lenin significaba para un capataz como Suslow algo así como los trabajos obligados de salvamento en caso de incendio o inundación dentro de la mina. En este hormiguero subterráneo habrá unos trescientos hombres hozando en todas las direcciones imaginables. Suslow los conoce a todos tan bien como a sí mismo. Conoce las cualidades de cada picador y las condiciones en que trabaja; sabe la humedad que baña las paredes de su galería, el polvo y el calor que flotan en el aire que traga, los metros de montaña que tiene encima, cuántos niños tiene que alimentar, si guarda en el establo una vaca o una cabra para darles leche, qué pensamientos le cruzan por la cabeza y si son vanos o de peso. El llamamiento de Lenin fue, en estas minas, un grito de alarma que llamó a todos —a todos los que se sintiesen verdaderos obreros, sin diferencias de edad ni de origen—, moviéndolos a salir de su mundo sombrío y subterráneo para formar las filas del Partido. El capataz tiene que conocer a todos los que han respondido al llamamiento y se “han embarcado”, y a los que han preferido quedarse quietos en el fondo de su agujero.

“¡Se ha quedado dentro uno! ¡Falta uno!”

No hay grito que despierte en el minero mayor emoción. Y sólo el capataz puede juzgar si el hombre que falta se ha quedado en la mina sepultado o simplemente rezagado por debilidad, cansancio o desgana. Sólo él sabe el tiempo que se tarda en llegar desde los agujeros húmedos y negros a la bocamina, el tiempo que tarda en llegar a ellos la desnuda voz de la vida, resonando en el hondo silencio de la tierra y entre el estrépito de las máquinas. La mina entera tiene que luchar por el hombre que se haya quedado “dentro”, por aquel a quien el cansancio haya rendido. Es la ley de los mineros, grabada en sus pechos. Nadie tiene derecho al descanso mientras los débiles sonidos o la percusión de la respuesta no se oigan a través de los montones de ruinas y escombros de la miseria, la ignorancia y los prejuicios. Y el capataz comunista dirige los trabajos de salvamento. He aquí los resultados de su labor: antes del llamamiento de Lenin, de los doscientos setenta mineros que cuenta la Wolodarsky sólo estaban afiliados al Partido treinta y siete; hoy son ya ciento cincuenta.

El camarada Malychew, que trabaja en la galería número 61, es uno de los que

lograron reconquistar su puesto en la mina. Los años del 18 al 21 los pasó "arriba"; sirvió en la sección de ametralladoras del Ejército Rojo, participó en las marchas y en los combates que se libraron desde Wjatka hasta Irkutsk, intervino en la victoria de Sivasch. Por culpa de una astucia de los blancos perdió el Partido. Al evacuar Kansk, los blancos dejaron en la ciudad gran cantidad de alcohol. Una de las víctimas de esta provocación fue el camarada Malychew. También la embriaguez tiene su propia lógica inflexible.

Desde que ha vuelto a trabajar en la mina no piensa en retornar al Partido.

—¡Si viese usted mi cuarto no se extrañaría!

¿Qué cuarto es ese que impide al camarada volver a las filas comunistas?

Las antiguas viviendas obreras de Kisel —herencia de los famosos príncipes Abamelek-Lasarew— pasaron todas a manos del trust soviético. El arquitecto que las construyó debía de tener una asombrosa fantasía. En medio de cada calle, a una distancia de unos diez pasos de la entrada de las casas, se le ocurrió construir, con fino sentido artístico, una fila de quioscos de necesidades que emponzoñan el aire de la calle y de muchos metros a la redonda. Estas casas obreras de vecindad están unidas a un edificio de piedra, la famosa "colonia de arrestados", donde moraban los presidiarios a quienes llevaban al trabajo cargados de cadenas. Durante la guerra se les incorporaron un tropel de prisioneros a quienes se intentó utilizar como bestias de carga. Pero pudo más la testarudez de los prisioneros, que para librarse de estos trabajos forzados prefirieron poner las manos debajo de las ruedas de los vagones eléctricos. Más tarde, cuando ya no pudo vencerse la resistencia de los esclavos blancos, la mina se llenó de esclavos amarillos. Unos tres mil chinos inundaron los cuarteles obreros. Todavía no se habían enfriado los camastros donde había dormido un equipo cuando caían sobre ellos, fatigados y rotos, los obreros del equipo siguiente, de vuelta del trabajo. La tuberculosis y la sífilis no tardaron en diezmar las filas de esta carne de esclavitud. Los hijos del sol no pudieron resistir el trabajo de la mina.

La Revolución descargó a la alteza principesca del cuidado de procurarse nuevos brazos obreros. Pero la maldición de la antigua colonia de presidiarios sigue pesando sobre el Kisel soviético. Estos edificios podridos, horribles, envenenan la vida de miles de familias obreras. En sus umbrales sigue apestando la antigua basura; en las cocinas siguen pudriéndose los viejos desagües, y la misma

miseria sin nombre sigue echando sus detritus bajo las ventanas remendadas con madera, hojalata y trapos. Cientos de casas comunes, en que no hay una silla, ni una mesa decente, ni un estante, ni un mal lavabo, ni un solo libro. Los obreros antiguos son los únicos que tienen derecho a una “vivienda” separada —un cuartucho mezquino con una antesala todavía más raquítica—, donde después de salir del trabajo tienen que dormir sobre el santo suelo, con la cabeza envuelta en una manta. Una vaca es la salvación para una familia pobre. Pero estas pobres gentes no pueden tener siquiera unas gallinas, pues sus casas carecen de patio y de corral. En fin, una miseria que clama al cielo y que sólo en parte puede disculparse con la penuria de medios y la crisis económica.

Si logramos sacar a un hombre de este averno, a un hombre acostumbrado a trabajar en una jaula subterránea y que con esa voz del que ha vivido largos años en una isla deshabitada les dice que está contento de haber entrado en el Partido, que “no hay que dejarse arrollar por los jóvenes”, podemos estar seguros de haber arrancado al pantano de las sombras a un hombre verdadero y vivo.

En la mina Lenin —consecuencia acaso de la composición fortuita y desfavorable de los contingentes obreros por aquellos días— me pareció poco estable la situación general. Pero también aquí hay, escondido en la sima, un lugar digno de mención: la galería número 3. Un corredor amplio y húmedo que comunica con el mundo superior por un pasillo nuevo. Aquí se trata de mecanizar toda la explotación subterránea, sustituyendo el transporte animal y humano del carbón por el arrastre eléctrico. Pero, por el momento, la galería número 3 no es más que una cueva helada por cuyas paredes fluye el agua sulfúrica y donde los obreros chapotean en los charcos amarillentos con sus zapatos de fibra, calados de humedad. Muchos se llevan la mano a la frente, pues el trabajo en estas simas produce tremendos dolores neurálgicos de cabeza y de muelas. Al frente de estos obreros está el camarada Osipow, capataz y comunista, afiliado al Partido desde 1905. Antes de la Revolución había tomado parte en dos congresos clandestinos, y en 1907 lo pusieron en la calle los patronos; en 1918-1919 mandó la segunda compañía de una sección para servicios especiales y luchó contra los blancos, a la par que ayudaba a restaurar la economía del país, arruinada por éstos. Apenas habían terminado con el enemigo, los soldados arrojaron sus fusiles para levantar, en cincuenta y dos “sábados de prestación”, el puente de ferrocarril que había sido volado. En 1920, cuando llegó a su apogeo la crisis del combustible, el Partido ordenó al viejo minero que volviese a ocupar su puesto bajo tierra.

El capataz trabajaba simultáneamente en la mina y en el Soviet local. Abajo, desagua las galerías inundadas, repara el entibado, moviliza a “los reclutas mineros; arriba, riñe una campaña denodada contra el piojo del tifus, contra el analfabetismo y el hambre. Pero la mina es celosa, no tolera competencias ni rivales: o ella o el Soviet.

Como tantas otras veces en su vida, Osipow optó por el subsuelo, sustraído a los ojos de la publicidad; pero esta vez no era el subsuelo político, sino el activo y real. Sus hombros, cargados de cincuenta y tres años, apenas pueden soportar ya el trabajo de la mina.

—Entre la mina y el Soviet me han hundido…

No es este camarada el único comunista en las profundidades de la galería número 3. También está afiliado el camarada Juferow, y también él, capataz de los viejos tiempos, hubo que optar entre el trabajo de arriba o el de abajo. Su sueldo mensual apenas llega a treinta rublos y su familia tiene que compartir la mezquina vivienda con cuatro trabajadores solteros.

—Sí, vivimos como sardinas en banasta, y la vida no tiene nada de fácil.

Al preguntarle yo qué idea decisiva o qué motivo exterior lo había animado a responder al llamamiento de Lenin, el camarada Juferow me dio una respuesta que hizo arrugar el ceño sin querer a las sombras de esta cueva, mientras el agua, los zapatos de fibra calados de humedad, el salario y todas las partículas que forman la vida de un obrero perdieron por un instante todo su peso y su sentido:

—Entré en el Partido para que la burguesía del extranjero no nos mire como a unos cualquiera…

Y el habitante de las sombras se despojó de la gorra de piel para refrescar la frente. Y descubrió su cabeza entera, el pelo echado hacia atrás, las sienes claras sobre los pómulos asiáticos y la frente brillante, tostada, bruñida con el aceite de los pensamientos.

LOS TALLERES DE FUNDICIÓN DE NADESHDINSK (APUNTES RÁPIDOS)

1. EN EL ALTO HORNO

El carbón es mucho más estúpido que el cobre y el hierro. Se deja llevar hasta la boca del horno sin ofrecer la menor resistencia. Y si el vagón delantero tropieza con algún obstáculo y se para, los que vienen detrás lo empujan y lo obligan a avanzar con una rapidez verdaderamente imbécil. Llevado por dos obreros, el carbón está ya a punto de precipitarse por las fauces que van a devorarlo. Hasta el último minuto no sospecha siquiera que esta báscula en que se columpia no está aquí para su regocijo, sino para lanzarlo a las llamas con mayor comodidad. El vagón se vuelca estrepitosamente. A veces, el carbón intenta agarrarse desesperadamente a los bordes de la boca del horno. Pero ya es tarde.

Jessin, el fogonero, con su patilla roja de medio lado —la otra mitad se la han comido las llamas—, arroja al fogón de unas cuantas paladas el carbón que ha querido escabullirse. Detrás aguardan ya su turno otros vagones. Apoyado en ellos, el segundo fogonero reposa.

Entre los dos empujan unas cuantas veces el vagón de acá para allá y lo lanzan luego con tal vehemencia contra unos topes que pierde el conocimiento, deja caer las últimas piedras de carbón y sigue rodando, atontado.

El hierro es más cauto y no resulta tan fácil encaramarlo en lo alto de esta torre ruidosa. Lleno de recelo hacia los hombres y la luz —todavía no ha olvidado los golpes del pico ni las mandíbulas del machacador—, este mineral exige un tratamiento muy distinto.

Al hierro hay que dejarlo descansar unos cuantos días a la sombra y en la humedad, sobre tablas cubiertas que han tomado ya el color rojizo del mineral. Luego es transportado en vagonetas al alto horno. Por el camino, sin que se dé cuenta, para no asustarlo, lo pesan en una báscula escondida bajo tierra, y las vagonetas siguen rodando, como si tal cosa.

Siempre sin sospechar nada, el mineral sube luego en un montacargas especial y muy cómodo hasta la boca del alto horno. Entre la red del ascensor se atalaya toda la soberana explotación, con sus carriles, sus chimeneas y ventiladores, las montañas de arcilla y de carbón, con los rascacielos de sus edificios. Atruenan el oído los bramidos, los pitidos y las trepidaciones de las máquinas inconcebibles

que, alojadas cada una en su albergue especial, se debaten con furia de locas, como si quisieran romper los muros con los golpes isorrítmicos de sus frentes de hierro.

Mas de pronto, cuando ya las ruedas delanteras han entrado en el puente metálico, que resuena con estrépito, y a lo lejos, sobre los tejados, se divisan los pantanos perdidos en el horizonte y en el vapor azul de la selva y se respira ya el aire helado y la leve lluvia del polvillo de carbón, el mineral se apercibe de la brasa traicionera que brilla en el hogar, observa a los hombres que lo aguardan con los brazos arremangados, se asusta, retrocede e intenta hacer descarrilar la vagoneta y escapar así al infierno del fuego.

Los fogoneros, negros, abrasados de calor, cogen la vagoneta, como si fuese un carnero, por los dos cuernos; la empujan hacia delante y la sujetan al carril que, cubierto de suciedad de carbón, está resbaladizo como un camino después de la lluvia. Al fin logran colocar la vagoneta encima del embudo. Un último golpe de astucia, y la vagoneta se ladea un poco y en una de sus paredes se abre una puerta por la que el mineral, blanco de miedo, cae sobre una capa de combustible. Hecho esto, los obreros la hacen retroceder con un empujón furioso y la conducen al montacargas, por el que ya sube silenciosamente la siguiente víctima.

Jessin ajusta una chapa redonda y pesada y, apoyándose con todo el peso de su cuerpo en una palanca, libera de su prisión las llamas del alto horno.

Las llamas, hambrientas, devoran en un instante la carga —tres vagones de carbón y dos de mineral de hierro—, irrumpen al exterior por una brecha, lamen codiciosamente el suelo y extienden el brazo hasta tocar al fogonero, que se ha acercado demasiado.

Jessin observa con impaciencia una palanca especial, el regulador, hundida en las fauces del alto horno y que, llegado el momento, marca el grado de su saciedad. La palanca se agita. El horno está harto.

Pero el fuego continúa debatiéndose furioso contra el cilindro del alto horno. Por las grietas se escapa silbando el aire ardiente. En medio de las llamas se destaca, negruzca, una chapa pequeña y redonda, con los tornillos flojos. ¿Y si la carga incendiada se hunde?

El alto horno es viejo; en el interior de su cuerpo se han ido formando hoyas y

hondones a los que se pega la pasta ardiente.

Durante los últimos quince años, este fuego, harto de hierro y de carbón, rompió varias veces las paredes de su cárcel, desbordándose como un río de lava sobre el puente y el techo entero del alto horno, abrasando cuanto le salía al paso: hombres, piedras, metales y agua. Pero no; el fuego se aquieta, retrocede y los obreros cierran detrás de él la pesada compuerta de hierro.

Y este trabajo peligroso, sucio, se realiza al aire libre, bajo constantes variaciones de temperatura, que oscilan entre el calor trópico del alto horno y el aire siberiano. Y está mal pagado, pues no se considera trabajo de categoría.

El que lo vea con su barba roja, sus hombros fornidos y sus potentes puños se imaginará que este camarada Jessin es la encarnación de la fuerza humana. Pero hace ya mucho tiempo que el fuego y el frío andan conjurados para adueñarse de su cuerpo y destruir sus músculos. Jessin sigue siendo, a pesar de todo, un magnífico obrero y conoce esos ardides que pasan inadvertidos para los más y permiten al operario ducho echar la mayor parte de la carga sobre los hombros de la máquina. La cara de Jessin palidece a cada rato bajo la máscara de carbón, bajo el velo de la rojez artificial que la empaña, y el sudor que le corre por el cuello de sus miserables ropas es frío y pesado como la humedad que baña las paredes de una cueva. El tinte que pone en estas caras el sol del alto horno es blanco como la cal, con los reflejos azulinos de la leche desnatada.

El camarada Pelnik trabaja hundido entre los tubos gigantescos que rodean el pedestal del alto horno. Es el aparato respiratorio de la máquina. Unos tubos se encargan de llevar el aire caliente al interior; otros desalojan los gases que el aire ha desnutrido de todos sus elementos vitales y que se precipitan hacia la luz, acuciados por una voluntad loca de vida. Pero estos gases jubilados tienen que pagar al horno un fuerte rescate por su liberación. Despojados de todo su oxígeno, son como mendigos que no poseen absolutamente nada fuera de su calor. Y este calor, lo único que les queda, tienen que cedérselo al tirano como precio de su libertad: para encontrar la salida se les obliga a seguir caminos largos y tortuosos, pavimentados de ladrillos refractarios. Estos ladrillos chupan a los gases su ardor, los fuerzan a entregarles la púrpura que les dieron las llamas, y después de consumado este sacrificio los dejan ascender hacia el sol, con los brazos humeantes levantados al cielo.

Pero el oficio del camarada Pelnik no es atender estos canales de ventilación.

Está al cuidado de la boca del alto horno por la que entra el aire fresco a sus pulmones. Agotado ya de ardor y de sed, este aire se precipita silbando a las catacumbas. Es un aire sucio, impurificado por el carbón y por el polvo del mineral que arrastra consigo. Hay que regenerarlo antes de que entre en las blancas simas del fuego. Al pie del negro tubo ventilador hay unos cuantos tanques descubiertos de aguas profundas y tranquilas. El aire se lanza ávido sobre esta fresca superficie, que devuelve a su rostro tiznado de carbón su color puro y primitivo.

De tiempo en tiempo, el camarada Pelnik abre un registro practicado en un tubo gordo y hunde en sus entrañas —desviando la cara del aire caliginoso— una larga badila de metal, en la que saca un poco de ceniza y carbón. Por un momento queda como ahogado, hasta que logra, a fuerza de náuseas, vomitar por la boca silbante y muy abierta los gases ácidos que tragó.

Y por este trabajo le pagan el jornal de la quinta categoría. El camarada Pelnik lleva quince largos años al frente de este puesto; de ellos, cinco al servicio de la República de los Soviets.

2. EL ALTO HORNO Y EL LAMINADOR

En el alto horno, el campesino no se distingue apenas del proletario. Los dos calzan zapatos de fibra en vez de botas. Las mismas camisas de tejido basto, quemadas y aceitosas; las mismas caras tiznadas de carbón y las mismas manos llenas de quemaduras; los mismos ojos protegidos por gafas azules o bailando entre las arrugas de la piel como la plata entre los pliegues del pañuelo. Hay un tártaro de tierra de Kazán, a quien en seguida se reconoce. Se echa el saco sobre los hombros como si fuese un lujoso manteo, y en esta postura, lleno de dignidad, aguarda a que aparezca el chorro de hierro, como aguardaría a su mula delante de la mezquita.

Junto a los canales por donde fluye el hierro derretido, los campesinos, que todavía no se han emancipado de la tierra, se mueven con más premiosidad que los demás obreros; la pica de hierro que tienen en las manos acaricia el fuego como el rastrillo la hierba recién segada.

Si levantan el martillo, lo hacen como si manejasen el trillo con el que azotaban en la era las espigas resplandecientes del centeno.

Y si sostienen con las tenazas el cabo de un tubo de hierro, sobre el que descarga sus golpes una pequeña máquina furiosa, estos aldeanos de la fábrica nos recuerdan al herrador del pueblo sosteniendo la pata trasera de un potro. El pequeño monstruo golpea unas cuantas veces, más lentamente de lo que fuera necesario, sobre el yunque, hasta que el obrero le pone una nueva forma para que la llene.

El auténtico obrero de la fábrica acuña el metal rápidamente con las marcas necesarias para continuar el proceso de producción; el aldeano vacila unos cuantos segundos antes de ponerle un sello que parece el hierro con que se marcan los ganados.

El obrero sólo se siente atado a la fábrica lo mismo que a sus intereses; es decir, que sólo tiene valor para él mientras sabe que está en sus manos. Si la fábrica cae, supongamos, en poder de Koltschak, el obrero se retira, abandona el trabajo.

Lo hace para armarse y arrancar de manos del bandolero los medios de producción que le pertenecen. En cambio, el aldeano sigue en la fábrica cualquiera que sea el poder que la gobierne. Se siente atado a ella como al terruño, que hay que labrar y que da sus cosechas a despecho de todos los cambios políticos. Para el obrero, la Revolución no es más que una prolongación de su trabajo productivo. Para el campesino a medio proletarizar, es la sequía, una mala cosecha de hierro, el granizo que arrasa los sembrados del acero naciente.

El aldeano, que elige para ponerlo al frente del Economato a un mal organizador y tiene que pagar las patatas más caras que en el mercado, teme dar un escándalo si protesta y acusa al culpable abiertamente. La escasez de los jornales, la crueldad de las condiciones de trabajo tarifadas, la violación de las leyes de protección al obrero, la carencia de ropas de trabajo, aun las de más ínfima calidad, no son, para el obrero campesino desorganizado, otras tantas consecuencias de la situación general política y económica, de la crisis, del periodo de transición, sino un estado elemental y fatídico de penuria, prolongación de las antiguas “malas cosechas” prerrevolucionarias.

Donde mejor se marca la separación entre los dos grupos de obreros es en los talleres laminadores. Un equipo netamente campesino recibe el bloque al ingresar en el palacio de laminación. Este bloque es puesto al fuego y lanzado a la primera máquina. Rojo de ira, el hierro se distiende y torna a las manos del maestro. Éste lo arroja con gran estrépito sobre el suelo blindado. Tras esta operación, el metal vuelve al horno y pasa por la segunda máquina. Y al horno, una y otra vez. Las caras de los obreros se iluminan tan pronto de un carrillo como del otro con el resplandor del hierro candente, que se presenta en escena un instante para desaparecer en seguida rechinando. Y cada vez que pasa por él deja en el laminador un trozo de su dorada piel. En el Ural suele emplearse desde antiguo un procedimiento especial para mejorar la calidad del hierro, que consiste en separar las hojas por medio de grandes tenazas y espolvorearlas con polvo de carbón. Esto evita que se peguen y asegura la calidad de la chapa. El hombre que sirve el torno de presión —un hombre de edad— dispone, según el número de vueltas que da al volante, la cantidad de tormento que el hierro debe sufrir. Y mientras los que trabajan abajo pueden correr a cada paso a los tanques de agua y echar un trago o refrescar la cara congestionada, este obrero piloto tiene que permanecer inmóvil aquí, en el puente de mando. Y no es sólo el calor, la porquería, el vapor y la humedad lo que hace insoportable este ambiente, sino el estrépito incesante, los gemidos y los bramidos, el gemir y el rechinar de los

metales. Las rojas tortugas de hierro se precipitan con furia contra el suelo blindado, las máquinas llenan los ámbitos con su ruido caótico y en la nave inmediata resuenan los golpes de los martillos-pilón. La voz más potente no podría hacerse oír en este infierno de ruido. Sólo se perciben los sonidos débiles, culebreantes, de distinta tonalidad, que como ratones vivaces logran deslizarse entre el estrépito gigantesco y ganar el tímpano de la conciencia humana. Tal es el leve y rápido silbido del maestro que llama al horno al laminador o al ayudante que, en su agotamiento, se ha quedado un momento adormilado. Es la discreta señal del trabajo y la disciplina contra la que nadie se rebela aquí, por muy fatigadas que se sientan las manos que sostienen las tenazas y por mucho que el sudor arroye por las caras y los cuerpos. Pero no es sólo una orden: el silbido, que recuerda al de la oropéndola en el bosque, tiene en este bosque de hierro otro sentido: es la llamada a la solidaridad en el trabajo.

Sea o no casual coincidencia, en el taller de laminación trabaja todo un pueblo de aldeanos fabriles, transmigrados de las fábricas de Bedinsk a Nadeshdinsk. Todos personas de edad que tenían su casita propia y su cachito de hacienda. Y estos campesinos, que no huyeron de los blancos ni de los rojos, fueron lanzados al arroyo del proletariado por la caída de su antiguo dueño y señor, que los convirtió en mendigos, como antaño perdió, jugándolos a las cartas, a sus abuelos. Jamás olvidarán el antiguo régimen ni aquel puebluco abandonado en que vivían, azotados por el knut, pero hartos, en su choza propia y con su vaca en el corral. ¿Y ahora? Estos hombres viven acuciados por una vaga nostalgia eterna: la nostalgia de la tierra, del arado, de los primeros brotes verdes en que asoma la primavera, y penan atormentados bajo el imperio de estas máquinas. Labriegos petrificados sin tierra a quienes el régimen de la servidumbre obligó a trabajar doscientos años junto a una máquina, a la par que ataba para siempre sus raíces a la tierra, al estiércol, a la fe del pasado; la economía enana, de miseria en que se desenvolvió la vida entera de estos esclavos, les impide proletarizarse.

De este pueblo entregado a las máquinas no se ha levantado un solo hombre, ni uno solo, para responder al llamamiento de Lenin. Todos lo repudiaron calladamente, alzándose de hombros.

El camarada Legotkin retornó a la fundición después de tres años y medio de servicio, cuando el tifus lo incapacitó para seguir bajo las armas. Sobre el pecho raquítico, deformado por el trabajo, Legotkin lucía las insignias de la Bandera Roja, que ganó por haber hecho prisioneros, patrullando a la descubierta, a cinco oficiales blancos. Por entonces figuraba todavía en el Partido, que luego perdió

como en aquellos tiempos se perdía la vida, la memoria, el salvoconducto y hasta el nombre, en los vagones de los trenes, hormigueros de bacilos de tifus. Hoy, se ha formado entre este obrero y el Partido una firme célula de taller; entre este trabajador y el mismo Partido que lo había perdido una vez sin notar la pérdida, pues entonces no disponía de tiempo para pararse a recoger a un hombre caído por la borda. Tenía otras cosas en qué pensar.

Legotkin trabaja metido en este presidio entre las burlas y las chacotas de los rústicos.

—Conque condecorado, ¿eh? Has luchado por ellos, ¿y qué has conseguido? Vives peor que un perro. Prometer, mucho; pero cumplir, nada…

Sólo los golpes furiosos del martillo-pilón interrumpen estas murmuraciones.

Otro antiguo comunista hay en el taller: el camarada Furin, que quedó también fuera del Partido por no sé qué vejación antigua, todavía sin cicatrizar. El viejo rencor ha desfigurado su personalidad y consumido su vida como un cáncer que le fuese royendo la cara. A pesar de sus tres años de voluntario en el Ejército Rojo, se negó a responder al llamamiento de Lenin. Y habla del Partido con ese odio candente que sólo conoce el amor herido:

—Si fuera necesario, sería capaz de degollarlos a todos de un tajo. ¡No, esto no puede arreglarse sin otra guerra!

Pero llega una reunión, una asamblea, y este viejo obrero, de convicciones hondamente bolchevistas, vota… por el Partido.

GORLOWKA (CUENCA DEL DON)

1

Visto desde la ventanilla del tren, tal parece que este valle, que forma la cuenca carbonífera del Don, se hubiera propuesto levantar al cielo una larga cadena de pirámides. De sus campos, lisos como la tabla de una mesa y cubiertos de un polvoriento mantel, emergen a trechos iguales, separadas unas de otras por unos cuantos kilómetros, una sucesión de colinas solitarias, escoteras, con la forma geométrica de conos rematados en una punta roma.

Arriba en la punta se agazapa, con las patas delgadas y frágiles cautelosamente recogidas, un gran insecto de hierro. Es débil y no puede valerse por sí mismo: pequeñas vagonetas diligentes que parecen hormigas se deslizan por la ladera sobre carriles y nutren al insecto con la piedra y la tierra arrancadas al fondo de la mina.

Toda la montaña está formada de piedra; piedra que día a día y año a año va acanalando estas laderas artificiales. Ya hace mucho que las chimeneas de las fábricas de esta región industrial han dejado atrás las copas de los álamos, estas vivientes columnas verdes del Sur. Y las montañas de piedra inerte sacadas a la superficie del fondo de las minas de carbón dominan sin descanso la llanura. A los pies de estas colinas se extiende una apretada red de líneas ferroviarias que cubre la estepa entera. Esta red une los oasis carboníferos y metalúrgicos del desierto y acelera el paso de las caravanas negras que van y vienen, del carbón al hierro, de las galerías a los altos hornos. Son las grandes rutas comerciales de la industria siderúrgica del Sur.

Uno de los mayores yacimientos carboníferos de la cuenca del Don es Gorlowka. Su montaña, formada de escombros, fue levantándose en el transcurso de los años. El cono negro descansa sobre una ancha base de piedra rojiza, que es como un remanso de lava extinguida y enfriada. El vértice, hecho de escombros de carbón, azufre y abono, se mantiene en combustión. Por las

noches, el resplandor rojizo de esta hoguera callada, que jamás se extingue, recuerda el fuego incubado de un volcán, y la brasa, extendiéndose codiciosamente, busca alimento en el inmenso montón de escombros.

Pero si esta montaña artificial, con toda su aparatosa combustión, es perfectamente inocua, la mina que se guarece bajo la tierra, con sus galerías de seiscientos a setecientos metros de profundidad, sigue siendo tan peligrosa como lo era en 1890 y en 1917. Escondidas entre los filones del carbón se agazapan las bolsas de grisú, de las que sale el gas, deslizándose en las galerías por resquicios del ancho de un pelo. Las combustiones subterráneas envenenan los pisos inferiores de ácido carbónico. Y el incendio va acumulándose en la mina como las gotas de agua en una artesa. Hace seis años se presentó al capataz un picador, el camarada Senitchkin, negándose a volver a la galería, donde se le había apagado de pronto la lámpara sin ninguna causa visible y el aire parecía cargado de un agobio mortal.

Pero antaño, la compañía belga castigaba severamente cualquier estacionamiento y suspensión, por breve que fuese, de los trabajos. Los ingenieros, ahorrando los gastos de investigaciones y registros inútiles, daban, desde hacía varios meses, informes fantásticos acerca de la cantidad de gases de grisú acumulados en la mina. El vagonero cavilaba de modo parecido: pensaba que el grisú no es más que un caso aislado, una simple posibilidad, y en cambio, el despido y la cesantía, una realidad desesperante. El vidrio de su lámpara estaba rajado, tenía un pequeño rasguño. Un camarada viejo lo vio y le aconsejó que se volviese. “¡Bah!”, exclamó el otro, y siguió ruidosamente su camino hacia la galería, donde entretanto se había ido formando un callado mar de grisú. Y apenas había doblado la esquina el caballejo casi ciego del vagonero, estalló la tormenta en este lago de gas y levantó en vilo sobre sus hombros inflamados toda la galería, con los hombres que trabajaban en ella. El polvo carbonífero flotante en el aire y mezclado con el grisú dio extraordinaria potencia a la explosión. Estallaron, con pequeños intervalos, siete detonaciones.

La historia minera conoce casos de valentía y de heroísmo sin ejemplo, casos que han sobrevivido hasta a las gestas de la Revolución. Uno de ellos fue la conducta del jefe del equipo de salvamento de la cuenca del Don, el ingeniero e investigador Tchernizyn. Penetra en las profundidades de la galería envenenada, seguido de tres secciones, para organizar el socorro a los obreros que acaso estaban esperando su liberación sepultados entre el carbón y la roca. Ni uno solo salió vivo a la superficie. Los primeros obreros de la sección que pilotaba el

propio Tchernizyn, que había penetrado más adentro que nadie, sintieron ya subir el vaho y el malestar amenazador. El ingeniero consiguió salir hasta el punto de partida, pedir auxilio a la segunda sección y tender en camillas a los caídos. Sólo les quedaban ya unas docenas de pasos que trasponer entre la turbia niebla de los vapores venenosos. Pero en este momento se derrumbó también la segunda sección. Los mineros sintieron que el vértigo iba apoderándose de sus cabezas e intentaron sustraerse al desmayo mortal. Dejaron a sus camaradas tendidos a medio camino, pero de nada les sirvió, pues todos cayeron. Sólo Tchernizyn logró llegar, arrastrándose, hasta la galería central. Y aquí, este hombre, que ya había escapado dos veces a la muerte, suplicó a la tercera y última sección, con lágrimas en los ojos, que no abandonase a los compañeros caídos, cuyos cuerpos estaban tan próximos y que acaso respiraban todavía. Y él mismo condujo a los ocho últimos voluntarios entre la roja niebla de la sima… Hasta ahora, pasados seis años, no fueron descubiertos y arrancados a los escombros los cuerpos de estos héroes y sus camaradas. Y fue la Rusia de los Soviets, que nacía y se hacía fuerte mientras los vapores mortales acechaban en vano nuevas víctimas en alguna sima de seiscientos metros, la que dio sepultura a estos hombres.

Durante estos seis años, los obreros de Gorlowka no lucharon ya por el salvamento de sus camaradas sepultados, sino por la vida de la mina misma, amenazada de muerte para siempre. Es difícil formarse una idea de las condiciones en que el proletariado de la cuenca del Don se hizo cargo de las minas —de su herencia— en 1920. Toda la explotación era una completa ruina. El grisú se había adueñado de las galerías más importantes. La ventilación, completamente destruida; el polvo de carbón se cernía como una nube de polillas por toda la mina y se cuidaba de que la más insignificante explosión se convirtiese en una catástrofe espantosa. La conducción de aguas estaba también poco menos que perdida. Hasta que un buen día el camarada Korobkin, un obrero que es un verdadero oso de la mina, se puso al frente de este montón de escombros y se encargó de la dirección de la empresa. Había entrado en la mina de pinche, ascendiendo luego a lampista, vagonero y picador; después sirvió en el Ejército Rojo y fue guerrillero comunista, y finalmente llegó a director de las minas de Gorlowka. La más pequeña reparación, cada metro de cable, cada tornillo, cada vidrio de lámpara, costaba una verdadera batalla: había que fabricar los elementos necesarios allí mismo o pasarlos de contrabando por el frente. Los obreros se aventuraron a entrar en la mina, ¡y en qué mina!, en una mina envenenada de grisú, anegada en agua y ahogada en polvo de carbón, sin aire y sin luz; exponiéndose a cada momento a volar por los aires o a morir

ahogados en las aguas subterráneas.

Y por si esto fuera poco, evoquemos las raciones asignadas a los mineros en el año 21 —algún día se las exhibirá en los museos—: ⅛ de libra de tabaco, 1 libra de azúcar, ¼ de libra de carne, $\frac{1}{21}$ de grasa, 1¾ de libra de harina, $\frac{1}{21}$ de legumbres por día y por familia. A las dos o tres horas de trabajo, los mineros tenían que abandonar la mina exhaustos, muertos de hambre.

Y la explotación logró sanearse, a despecho de todo. La producción de la mina central, número 1, que en 1921 había dado 2 280 535 puds, ascendió en 1922 a 4 321 921 y en 1924 alcanzó la cifra de 5 440 164. El rendimiento promedio de trabajo de un picador en 1921 fue de 4 140 puds anuales; en 1923, de 4 812. El coeficiente de producción por día en 1921 alcanzaba 195 puds; en 1922 fue de 285 y en 1923 llegó a 289.

El carbón extraído de las minas números 1, 5 y 8 en 1921 alcanzó un total de 5 850 025 puds; en 1923 la producción logró triplicarse, llegando a la cifra de 15 430 431 puds.

A pesar de estas circunstancias relativamente favorables, el trabajo en Gorlowka puede considerarse todavía hoy uno de los más pesados de toda la cuenca del Don. El corte desciende poco a poco y en línea perfectamente perpendicular, hasta una profundidad de seiscientos metros; en los ángulos se ramifican los tramos transversales y las galerías. Entre dos galerías paralelas se interpone un macizo montañoso de unos ciento veinte metros de espesor. Pero el carbón casi nunca se arranca en los ángulos rectos. Los filones suben en forma de cuña hacia la superficie. Para seguirlos, el minero tiene que abandonar las cómodas galerías, trepar a los tramos y trabajar en una hendidura estrecha, escarpada, pina.

El que llegue a estos tramos viniendo, no de abajo, sino de arriba —por el pasillo central intermedio—, tiene la sensación de que, después de atravesar con esfuerzo la estrecha escotilla y hacer pie en la viga transversal más próxima, va a caer de pronto en las bodegas de un vapor gigantesco que el fuerte oleaje ha puesto de lado. Si el “barco” recobrase de pronto su posición normal, en vez de encontrarnos en el famoso tramo llamado “Mazurca”, en que los mineros, suspendidos de delgados listones transversales, tienen que hacer piruetas fantásticas para sostenerse, estaríamos ante un recinto bajo de techo, de poco más de un metro de puntal, con la bóveda espetada en cortas columnas de madera. Pero desgraciadamente está tumbado; el “piso” y el “techo” hacen aquí

de paredes verticales, y las viguetas que sostienen el techo forman los travesaños de una escalera inacabable por la que suben los mineros y en la que tienen que apoyarse los picadores para trabajar. Para que el de arriba no eche el carbón sobre la cabeza del de abajo se han practicado en la piedra unos salientes. Cada minero va abriendo, pues, su propia hoya, en la cual hay un agujero por donde el carbón arrancado cae directamente, con gran estrépito, en la vagoneta. Y el mismo camino que sigue el carbón, y que por esta causa está casi siempre tupido, es el que tiene que recorrer el aire fresco infiltrado hacia las capas inferiores. Imaginémonos la cantidad de ácido carbónico y de peligros acumulados en los pasajes que enlazan al obrero con el mundo exterior.

En la nube espesa de polvo que forma el aire de esta cárcel subterránea apenas pueden distinguirse las caras de los mineros. Una ventilación, en el estricto sentido de la palabra, no existe aquí. Una máquina, instalada en el pozo ventilador, se encarga de absorber el aliento impuro de estas cuevas. Y no es raro encontrarse en la mina con una corriente furiosa de aire sofocante y envenenado que, estrellando con estrépito las puertas de este averno, azota silbante hacia lo alto. La oleada seca, pesada, de gas, se enrolla al pecho como una cálida serpiente gigantesca. En los tramos falta materialmente aire para respirar. El carbón flotante y volandero se mete por los ojos, y los ojos aprenden a ver rociados de polvo corrosivo. Los pulmones trabajan enterrados en un saco de polvo carbonífero; la piel, calada de sudor y cubierta de tizne, convierte al hombre en una escultura de carbón; las ropas parecen de hierro fundido. A una distancia de dos pasos relumbra la lámpara del minero —esta criatura fría, serena, que conserva toda su presencia de espíritu mientras queda en el aire una sola gota de oxígeno—, y su luz, perdida aquí, diríase una gota de estrella amarilla caída en este infierno de polvo.

El picador se aferra a los delgados travesaños de pino. La galería, envuelta en sombras y en tufos de neblina, está llena de ese olor mordaz del sudor humano que rezuma de la piel blanca y corre por las caderas como el aceite lubrificante de una máquina. Y el cuerpo negro, colgado de una jaula negra, esgrime furioso el pico y lo descarga, con el diapasón de su respirar jadeante —¡ajá!-¡ajá!-¡ajá!…—, y así va deshaciendo, golpe a golpe, la capa de carbón, que al caer levanta nuevas nubes de polvo. Los granitos de hulla zumban alrededor del cuerpo y muerden en él como las moscas negras de un bosque negro subterráneo: son los mosquitos de esta África del carbón.

El camarada Gondari agarra el pico por el extremo del mango. Su acero bruñido

tiene destellos, y ora se entierra en el filón, ora relumbra sobre las espaldas del minero. El polvo es cada vez más espeso. Jadeante y agotado de fatiga, Gondari hunde el arma en el carbón y escupe furioso sobre el montón de hulla acumulado a sus pies.

Esta hoya que va abriéndose bajo los pies del picador no tiene fondo. El acero vuelve a silbar y hunde su nariz corva, sobre los hombros desnudos, en la piedra. El mineral se resiste todo lo que puede y de vez en cuando lanza una piedra traidora a la cabeza del minero, o si éste se vuelve a coger otra herramienta, le escupe sobre la espalda desnuda un chorro de carbón desgranado. Pero un golpe más, y la capa, perdido su último punto de apoyo, se derrumba y desmorona como una cascada pétrea. El obrero se desvía y el vapor negro desciende entre una nube de humo. Y como cuando pasa galopando un escuadrón de caballería, el polvo se arremolina detrás y las lámparas parpadean como los fuegos de un vivac, casi aplastados por las patas de los caballos.

El vano que se produce hay que apuntalarlo sin pérdida de tiempo con nuevos travesaños y viguetas. El minero deja el pico y coge el hacha. El puntal danza bajo los golpes, el aire tiene resonancias metálicas, el polvo se arremolina alrededor del obrero, la luz se enturbia, y, ampliando su arca subterránea, el minero pone una cuña en las abiertas fauces del carbón para que sus mandíbulas dentadas no se cierren y le pillen la cabeza dentro.

Para mayor seguridad, desliza otra tabla delgada entre el puntal y el techo, con la misma facilidad que el cobrador del tranvía mete los gordos talonarios en el bolsillo del chaleco.

Aquí nada se sostiene por sí solo. Hay que apuntalarlo todo, sujetarlo, coserlo con grandes puntadas de madera. Todo se desliza al menor descuido; todo se derrumba y traiciona. El picador, señor y dueño de todos estos objetos, les asigna con un golpe, con esta imperiosa voz de mando, su puesto y su lugar; el gancho de la lámpara cuelga de la viga; el hacha pende, como un perro fiel, de algún travesaño. Después de comprobar el servicio y la obediencia de estos servidores mudos, el minero se apoya en una viga transversal, se sostiene contra la inmediata y comienza a desalojar un nuevo sector. Y al poco rato vuelve a escucharse el estrépito del río de carbón que se precipita en lo profundo.

Todo parece aquí espectral: el minero y su lámpara. El polvo la ahoga, la luz parpadea, se frota pesadamente los ojos entornados y no parece más blanca que

los omóplatos calados de sudor, bajo cuya piel los músculos entumecidos ruedan a uno y otro lado como bolas vivientes.

Debajo del camarada Gondari trabajan otros mineros, separados entre sí por pequeños salientes. Se comprenderá lo puro que tiene que ser el aire aquí, con sólo pensar que constantemente se están desprendiendo nuevas avenidas de carbón, humeando constantemente nuevas nubes de polvo, y las gargantas de los obreros escupiendo a cada paso nuevos escupitazos de hollín y lanzando nuevas maldiciones liberadoras.

2

En la mina Soroka es algo más llevadero el trabajo. El mismo río de carbón que se precipita por el canal abajo, calladamente unas veces y otras con estrépito de terremoto; el mismo polvo, la misma fatigosa respiración, la misma falta de aire y los mismos golpes monótonos de los picos de acero que carcomen el tronco del carbón.

Los cuatro picadores se parecen tanto o tan poco unos a otros como cuatro hombres cualesquiera. Cabalgando en ligeros travesaños arrancan el carbón a golpes de pico. El más bajo de los cuatro —un antiguo soldado del regimiento de Preobrashenski— escucha, con sus grandes orejas maravillosamente abiertas como la concha de un caracol, la voz apenas perceptible del minero más alto, que es todavía un rapaz, un antiguo estudiante de instituto a quien el amor de la aventura llevó primero a las filas del Ejército Rojo y al Partido comunista y ha traído ahora a la mina. Mayne Reed y la Revolución, Los hijos del capitán Grant y los bolcheviques, para acabar la aventura sumiéndose en las profundidades de la Gorlowka y entregándose durante un año a los trabajos más duros. Entre este muchacho imberbe y el soldado veterano trabaja un antiguo picador de vieja cepa, un minero de la Gorlowka que luchó contra Schkuro en defensa de su mina, esperando durante dos semanas, sentado en la prisión, “sin más ropa que los calzoncillos”, que lo sacasen al patio de un momento a otro para fusilarlo, y que, al cabo, ha vuelto a las galerías subterráneas, como tantos otros mineros de verdad.

Arriba lo atenaza el hastío, pues el día vacío y claro engendra en estos habitantes de las sombras el spleen. Estos hombres no saben vivir sin su carbón, su pico y su lámpara de minero, que puebla un trocito del averno con su resplandor tranquilo e igual, este resplandor que tanto aman las gentes de “arriba” en su mesa de trabajo, junto al libro, especialmente en el invierno.

El cuarto es un comunista, y su voz llega potente desde el extremo más alto de la galería. Es un antiguo soldado del Ejército Rojo que se encontró con Kaledín cerca de Mavejew Kurgan, que marchó a lo largo de todas las líneas del frente y ha vuelto al trabajo con cinco cicatrices en el cuerpo y la nostalgia de la mina que es su hogar, una nostalgia que no consiguieron ahogar ni los años de la Gran Revolución ni la guerra. ¡Y qué extraño, si este hombre entró en la mina de vagonero a los doce años, acompañando el ruido de las vagonetas con aquel silbido de ruiseñor que hace reír a las galerías, temblando con todas sus sombras! El caballejo excava con furia, y sus patas traseras, cubiertas de basura, trotan por la tiniebla como locas, mientras los mineros que vienen en la dirección contraria se pegan contra la pared, dejan pasar el tren de vagonetas y agitan alegres las lámparas:

—¡Demonio, ése tiene alas en las patas!

Tarde o temprano, no hay antiguo vagonero, pinche o picador que no retorne a la mina.

De estos cuatro, cada cual coge el pico a su manera, calla a su manera y piensa y trabaja a su manera sus ocho horas. Pero hay dos cosas en que coinciden en absoluto los cuatro, a pesar de todas las diferencias de edad e ideas políticas. La primera es el sentimiento de elemental solidaridad de sangre que los une al Estado obrero.

Cada cual formula este axioma social de modo distinto. El pequeño aventurero, el burguesillo provinciano y soñador, ha encontrado su humanidad en los trabajos forzados de la mina; el picador, con sus cincuenta años, se aburre insoportablemente en los descansos; el soldado golpea con movimientos esquinados y solemnes el carbón, como si en vez de estar en la mina estuviese en la plaza de armas en un día de parada ante Su Majestad imperial; el comunista vive bajo el conjuro de este mundo subterráneo. Para uno la Revolución yace muy por debajo de los umbrales de la conciencia como un filón oscuro y rico de experiencia social. Para el otro es una parte de la misma mina, ni más ni menos

que el retrato de Lenin que uno de los obreros, aprovechando los breves minutos de asueto, dibujó con carbón en la bóveda blanca de la galería. El tercero alberga en sí la ciudadanía soviética como una especie de contrapeso que neutraliza todas las oscilaciones de la miseria económica, por grandes que sean. El hombre está descontento y murmura, pero un día —era el año 23— estalla en la galería número 1 una huelga, y este obrero ajeno al Partido, este viejo picador que escupe carbón y sangre y por quien los Soviets han hecho tan poco para aliviarlo de sus trabajos forzados, arroja a los delegados de los huelguistas de su pobre y hambriento hogar obrero.

En cambio, los obreros se reservan el derecho a ejercer la más amplia crítica, derecho que se aplican en primer término a sí mismos. Y cuanto más agudas son las formas que reviste, cuanto más objetivamente se comporta ante la producción y sus fallas, mejor y más nítidamente revela esta crítica el nuevo espíritu trasrevolucionario de Rusia.

Aquello de que “en el antiguo régimen tales o cuales cosas estaban, por ejemplo, mejor” se ha convertido en un argumento perfectamente inocuo. Intentemos interrogar un poco minuciosamente a este obrero que acaba de hablar del “antiguo régimen”, en el calor de su crítica objetiva y fundada, acerca de este pasado todavía tan próximo a nosotros. Nos encontraremos con algo estupendo, y es que ha olvidado completamente que ese pasado ha dejado de vivir en su conciencia como necesaria realidad. Apenas han transcurrido seis años y la gente tiene que hacer un esfuerzo para acordarse del régimen blanco, y sólo a los viejos o al camarada Isitchenko, antiguo presidiario, conseguimos arrancar algunas palabras acerca del zarismo, pequeños islotes perdidos en el mar de la memoria: los dragones y las horcas de 1905, los días de los fusilamientos y del solemne entierro de las víctimas.

La segunda cosa en que coinciden estos cuatro hombres es la siguiente: las masas que han defendido sus minas con las armas en la mano, cuyos huesos cubren los campos de los años de hambre y de guerra, que arrancaron al enemigo lo que los especialistas reputaban por un imposible, exigen ahora algo en que se resumen todas las quejas, todos los descontentos y todas las diferencias de opinión: que los directores se comporten, respecto a las necesidades de su vida, con la misma conciencia, corrección y lealtad que ellos ponen al servicio de la máquina y de la producción y en el remedio de todas sus penurias. En la vida del obrero no hay minucias ni insignificancias. A ninguno de ellos se le ocurriría la idea absurda de desdeñar, trabajando en una central eléctrica o en una caldera de

vapor, un pequeño detalle de la máquina o un resorte insignificante. El desdén de estas “pequeñeces” se paga muchas veces con un castigo inexorable e inmediato: con una explosión, una mutilación, una herida. La mina educa la atención y la pone en guardia constante y alerta. En las peligrosísimas galerías de la Gorlowka la vida de unos cuantos miles de hombres depende del cuidado que se ponga en los detalles que parecen más insignificantes. La suma de estos detalles forma el todo. Los obreros más capacitados son precisamente los que saben cuidarse de estas pequeñeces. Hace veinticinco años que un técnico de tanta competencia como el camarada Gutzew rige la lampistería. Es el encargado de velar por que ninguna de estos miles de lámparas que circulan por la mina deje pasar el aire por un resquicio, por que sus miles de cierres ajusten con absoluta precisión, es decir, en menos de la décima parte del espesor de un cabello. Y si en la mina marcha todo bien es porque el camarada Gutzew, que lleva más de dos decenios sentado en su taller, y rodeado siempre de un rosal de lámparas encendidas, no desdeña ni por asomo ninguna de esas pequeñeces que protegen el trabajo y lo organizan. Aquí no hay suerte que valga, y al azar se le tiene jurada la muerte. Hay tornillos, cerrojos, clavos, trocitos insignificantes de cobre, hierro y acero, todo guardado cuidadosamente en el almacén de la mina y custodiado por un obrero viejo como si fuesen los tesoros de un rey; estos ruines trocitos de metal, un día pasan a ocupar su puesto humilde, insignificante, en el organismo de la máquina, para hacerla más fuerte, más sana, y de este modo evitar la catástrofe.

Sobre la boca de la mina está instalado el montacargas, que se encarga de bajar a la profundidad los hombres y las vagonetas, los trabajadores y los ingenieros, la madera y el agua cocida; en una palabra, todo lo que necesita la mina para vivir. El mecanismo de esta máquina no puede ser más sencillo: dos cestos de metal, sujetos a los dos extremos de un cable de acero que corre sobre una polea, descienden al pozo con una rapidez que da miedo, y vuelven a subir. La velocidad con que bajan es insoportable. Las paredes del pozo huyen hacia lo alto como una cascada, la sangre golpea las sienes, los oídos zumban, y sólo el resplandor de la lámpara permanece indiferente, como si todo en torno estuviese inmóvil. No lejos de este mecanismo y de sus dos cestos, que bajan con una velocidad de quinientos metros por minuto, hay, en una cálida sección de máquinas, un pequeño aparato que de lejos recuerda a un tranquilo reloj antiguo. Es el indicador, cuya aguja, fina como un cabello, registra en una hoja de papel las oscilaciones de las velocidades y la más remota señal de peligro. El montacargas tiene, pues, dos polos: en el de arriba está el ingeniero, que sigue con gran cuidado el caprichoso oleaje de la velocidad; en el de abajo monta la guardia un viejo minero, cuyas campanadas convocan a los equipos de

trabajadores y que vigila la carga de los cestos y cuida que nadie salte a destiempo ni ocurra ninguna de esas muchas desgracias que pueden producirse al descender.

¿Y en la sección de calderas? ¿No reina aquí una verdadera dictadura de la pequeñez? El fuego tiembla y crepita en el fogón; las palas van y vienen, movidas con amplio ritmo; el atizador gira y se revuelve; entra y sale en el fuego como una lanza. Y la técnica del trabajo está montada de tal manera que un descuido de cualquier fogonero puede hacer volar la mitad de la Gorlowka.

Bajo el nuevo régimen de vida, los picadores y los pinches, los lampistas y los vagoneros soportarían mejor una disminución de salarios —si las necesidades del Estado impusiesen esta medida— que el abandono y la incuria, heridas muy dolorosas para el alma del obrero. Y estos problemas candentes de la vida del trabajador son harto conocidos; no hay nadie que los ignore: son la penuria de la vivienda y los Economatos, los lugares de descanso y los sanatorios.

Lo peor de Gorlowka son las casas obreras. Siguen utilizándose las casas heredadas de los belgas, quienes las habían construido para que se derrumbasen hacia 1919, es decir, hacia la época en que había de finalizar su concesión. Y sus cálculos no resultaron fallidos, por cierto: los obreros de Gorlowka viven hoy en chozas derruidas. Cada choza, compuesta de un cuarto y una cocina pequeña, es compartida por una familia de seis o más personas o por tres o cuatro familias sin hijos. Las paredes están hechas de tejido de ramas cubierto de barro; el piso es de tierra, y el tejado descansa directamente sobre la vivienda, sin más techo ni cielo raso. Y en cientos de casas el tejado ya está podrido, el viento barre la arena que las pacientes mujeres han extendido encima para que guarde un poco más el calor, y la nieve cae sobre el hogar. La lluvia también, naturalmente. Las paredes están cubiertas de manchas de humedad verdosas y mortíferas. Y el agua que cae dentro arranca muchas veces al sueño a los moradores. Además, estas chozas están hundidas en la tierra y desperdigadas en filas desiguales, como sucias verrugas carcomidas por la humedad.

Bajo el aire malsano de Gorlowka que va formándose en torno a la montaña, devorada por el fuego interior, y que lo envenena todo en derredor con sus gases mefíticos, estas viviendas son magníficas incubadoras de tuberculosis. Vale la pena acudir al hospital un día de autopsia, para ver qué aspecto presentan los pulmones de un minero después de muerto. Son un saco de color blancuzco cubierto de una capa de carbón del espesor de un dedo. Si el obrero tuvo en vida

épocas en que abandonó el taller subterráneo, se conoce en seguida por las finas capas intermedias, formadas de grasa. En estos míseros restos de una vida humana quedó escrita toda la historia de una lucha heroica y denodada con el carbón y la humedad, el hambre y el agotamiento.

Y la escasez de viviendas es tan grande que hay docenas de trabajadores circunstanciales que no tienen un camastro propio, y se les ve, después del trabajo, tumbados aquí y allá, en la sección de calderas o en la casa de baños, si han sido lo bastante afortunados para burlar la vigilancia de las mujeres encargadas de la limpieza.

Y sin embargo el obrero de Gorlowka adopta ante este problema una actitud más pacífica de lo que fuera de esperar. Lo cual se explica por las construcciones que en la colonia obrera se están emprendiendo en el presente con gran energía. No hay obrero que después de haber comido y descansado un poco no acuda a las obras, para ver cómo progresan los sólidos muros de piedra de los nuevos edificios, cómo se abren en ellos anchos ventanales o se cubren con el tejado plateado e incombustible de pizarra del Ural. Y los hombres se están allí las horas muertas, recreándose en el espectáculo e inspeccionando los sótanos, los establos, las cocinas de verano, y ven crecer la nueva casa obrera en que cada familia tendrá su hogar propio, su entrada independiente y un armario especial para secar las ropas. Desgraciadamente, el trust Donugol, a cuyo cargo corren estas edificaciones, es cauto y ahorrativo en demasía; casi podríamos decir que avaricioso como Pliuschkin, personaje de Gogol.

Este año el trust sólo ha encargado al negociado de construcciones del Estado veinte casas familiares para obreros —casas realmente buenas y sólidas— y cuatro casas comunes para trabajadores solteros. ¿Qué representa esto en una población obrera de veinte mil almas y siete mil mineros, que cuentan con ojos hambrientos cada viga nueva y cada clavo puestos en la obra? O se despliega en estos asuntos la misma energía que el Partido demostró en los frentes del hambre y la guerra civil, o estas casas podridas, anegadas de bacilos de tuberculosis, seguirán fomentando, delante de las narices de los delegados, la agitación contrarrevolucionaria que predican hace seis años. Urge derruir estos viejos establos, estos feroces enemigos de los Soviets.

Y ahora hablemos del sanatorio y de la asistencia médica. De los siete mil mineros que viven en Gorlowka sólo pueden ser enviados a reponerse ciento cincuenta hombres cada año. Es muy poco. Pero lo peor es que sólo un cuatro o

cinco por ciento de la verdadera población minera puede ir a la Crimea o al Cáucaso. Los más tienen que quedarse en las casas de salud de las orillas del Donetz, donde el clima húmedo de los pinares favorece poco el proceso de curación. El hospital de Gorlowka es pobre. Todo el que materialmente pueda tenerse en pie es mandado a su casa y tratado en la clínica. Sólo los enfermos muy graves pueden aspirar a una cama, y no siempre. También ocurre a veces que algún obrero enfermo y desorientado se caiga por aquí y llegue a rastras hasta el hospital. Encontrándolo todo ocupado, se contrata en la mina y trabaja un par de días, hasta que cae rendido en alguna galería, donde se pasa tres días tumbado, expeliendo sus cálidos suspiros y su tos torturante en la algarabía de los relevos.

Y no se crea que esta ruina humana que se ha acogido al corazón de la mina es un vagabundo cualquiera sin derecho a nada. En esta situación se encontró, por ejemplo, el camarada Trofimow, un minero muy culto que había servido dos años como voluntario en el Ejército Rojo, hasta que a consecuencia de una herida grave lo licenciaron; uno de esos mineros luchadores que infundieron nueva vida a la cuenca del Don y que todavía hoy, a pesar de su pobreza desesperada, mantienen la producción en su apogeo.

Los equipos entran y salen; el flujo y reflujo obrero llena con su rumor de colmena la mina; los pitidos proclaman, bramando, las horas de trabajo; día tras día salen del inagotable saco subterráneo cien mil puds de carbón, y los luchadores de la mina pasan, a los sones ensordecedores de la marcha del triunfo y el trabajo, por encima de los cuerpos de sus compañeros caídos. Y lo menos que puede pedirse es que alguien se cuide de levantar a estas víctimas a tiempo, tenderlas en sus camillas y procurar que pasen las últimas horas de su vida en una cama limpia, rodeados de paz y de sosiego.

Otro caso. Abajo, en la sima más profunda, en una de las galerías inferiores, se hunde la techumbre y se lesiona gravemente un obrero. El accidente ocurrió hacia las siete de la tarde. La fatalidad quiso que el montacargas no funcionase en aquel momento, por no sé qué pequeña avería, y por tanto no pudo sacarse al herido inmediatamente en la jaula. Cada galería tiene, además del acceso principal, de cinco a siete entradas de reserva, llamadas “callejones”. Son tubos húmedos y estrechos por los que apenas cabe un cuerpo humano. Del fondo de estos callejones sube un aire tenebroso y húmedo, con un fuerte olor a caballo. Los pies apenas alcanzan los espaciados travesaños que hacen de escalones. La más pequeña piedra que se desprenda llega abajo con la velocidad y la fuerza de

un proyectil. A la menor alarma, los mineros, aterrados, se abalanzan a estos callejones —todavía no se ha borrado el recuerdo de la gran catástrofe del 17—; es de ver, entonces, con qué premura las lámparas, semejantes a estrellas en el campo visual de un telescopio, brillan apelotonadas en las sombras del callejón y se deslizan hacia arriba.

Abajo, tendido en una caseta de madera, yace sobre un montón de paja un hombre cuyo rostro no se puede distinguir: es el minero herido. Era cerca de la una de la noche cuando pudimos bajar a la mina. El médico habría bajado como un cuarto de hora delante de nosotros. De modo que este hombre estuvo allí, tirado, sin asistencia, ¡desde las siete hasta la una! ¿Qué no pensaría y sentiría durante estas seis horas mortales?

Mas no se crea que relatamos estos hechos para desprestigiar a Gorlowka. Al contrario. Las autoridades administrativas de esta región han hecho mucho por mejorar la vida del obrero. Pero, adondequiera que se vaya y con quienquiera que se hable, en las galerías de la mina, en el Economato, en las reuniones del Partido, en todas partes, oiremos el mismo tema: es necesario y nada difícil acabar con estas indignantes "pequeñeces" que la situación general del país ya no justifica.

¡El Economato! No hay obrero que no sepa perfectamente que el Economato obrero está agobiado de deudas y que hasta este año no ha empezado a moverse con cierta holgura. Pero sabe también que hubo una época en que los medios precarios de que disponía eran invertidos del modo más absurdo en comprar trajes caros y superfluos, grandes cantidades de papel y cosméticos y afeites, y que al comerciante "genial" culpable de todo esto le costó la broma cien mil rublos. Sabe que en Gorlowka vuelven a lucir este año las "serpientes" —colas — delante de las panaderías; que el obrero que vuelve a casa, cansado de trabajar, tiene que andar azacaneado de un lado para otro, buscando a la persona obligada a proporcionarle su libra de pan. Sabe que en la colonia obrera se instalaron varios puestos nuevos para el despacho de pan, que no llegaron a abrirse porque faltaban, al parecer, las balanzas necesarias, como si todos los obreros no estuviesen dispuestos a entregar con gusto las suyas, aparte de las que sobrarían en el almacén. ¿Cuánto tardarían en despedir al trabajador que cumpliese tan mal con sus deberes como estos señores con los suyos? ¿Es que se quiere volver a poner en escena el año del hambre —el 18—, hacer a las mujeres y a los niños pasarse noches enteras guardando turno delante de una panadería? No hay galería ni calle, corrillo ni reunión, en que no estalle la ira contra estas

“pequeñeces” que sublevan.

Mas habría que ser ciego para no advertir, por debajo de estas minucias, el paso gigantesco con que avanza nuestra nueva cultura. Sobre todo desde el día en que el llamamiento de Lenin atrajo a las filas del Partido a los mejores obreros, a obreros que llevan de cinco hasta treinta años produciendo, muchos de los cuales lucharon voluntariamente en el frente rojo y que por lo general poseen una cultura política superior a la de los miembros ingresados en el Partido el 17 y el 18, que no tuvieron tiempo para estudiar. De 4 718 obreros sólo había, el 1º de enero, 144 comunistas y candidatos; el 1º de abril —con un total de 5 149 obreros— la cifra de afiliados había subido a 242, y el 1º de agosto, en que el número de obreros era de 5 472, los comunistas contaban con 536, sin contar 22 solicitudes de ingreso que tenía en la cartera el camarada Gorki, secretario del comité del Partido, y que no se tramitaron hasta hace poco, después del ingreso en masa. Veintidós solicitudes bien meditadas y ponderadas.

Un domingo vivido en Gorlowka hace desfilar ante nuestra vista una imagen magnífica del nuevo régimen de vida que impera en Rusia. Se ve a los chicos simpatizantes con el Partido cómo de pronto se quedan atentos en la reunión cuando el orador, hablándoles en términos claros, reclama una campaña de presión comunista sobre los padres. Asistimos al nuevo rito del bautismo: los obreros y las obreras de edad toman asiento en el escenario del local de reuniones; el ama acuna detrás de la presidencia a un niño rollizo, cuyos gritos se pierden ahogados entre los sones de la Internacional. Y la nueva juventud comunista: un muchachillo alegre que, en un día de calor enervante, anda a vueltas con un tomazo enorme sobre problemas económicos y no sabe qué hacer con la sangre que le arde en las venas, pues sin amor no puede ser, y para casarse es menester haber aprendido antes algo. Y las obreras, que por una mayoría aplastante de votos han rechazado la inscripción de los matrimonios, por la sencilla razón de que el matrimonio no puede existir sin un amor muy grande, y las horas libres que deja el trabajo hay que pasarlas alegremente, como conviene a la juventud, siempre evitando que de aquí salga una familia, pues no debe convertirse un momento de goce en un presidio para toda la vida.

¿Qué es todo esto sino un mundo nuevo? Y luego, la intensa labor del Partido, henchido de vida, donde se trabaja juvenilmente y con seriedad juvenil, sobriamente y sin esa soberbia burocrática de los viejos Estados, donde un obrero viejo se acerca a un muchacho para contarle sus cuitas y hablarle de la vida de la familia y del Partido. Y se lamenta de que no acaba de entender la

Historia del Partido de Zinovieff, a pesar de haberla leído ya tres veces, pero que es mucho más difícil todavía divorciarse de la mujer, pues se han ido amontonando infinidad de objetos en cajas y cajones, y ¿cómo repartirlos ahora? Y Schischow, el muchacho, miembro de la liga de juventudes comunistas —uno de esos muchachos de nuestros días, inteligente, astuto, ágil de pensamiento—, lo escucha, entra en detalles, le pregunta no sé qué particularidades a propósito de la pelliza… Y así va tendiendo un lazo secreto entre este hombre y el Partido. Y no causa menos asombro la actitud respetuosa y consciente, perfectamente nueva, arraigada en íntimas convicciones, que el obrero viejo que ha respondido al llamamiento de Lenin adopta frente a la nueva obrera afiliada también al Partido y que, con las armas de su voz y su voto, sabe poner su persona y su vida a salvo de las murmuraciones malignas y del odio de su familia tradicionalista.

Nadie reconocería hoy la cara, bebida, azotada, humillada o insolente, de la colonia obrera de antes de la Revolución. Los que pasamos la vida en el centro no sospechamos siquiera la cantidad de problemas de trascendencia que se examinan y se discuten aquí —problemas de conciencia y de amor, problemas de niños y de adultos, que interesan al individuo y a la colectividad—; la cantidad de problemas que aquí, en Gorlowka, van saliendo de los viejos y duros materiales de construcción de las reformas anticuadas para convertirse en jalones nuevos, en estos nuevos jalones que serán la base de nuestro futuro colectivista. Y toda esta labor se desarrolla en un puebluco, cuyos habitantes viven respirando los olores mefíticos de las alcantarillas, y sin que nadie la encauce desde “arriba”, sino, por el contrario, teniendo que dar no pocas veces la batalla al espíritu burocrático de unos cuantos hombres mezquinos.

Es asombroso el cuadro que ofrece Gorlowka un atardecer de domingo. Su gran montaña carbonífera se yergue como un triángulo gigantesco dibujado sobre el tibio y profundo azul del cielo de luna. Los edificios de las minas son como un puerto sombrío en que están anclados los vapores con sus chimeneas humeantes y sus refulgentes haces de luz. El alevoso fuego subterráneo resplandece por las laderas de la colina abajo; de tiempo en tiempo, una vagoneta hacendosa sube rodando y vuelca sobre la cumbre su carga de piedra. Entonces, el gitano de ojos inflamados, este viejo incendiario —el fuego—se aviva, avanza un trecho y escupe una nube de humo.

Y abajo, en el valle, donde antaño se embrutecía y embriagaba, hundida y animalizada en la miseria, una Gorlowka que ya nadie recuerda, cantan ahora los alegres sones del acordeón. Un gran columpio va y viene volviendo a la linterna

gigantesca tan pronto el uno como el otro carrillo. Debajo, un jardín cuyas flores vierten sobre la colonia obrera su perfume de mediodía y de lujo. Música y juventud comunista, clubes y reuniones, viejas canciones mineras y la Internacional; los chicos cuelgan en racimos de los muros del teatro y pescan los retazos de la pieza que caen al jardín como gotas de hielo que salpicasen del alero.

Y abajo, en las sombras de esta fortaleza industrial, calles oscuras y ladridos pacíficos de perros hartos; chicos jóvenes y parejas de enamorados, muchos niños y muchas mujeres encinta; olor a pan caliente, y encima de cada mesa, las rojas sandías: soles encarnados con negros lunares en sus mejillas frescas y dulces. Sosiego y movimiento, luz y sombras, y la indecible, inexpresable paz aquietada y ancha de una población obrera de veinte mil hombres.

¿Quién será tan ciego que no vea que el país de los Soviets se está llenando de victoria y de paz?

Con un extraordinario gusto por la poesía y una sensibilidad ante la injusticia social, Larisa Reisner dedicó su vida a la revolución y a la escritura, dejando huellas de tinta y pólvora en su paso fugaz por la historia. En este volumen se reúnen dos escritos en los que Larisa busca plasmar el acontecer acelerado de la época. El primero, "Sviyazhsk", narra las memorias de la autora al frente de la batalla en esa desolada región durante la guerra civil en Rusia. Por su parte, en "Carbón, hierro y hombres vivientes" Larisa muestra las deplorables condiciones de trabajo de los obreros a principios del siglo XX.

> Esta maravillosa mujer, que fue el encanto de tantos, cruzó por el cielo de la revolución, en plena juventud, como un meteoro de fuego [...] Todo lo quería saber y conocer, en todo quería intervenir. En espacio de pocos años, se hizo una escritora de primer rango. Y esta Palas Atenea de la revolución, que había pasado indemne por el fuego y por el agua, fue a morir de pronto, presa del tifus, en los tranquilos alrededores de Moscú [...] [tenía apenas] treinta años.
>
> LEÓN TROTSKY

Larisa Reisner (Polonia, 1895-Moscú, 1926) fue una poeta y cronista rusa que se desempeñó como miembro del Ejército Rojo durante la guerra civil rusa. Es considerada una de las pioneras dentro de la crónica realizada por mujeres; entre sus obras destacan *Hamburgo en las barricadas* y *En el país de Hindenburg*.

www.fondodeculturaeconomica.com



